Los Hollister



3

EN EL CASTILLO DE ROCA

JERRY WEST

Una cantera abandonada, misteriosos objetos voladores, y un valioso depósito de titanio llevan a los cinco chicos Hollister —Pete, Pam, Ricky, Holly y Sue— a su última y apasionante aventura. Cuando la caja de instrumentos de un globo meteorológico aterriza en paracaídas en su patio delantero, los Hollister quedan desconcertados y muy excitados. ¿Cuál es el significado del paracaídas naranja y la caja blanca que cuelga de él? Los Hollister asocian el globo con las extrañas luces que han estado apareciendo por la noche sobre su casa de Shoreham, y una vez más comienza la búsqueda de pistas. Una visita casual a un «rastreador de rocas» local, un hombre que colecciona minerales, resulta ser la clave del puzzle. A partir de ahí su trabajo detectivesco les lleva a una fantástica y espeluznante cantera que resulta ser la localización de un laboratorio secreto para experimentos meteorológicos y también la escena de un intento de robar valioso titanio. Como siempre, los Hollister tienen varias experiencias que cortan la respiración mientras intentan resolver su misterio: ¡Pam cae por accidente en las aguas verdes y heladas del lago de la cantera, donde dicen que vive un monstruo! Pete y Ricky inspeccionan la cabina de un avión antiguo ¡y de pronto se encuentran volando por el cielo sin piloto sin saber cómo aterrizar! Cuando el misterio del Castillo de Roca se complica, los Hollister hacen una visita inesperada a Nueva York, donde encuentran a su viejo amigo Hootnanny Gandy, que les ayuda a llegar al final de otra fascinante aventura.





Jerry West

Los Hollister en el Castillo de Roca

Los Hollister - 3

ePub r1.2
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Castle Rock Mistery*
Jerry West, 1963
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN PARACAÍDAS COLOR NARANJA



—¡Mirad! ¡Un paracaídas! —gritó Holly Hollister, señalando al cielo—. ¡Va a bajar aquí! ¡Está sobre nosotros!

El agudo grito de la niñita de seis años que se encontraba en el prado produjo los efectos de una alarma de fuego. En el interior de la casa dio principio una barahúnda de pisadas y gritos. Se oían preguntas y exclamaciones:

—¿Dónde?

—¡Yo quiero verlo!

El primero en aparecer en la puerta fue Ricky, el niño de siete años, pelirrojo y lleno de pecas, tras el que salía, atropelladamente, Pete, un alto y guapo mocito de doce años.

Estaban ya los chicos bajando ruidosamente las escaleras, cuando asomaron las niñas. Pam, de diez años, llevaba de la mano a la pequeña Sue, que sólo tenía cuatro. Sue corría en dirección a Holly con toda la rapidez con que se lo permitían sus piernecitas regordetas.

—No veo ningún paracaídas —aseguró Ricky, que miraba al cielo con una mano sobre los ojos para proyectarles sombra.

—Está detrás de aquella nube tan grandota que parece de algodón —respondió Holly muy excitada, mientras se retorcía una de las trencitas.

—¡Está ahí! —Exclamó Pam—. Es de color naranja.

—Pero no hay ningún hombre colgando de él. ¡Pobrecito! Debe de haberse caído —reflexionó la pequeñita Sue.

—Sí, hay algo colgando —observó Pete—. ¡Anda! Parece una caja.

El paracaídas, mecido por la brisa, empezó a bajar, a bajar, aproximándose a las casas de los alrededores de Shoreham. Por un momento, pareció que el viento iba a llevárselo a las aguas del lago de los Pinos, a cuya orilla estaba situada la casa de los Hollister. Pero una nueva ráfaga de aire rectificó la dirección.

De repente, los niños quedaron sorprendidos por los gritos de otro muchacho que entraba a toda prisa por el sendero, montado en bicicleta.

—¡Huy! Ahí está Joey Brill —dijo Ricky, cuando el otro dejó a un lado su bicicleta y corrió a colocarse bajo el ondeante paracaídas color naranja.



Joey tenía doce años, lo mismo que Pete, pero, a diferencia de los Hollister, tenía cara traviesa y se complacía en molestar a los demás.

—¡Es mío! ¡Lo he visto yo primero! —gritó Joey con codicia, ya a punto de alcanzar el deseado paracaídas.

Pero, mientras Joey alardeaba de sus derechos, Pete dio un salto y cogió el paracaídas antes de que hubiera tocado el suelo. Cuando apretaba los brazos alrededor del estuche blanco, Joey ya había cogido el paracaídas por el extremo superior.

—¡Dámelo! —pidió el camorrista Joey.

—¡Suelta! —exclamó Pete—. ¿No ves que está hecho de papel? Lo rasgarás.

—No es tuyo —dijo Joey, enfurecido.

—Ni tuyo —le recordó Pam.

Pete examinó el estuche que iba sujeto a los blancos cordeles del paracaídas. Adherido al centro del estuche había un tubo de plástico cuyo extremo era de forma redondeada. Mientras Pete contemplaba el raro artefacto, Pam vio algo que había escrito en uno de los lados del estuche blanco. Era una nota en letras negras que decía:

Se ruega lo devuelvan al servicio meteorológico de los Estados Unidos

—Fíjate, pertenece al gobierno —dijo Pam.

—Debe de llevar instrucciones —opinó Pete, sin cesar de mirar la blanca cajita.

Con gesto huraño, Joey se aferró al tubo de la caja y lo arrancó. Pam se quedó sin respiración. Dentro de la caja había pequeñas baterías, cables de colores y un tubo de cristal.

—Es una radio —afirmó Pete.

—¡Pero, Joey la ha roto! —se lamentó Ricky. Joey replicó:

—¿Y eso qué importa? El gobierno tiene mucho dinero. —Después, con una voz más áspera, añadió—: Necesito eso. Voy a construirme una radio para mí.

—No te harás nada —aseguró Pete, arrancando el tubo de las manos de Joey—. Nosotros lo devolveremos al servicio meteorológico como piden aquí.

La firmeza de Pete desalentó al camorrista, quien pasó la vista por cada uno de los niños.

—Sois un puñado de mujercitas —dijo luego, apretando y retorciendo la boca—. Y digo que el para-caídas es mío y me quedaré con él.

Cuando acabó de decir aquello saltó a su bicicleta y desapareció calle abajo. En aquel momento otro muchachito de la misma edad entró en el jardín.

—¡Hola, Da ve! —saludó Pete al recién llegado, el cual tenía una

agradable apariencia—. Mira lo que hemos encontrado.

Dave Meade, que vivía en aquella misma calle, un poco más abajo, estaba mirando el artefacto con los ojos muy abiertos.

—Apostaría a que procede de un globo sonda. —Dijo—. ¡Qué gran cosa! Supongo que os podréis quedar con el paracaídas.

—Puede ser —replicó Pete—. Se lo preguntaremos a papá cuando venga a comer.

No habían tenido los niños tiempo de inspeccionar su hallazgo más de cinco minutos, cuando el señor Hollister entró por el camino, conduciendo su furgoneta. El padre de los muchachitos era un hombre alto, de aspecto atlético, con ondulados cabellos castaños y ojos risueños. Cuando salió del vehículo, todos los chiquillos corrieron a enseñar su tesoro.

—He oído hablar de estos paracaídas experimentales —dijo el señor Hollister, mientras daba vueltas al estuche entre sus manos—. Pero confieso que no sé mucho de ellos.

Por eso el señor Hollister propuso que Pete llevase su tesoro al señor Kent, el cual escribía en la sección meteorológica del periódico «El Águila» de Shoreham.

—Y estoy seguro de que puedes quedarte con el paracaídas, con tal de que devuelvas ese aparato —añadió el señor Hollister.

Pete sacó su navaja y cortó los cordeles para separar el estuche del paracaídas.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. ¡Cómo nos divertiremos con esto!

Cogió los cordeles del paracaídas y corrió por el césped con el papel anaranjado flotando a su espalda.

En aquel preciso momento la señora Hollister apareció en el umbral de la puerta. Era una mujer delgada y atractiva, de cabello suave y alegre sonrisa. Después de saludar a su marido invitó a Dave a que se quedase a comer con ellos.

La casa de los Hollister era un lugar acogedor, donde se recibía cariñosamente a los niños vecinos. Había siempre allí una diversión en que participar o un misterio que resolver. Además, los animalitos de la casa interesaban mucho a los compañeros de juego de los Hollister. Con los Hollister vivía Zip, el hermoso perro pastor, y Morro-Blanco, una gatita con cinco hijitos pequeños. Y el animalito más grande de todos, que vivía en el garaje, era Domingo, un burro

a cuyos lomos solían cabalgar los chiquillos.

Cuando terminaron de comer, Pete dijo:

—Si no os importa, Dave y yo iremos a ver al señor Kent.

—Antes de que os vayáis —replicó el padre—, quisiera saber si Pam y tú querréis venir esta noche a trabajar al Centro Comercial.

El Centro Comercial era una tienda en la que se vendían artículos de ferretería, de deportes y juguetes, y que dirigía el señor Hollister. La tienda estaba situada en la parte baja de Shoreham. Como los demás establecimientos, los jueves estaba abierto hasta muy tarde.

—Nos gustará mucho, papá —contestó Pam.

—Sí, claro —añadió su hermano.

Dave dio las gracias a la señora Hollister por su amabilidad al invitarle a comer y, luego, los dos niños salieron corriendo. Pete iba cargado con el estuche blanco.

Al llegar a las oficinas del periódico, Pete y Dave llamaron a la puerta en la que una placa indicaba que era la correspondiente al señor Kent. —Adelante— dijo el periodista.

Los dos compañeros entraron en la oficina, adornada con pajaritos de colores y otros animalillos pequeños, porque el señor Kent dirigía también la sección del periódico dedicada a zoología.

Tras la mesita de la máquina de escribir se sentaba un hombre con la piel tostada por el sol, que hizo girar su sillón en dirección a sus visitantes, para saludarles.

—Hola, muchachos. ¡Vaya! ¿Qué es lo que lleváis ahí?

—Ha caído del cielo —informó Pete, poniendo el estuche en manos del señor Kent.

—Si esto no procede de un globo sonda es que yo no soy más que un oso enano. No he visto ninguno desde que hice el servicio militar —exclamó el señor Kent.

—¡Zambomba! —se entusiasmó Pete—. Entonces debe de saber usted mucho de eso.

—Alguna cosilla —respondió el señor Kent con una alegre sonrisa—. A ver. Dejadme que os lo enseñe.



Dio un tirón en uno de los lados del estuche y lo abrió. Dentro había cables y muelles con delicados instrumentos.

—Con esto se registra la altitud, la presión del aire y la temperatura. La información se transmite por esta radio. —Levantó el tubo del centro del estuche y siguió explicando—: Cuando el globo sube a muchos pies de altura, la presión interna es más grande que la presión del exterior, y entonces arde.

—¿Y así es como queda suelto el paracaídas? —preguntó Pete.

—Exactamente. Y el departamento meteorológico procura salvar todos los instrumentos posibles.

—Es natural —consideró Dave.

El señor Kent permaneció un momento inmóvil, mirando atentamente a los dos muchachitos.

—Creo que puedo confiaros un secreto —dijo, al fin.

—¿Qué secreto, señor Kent? —preguntó, impaciente, Pete.

El periodista acercó sillas para sus dos visitantes y, cuando éstos estuvieron sentados, dijo:

—Algo misterioso ha sucedido durante la noche sobre el lago de los Pinos. En el cielo ha sido visto un OVNI. ¿Sabéis lo que es eso?

—Sí —contestó Pete—. Es una abreviatura que quiere decir Objeto Volador No Identificado.

Mientras hablaba los ojos de Pete despedían chispitas de entusiasmo.

—¿Qué aspecto tenía el OVNI? —preguntó Dave.

—Unas extrañas luces bajaban del cielo, despidiendo resplandores azules, que luego eran verdes y después color púrpura. Nadie sabe lo que era. Quien las ha visto por última vez ha sido un piloto llamado Jet Hawks.

—¡Zambomba! ¡Qué cosa tan misteriosa! —se asombró Pete—. ¡Cómo me gustaría encontrar la solución!

—¿Qué os parece si vosotros trabajaseis para mí como periodistas… y detectives? —propuso el señor Kent.

—Sería estupendo —declaró Dave—. Empezaremos ahora mismo.

—¿Tiene usted, por casualidad, la dirección del piloto? —Pete leyó las señas y comentó:

—¡Ah! Debe de ser aquella familia que acaba de trasladarse a una casa de la calle donde vive Joey Brill.

—Sí. Son nuevos en Shoreham. El padre lleva un avión comercial de propulsión a chorro, de una compañía de seguros de esta ciudad —explicó el señor Kent.

—Me gustaría conocer a un piloto de verdad de los que llevan aviones de retropropulsión —comentó Dave.

El señor Kent, sonriendo, les estrechó las manos, y dijo:

—Bueno, muchachos, a ver cómo cumplís con lo que os encargo. Y no olvidéis devolver esta caja al Departamento Meteorológico.

—No lo olvidaremos —aseguró Pete.

En seguida salieron los dos amigos de la oficina y corrieron hacia casa.

Cuando llegaban a la vivienda de los Hollister Pete se detuvo en seco y gritó con asombro:

—¡Dave, mira a Ricky!

El pelirrojo Ricky estaba sobre el tejado del garaje, sosteniendo el paracaídas color naranja del que pendía un pequeño soldado de plomo.

—Ahí va —advirtió Ricky a Holly, que estaba abajo.

El niño dejó caer el paracaídas desde lo alto. El papel color naranja se abrió y empezó a descender en dirección a la niña de cabellos recogidos en trencitas. Pero, en el momento en que el paracaídas iba a tocar el suelo, Joey Brill salió de detrás de unos arbustos y aferró el tesoro.

—¡Atrapadle! —Chilló Holly, cuando Joey salió huyendo—. ¡Que nos lo devuelva!

UN HUEVO LUMINOSO



Joey enrolló el paracaídas, lo escondió bajo su chaqueta, saltó a su bicicleta y empezó a pedalear rápidamente. Pete y Dave no pudieron alcanzarle.

—Esto ha sido un verdadero robo —protestó Pete, apretando los puños.

Para entonces, Ricky ya había saltado desde el tejado del garaje.

—¡Canastos! Veremos si no se lo quito a ese Joey Brill —exclamó con la barbilla temblorosa por la ira.

—No te preocupes —le consoló Pam, pasándole un brazo por los hombros—. Seguramente podrás conseguir otro.

—Pero éste era muy bonito. ¡Un paracaídas del Departamento Meteorológico oficial!

Muy desconsolado, el pobre Ricky metió las manos en sus bolsillos y echó a andar hacia el desembarcadero a orillas del lago, perteneciente a los Hollister.

—Me gustaría ayudarle —dijo Pam—. Estaba pensando…

—¿Qué? —quiso saber Pete.

—No. Nada. Es una idea sólo para niñas. Ven conmigo, Holly.

Las dos hermanitas marcharon hacia la casa. Pete se volvió a Dave, proponiendo:

—Vamos ahora a ver a Jet Hawks.

Como Dave estuvo de acuerdo con su amigo, los dos salieron apresuradamente del jardín.

Poco después se detenían ante el porche de una casita blanca con puerta encarnada. Dave tocó el timbre y una señora alta y simpática salió a abrirles.

Pete preguntó por el piloto.

—Lo siento mucho —les contestó la señora Hawks—, pero mi marido no estará en casa hasta pasado mañana.

Contrariados, los muchachitos le dieron las gracias y se marcharon. Pasaron el resto de la tarde buscando furtivamente a Joey Brill, pero no tuvieron suerte.

Al anochecer, después de cenar, el señor Hollister se levantó de la mesa, preguntando:

—¿Tengo preparados a mis dependientes?

Pete y Pam contestaron que sí, y en seguida fueron a sentarse en el coche, marchando al Centro Comercial con su padre.

Cuando entraron en el moderno y resplandeciente establecimiento del señor Hollister, desde detrás de uno de los largos mostradores, Indy Roades salió a saludarles.



—Hola, Indy —dijo Pam.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Pete.

—Muy bien —repuso el hombre bajito y de cabellos negros, entornando los ojos y riendo alegremente.

Indy era un indio de verdad que había vivido en Nuevo Méjico, antes de trasladarse a Shoreham. Era el principal dependiente de la tienda del señor Hollister.

—¿Dónde tenemos que despachar nosotros? —preguntó Pete.

—En los utensilios de jardinería —dijo Indy—. Se está vendiendo mucho ahí.

Pete y Pam miraron hacia una gran mesa llena de herramientas para trabajar el jardín, abonos para plantas, paquetitos de semillas y pequeñas bolsas con piedrecillas de colores.

—¿Qué es esto? —preguntó Pam, cogiendo una de las bolsas.

—Piedras pulidas —dijo Indy—. Se usan para decorar las macetas y jardines.

Poco después empezaron a llegar clientes a la tienda. Muchos se detenían en la sección de Pete y Pam. Una señora joven con un bebé cogió una de las bolsitas de piedras.



—¡Qué bonitas! Me llevaré una bolsa.

Pero, cuando tendía la bolsa a Pam, de un manotazo el

pequeñito lo hizo caer al suelo. La bolsa se abrió y las piedras se dispersaron en todas direcciones.

—Vaya, nena, ¡cuánto lo siento! —dijo la señora.

—Yo lo recogeré —intervino Pete, sonriendo—. Mi hermana le dará otra bolsa.

Pete se echó al suelo y, a cuatro pies, empezó a recoger la mercancía. La cliente había salido ya de la tienda cuando el niño se puso en pie, con las manos llenas de relucientes piedrecillas.

—Hay una muy bonita —dijo Pam, cogiendo una de las piedras entre sus dedos. Era una piedra blanca, cruzada por muchas líneas doradas.

—¡Zambomba! Parece de oro —exclamó Pete—. ¿Dónde habrá conseguido esto papá?

Los niños llamaron por señas a su padre el cual acudió a responder a su pregunta.

—Pues confieso que no sé qué clase de piedra es ésta —les dijo el señor Hollister—. Se las he comprado a un viejecito de la ciudad, que se llama Kinder. Es minerólogo; colecciona piedras por afición.

—Déjanos ir a verle mañana —pidió Pam—. Puede que esa piedra sea buena y haya caído en la bolsa por equivocación.

—Eso es —añadió Pete—. Y, de camino, podemos llevar al correo la caja del globo sonda.

A la mañana siguiente, Pete y Pam se levantaron temprano, envolvieron bien el estuche blanco y montados en sus bicicletas llegaron a la oficina de correos. Allí, un empleado les dijo que no tenían que pagar nada por devolver un instrumento propiedad del gobierno.

La casa del señor Kinder estaba a pocas manzanas de distancia de Correos, en el primero piso de una casa donde se alojaban dos familias. Después de leer el nombre en la placa de la puerta los niños tocaron el timbre. Un campanilleo musical resonó en el interior. En seguida, un hombre bajito y de cabellos grises apareció tras los cristales de la puerta. Llevaba lentes con montura de oro y tenía unos blancos y rígidos bigotes. Pam pensó que aquellos bigotes se parecían al raspador que su madre empleaba para pelar las patatas. El señor tenía una expresión muy seria y hablaba manteniendo los labios juntos, como si estuviera comiendo algo sin

cesar.

—¿Digan? —preguntó, mirando a los niños por encima de los lentes—. ¿Venden ustedes algo?

Pete soltó una risilla y dijo que no, y en seguida explicó al señor Kinder quiénes eran él y su hermanita.

—¡Hombre! Los niños del señor Hollister. Entrad —invitó el señor bajito, abriendo la puerta—. ¿Venís a encargarme más piedras?

—Queríamos hacerle una pregunta —explicó Pete, contemplando la salita.

Había en la sala varias sillas y un viejo aparato de televisión y, a lo largo de una pared, se veían estuches con la cara delantera de cristal, llenos de extraños pedacitos de roca de diversos colores.

Sobre uno de los estuches, se sentaba el gato más grande que Pete y Pam habían visto en su vida. Era amarillento, con una cabeza muy grande y largas y puntiagudas orejas. El largo rabo del gato empezó a agitarse de un lado a otro cuando el animal vio a los hermanitos Hollister.

—¡Ah! No tengáis miedo —dijo el señor Kinder, al notar la mirada de asombro de Pam—. Éste es Casey. El gato más fuerte de estos alrededores.

Casey bajó del estuche sobre el que se hallaba, se arrastró por el suelo y luego frotó su largo cuerpo contra la pierna de Pete. Durante toda aquella operación, el animal estuvo runruneando de la manera más ruidosa que los niños habían oído nunca.

—¡Zambomba! ¡Esto sí que es un gato! —exclamó Pete.

—Y mejor compañero que muchos perros —aseguró el señor Kinder—. Cuando hago largas excursiones, el viejo Casey viene conmigo. Es un buen amigo mío.

El señor Kinder hizo una extraña mueca, como si estuviera masticando, y sus rígidos bigotes se retorcieron. Entonces dijo:

—Veamos. ¿Qué preguntas queríais hacerme? Pete sacó la piedra y explicó al señor Kinder que había salido de una de las bolsas de plástico.

—¿Puede decirnos qué clase de piedra es?

—Esto es titanio —aseguró el señor Kinder, dando vueltas a la piedra entre sus rugosas manos—. A ver, a ver, esto he debido de

cogerlo en alguna otra parte más allá del oeste. Estoy segurísimo de que no ha salido de mi cantera.

—¿Su cantera? —preguntó Pam, con los ojos muy abiertos—. ¿Tiene usted una cantera, señor Kinder?

—Pues claro. Se llama Castillo de Roca. ¿No habéis oído hablar de él?

—No —replicó Pete—. ¿Dónde está?

El señor Kinder les explicó que su cantera se encontraba en la orilla opuesta del lago de los Pinos.

—Era de mi padre y me la dejó. Pero ahora no se explota. Hay un estanque lleno de peces. Yo mismo los puse allí para que se criaran. Ahora la gente va allí de excursión y a pescar. Aunque no con frecuencia, porque es muy malo el camino.

—¿Podremos ir a verla alguna vez? —preguntó Pam.

—Cuando queráis. ¿Sois aficionados a la mineralogía?

Pam sonrió.

—Quiere usted decir que, si nos gusta buscar piedras raras, ¿verdad? Pues todavía no lo hemos probado.

—¡La tierra está llena de tesoros, hijitos! —declaró el señor Kinder, señalando sus cajas de cristal.



Aquellos estuches estaban llenos de puntiagudos cristales amarillos, piedras azules redondeadas, relucientes trocitos plateados, delgadas plaquitas iridiscentes y otras muchas cosas extrañas.

—Eso amarillo es azufre, lo azul cobre, las piedras de color púrpura son amatistas, las plateadas son pirita de hierro y esas plaquitas delgadas son de mica —explicó entusiasmado el señor Kinder—. ¡Sí, señor! La tierra está llena de minerales valiosos. ¡No sólo existen el oro y la plata!

El señor Kinder volvió luego a examinar atentamente la piedra que los niños le habían llevado y añadió:

—En cuanto a vuestra piedra, apuesto a que habéis creído que estas rayitas eran de oro y suponíais que podríais haceros ricos con ella.

Pete no puedo disimular una sonrisa avergonzada cuando admitió que era cierto lo que el señor Kinder preguntaba.

—¡Qué lástima! —exclamó Pam—. Entonces, ¿esta piedra tan bonita no vale nada?

—Ya lo creo —contestó el señor Kinder, mientras Casey daba un salto para ir a sentarse sobre su hombro izquierdo—. El titanio es valioso. Sirve para colorear y lo utilizan los aviadores para «dibujar en el cielo».

—Para pintar el cielo de colores, ¿verdad? —preguntó Pete.

El señor Kinder sonrió.

—Puede decirse que sí. El titanio se usa para blanquear el humo.

Con un sonoro maullido, Casey saltó al suelo, con la patita entreabrió la puerta de cristales y desapareció por ella.

—No deben gustarle mis tonterías —dijo Pete, enfadado.

—Cuéntenos más cosas de su cantera —pidió Pam.

El señor Kinder les dijo que lo que más contenía su cantera era basalto.

—Eso se usa para hacer carreteras. Pero ya os he dicho que Castillo de Roca hace mucho que no está en uso. Hace poco he recibido una oferta de compra, pero a un precio muy bajo.

—¿Y va usted a venderlo? —preguntó Pete.

—No. Todavía no. Castillo de Roca es como mi segunda casa. —De repente agitó la cabeza, preguntando—: ¿Os gustaría ver un huevo luminoso?

—¿Un huevo qué? —preguntó Pete, sorprendido.

—Un huevo luminoso. Ése es su nombre indio. Venid. Mirad.

El señor Kinder se acercó a una de las cajas, abrió la puertecita

de cristal y sacó una cosa pequeña, grisácea y tosca, de la forma de un huevo.

—Parece un huevo —aseguró Pam.

—Pero, en lugar de tener dentro un pollito, hay en él una gran sorpresa para vosotros.

—¿Cómo podremos abrirlo? —preguntó Pam.

—Yo os lo cortaré.

Y, mientras hablaba, el señor Kinder se metió en otro cuarto. Volvió en seguida con una pequeña sierra y diestramente cortó la piedra. Cuando la tuvo dividida en dos mitades, los niños se quedaron asombradísimos, contemplando los regueros y remolinos de color que había dentro.

—¡Parece una película! —dijo, con asombro, Pam—. Se pueden ver las olas en las orillas de la playa, y las rocas, y el cielo…

Pete cogió la otra mitad, diciendo:

—No hay más que mirarlo un momento para ver montañas aquí dentro.

—¿Dónde lo consiguió usted? —preguntó Pam.

—En el estado de Washington, durante una de mis expediciones de mineralogía. Lo de dentro se llama pintura de ágata. ¿Os gustaría quedaros con ello?

—¡Huy, sí! Muchas gracias —repuso Pam, colocando juntas las dos mitades del huevo—. A nuestros hermanitos también les gustará verlo.

El señor Kinder miró el reloj y Pete se dio cuenta de que el señor bajito deseaba quedarse solo.

—Bueno. Muchas gracias por todo, señor Kinder —dijo el muchacho.

—Quisiera enseñaros más cosas, pero tengo una cita con un amigo y he de salir.

En aquel preciso momento, Casey asomó su enorme cabeza por la puerta posterior de la sala.

—¡Este gato mío…! —Rezongó bonachón el señor Kinder—. Sale por una puerta y entra por otra. Bueno, Casey, ahora vete afuera y busca algún ratón hasta que yo vuelva.

El gatazo rubio empujó, obediente, la puerta de cristales y salió. Pete y Pam volvieron a dar las gracias al señor Kinder y se

despidieron de él.

Pedaleando rápidamente en sus bicicletas, volvieron a casa todo lo de prisa que les fue posible y encontraron a los demás niños en el jardín, con su madre. Pete les enseñó el huevo luminoso.

La pequeña Sue, entusiasmada, cogió las dos partes y miró atentamente al interior.

—Si es un huevo luminoso, ¿por qué no tiene pollitos de luz?

La ocurrencia de Sue hizo reír a todos. Luego Pete les explicó todo lo relativo a la cantera Castillo de Roca y el señor Hollister dijo que ya había oído hablar de ella.

—Me gustaría que fuéramos algún día a verla —dijo Pam.

—Puede que vayáis, y más pronto de lo que te imaginas —contestó la madre—. Papá me ha dicho que Indy tiene que ir esta tarde a entregar unos pedidos por ese camino. A lo mejor él puede llevaros.

Pete, Pam, Ricky y Holly se sintieron excitadísimos ante la posibilidad de visitar la vieja cantera. Poco después de comer Indy llegó con la furgoneta del señor Hollister. Tenía que llevar unas pinturas a un lugar situado varias millas más allá de la cantera Castillo de Roca.

—Les dejaré allí al ir señora Hollister —dijo Indy—, y les recogeré al regresar.

Ricky y Holly se sentaron delante, mientras Pete y Pam se preparaban asientos con los botes de pintura, en la parte trasera de la furgoneta. Les llevó casi una hora bordear las orillas del lago de los Pinos y atravesar la zona montañosa de detrás. Por fin llegaron a un pequeño camino en el que un despintado letrero decía: Cantera Castillo de Roca.

—¡Es aquí! —gritó Pete, muy nervioso. Indy hizo dar la vuelta a la furgoneta y la introdujo por el tortuoso camino, lleno de baches.

—¡Zambomba! ¡Qué camino tan malo! —dijo Pete casi sin respirar, cuando Pam y él empezaron a saltar sobre los botes de pintura, dándose golpes contra la portezuela trasera del coche, a causa de los vaivenes de la furgoneta.

—Ahora enti… entiendo… por… por qué no viene mucho la gente por… aquí —agregó Pam.

Habían recorrido casi una milla cuando el camino, describiendo

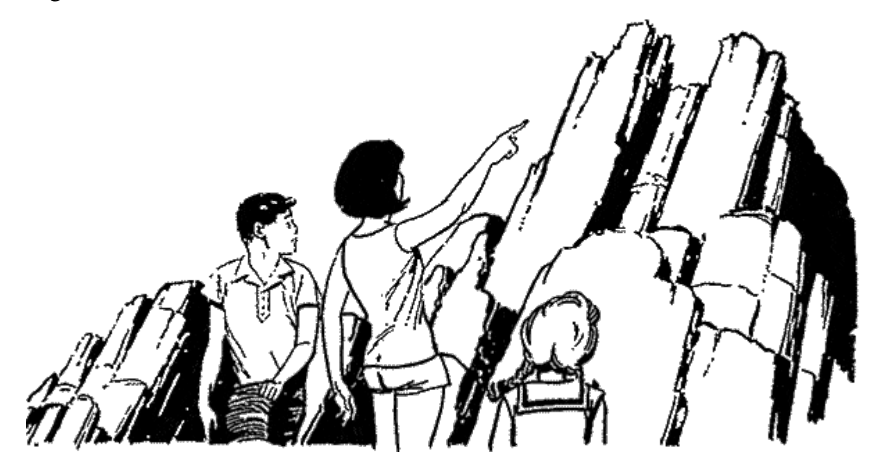
una curva, se terminó bruscamente. Ante ellos se abría un gran agujero rocoso, practicado en una montaña llena de socavones. La furgoneta se detuvo y los niños bajaron, seguidos por Indy.

—¡Zambomba! —dijo Pete casi asustado—. Deben de haber sacado muchas rocas de aquí.

Los hermanos Hollister avanzaron hacia el gran agujero y contemplaron en silencio la cantera.

Las paredes rocosas formaban un inmenso semicírculo, terminando en una fila de árboles color verde esmeralda. Aquella abertura rocosa descendía varios cientos de pies bajo el suelo. En frente, la pared del fondo era un precipicio. En cambio, por la parte derecha, la cantera descendía suavemente desde lo alto.

Al fondo, a la izquierda, había un pequeño y reluciente estanque de aguas verdosas. El estanque llegaba casi hasta el pie de la desigual elevación rocosa.



Pam gritó de pronto:

—¡Huy! ¡Allí está el Castillo de Roca!

Y señaló al borde la cantera situada sobre el estanque. Levantándose hacia el cielo, se veía una fantástica mole de roca. Parecía un parapeto con dos torretas en las que había unas ventanas.

—¡Es como un castillo! —Se entusiasmó Holly—. ¡Dejadme ir a jugar allí!

—No —se apresuró a decir Indy—. Es muy peligroso. Podrías caerte.

—Tendremos cuidado —le aseguró Ricky, muy formal.

—No —repitió con firmeza su amigo—. Voy a volver aquí dentro de una hora y quiero que todos estéis aquí, esperándome, sin que os falte ningún pedazo.

Indy miraba a Ricky muy serio y, hasta que todos los niños no le hubieron prometido portarse formalmente, el buen indio no se marchó.

—¡Zambomba! ¡Qué sitio tan misterioso! —comentó Pete.

Cogidos de la mano, avanzaron lentamente por la cantera. Habían recorrido varios metros cuando advirtieron, al fondo, a la derecha, un alto y destartalado edificio de madera.

—Allí debe de ser donde trituraban la piedra —razonó Holly.

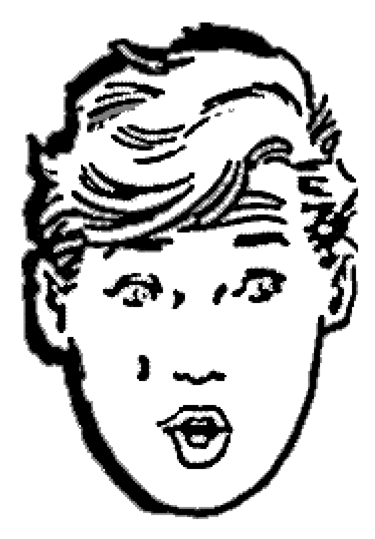
—¡Dejadme ver! —exclamó Ricky, echando a correr.

Los otros le siguieron y pronto le vieron desaparecer por uno de los lados del edificio. Cuando se aproximaron el lugar les pareció grisáceo y temible. Dando la vuelta, encontraron una puerta sujeta por un solo gozne; Ricky estaba en el umbral, mirando hacia dentro. Sus hermanos se acercaron para mirar a las tinieblas que reinaban en el interior. Acostumbrados a la deslumbradora luz del sol, les resultaba difícil ver cosa alguna allí.

De repente, los niños dieron un salto de sorpresa cuando, en medio de aquella quietud se oyó tronar una voz de hombre, diciendo:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

EXTRAÑA ADVERTENCIA



Los niños dieron media vuelta y se encontraron con que había dos hombres a su espalda.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Nos han asustado ustedes. ¿De dónde han salido?

—No importa de dónde hemos salido nosotros, sino a dónde vais vosotros —repuso uno de los desconocidos.

Era un hombre robusto, de pecho combado y brazos cortos y musculosos. Sus cabellos eran claros, los ojos pequeños y muy juntos y la nariz grande.

Su compañero era bajo, medio calvo y llevaba unas gafas de montura negra que cubrían casi todo su rostro hosco. A la espalda llevaba una mochila y, en la mano derecha, sostenía un pequeño martillo.

—Estábamos mirando todo esto —explicó Pete; y, a continuación, les explicó quiénes eran él y sus hermanos.

El hombre corpulento dijo que su nombre era Sid Raff y que

tenía varias barquitas en el estanque de la cantera, para alquilarlas a los pescadores. El otro hombre se presentó, diciendo:

—Me llamo Wallace P. Ralston. Soy geólogo.

—¡Qué bien! —se entusiasmó Pam—. Entonces sabrá usted mucho de las rocas, ¿no?

—Me considero un experto —replicó el geólogo, sin que en su cara apareciera ni la sombra de una sonrisa.

—¿Quiere usted echar una mirada a esto? —pidió Pete, sacando de su bolsillo el trocito de titanio—. Creemos que puede haber más en esta cantera.

Ralston examinó la piedra atentamente, a través de sus grandes lentes.

—Nunca he visto esta clase de piedras por aquí —dijo al fin.

—Entonces, puede ser que el señor Kinder la encontrara en el Oeste.

—¿Conocéis al señor Kinder? —Preguntó Sid Raff, levantando la cabeza—. Simpático hombre. ¿Eh? Bueno. Podéis mirar por aquí, pero no hagáis ninguna diablura.

—No haremos nada —prometió Ricky.

Los dos empezaron a andar, alejándose, de repente se volvieron y Raff dijo a los niños:

—Os advierto que no debéis acercaros al estanque.

—Pero ¡si todos sabemos nadar! —dijo Holly—. Aunque no iremos allí porque no hemos traído los trajes de baño.

Raff soltó una risilla que hizo estremecer sus fuertes hombros, y añadió:

—No os atreveréis a poner un pie en esas aguas.

—¿Por qué? —Indagó Holly—. ¿Acaso pueden mordernos los peces?

Ahora fue Ralston quien les contestó:

—Se trata de algo peor que eso. —Levantó su martillo, blandiéndolo en dirección al estanque, cuando agregó—: Algunos pescadores han visto un monstruo en el estanque.

—Eso no puede preocuparnos —afirmó Pete, con una risa espontánea—, porque nosotros no creemos en monstruos.

Pero, a estas palabras, Sid Raff repuso, con gesto furibundo:

—¡Eso no tiene ninguna gracia! ¡Yo mismo he visto el monstruo!

Y, sin más, los dos hombres se alejaron a grandes zancadas hacia el estanque, en cuyas orillas los niños pudieron ver dos pequeñas embarcaciones, sujetas al amarradero.

—¿Por qué nos dirán todo eso? —preguntó Pete a Pam, en voz muy baja, mientras los cuatro se dirigían hacia la escarpadura, caminando sobre el pedregoso suelo de la cantera.

—Creo que quieren asustarnos —opinó Pam—. Holly, mirad bien si hay algún trocito de titanio.

Ricky agachó la cabeza como si fuera un perro de caza, siguiendo una pisa por el olfato. Iba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, describiendo zigzags, en búsqueda de alguna piedrecilla con vetas doradas. Al cabo de un rato fue quedándose apartado de los otros.

Pete, Pam y Holly avanzaban lentamente por la cantera. De vez en cuando se detenían y miraban hacia arriba, al margen bordeado de árboles.

—Castillo de Roca es muy bonito —dijo Pam—. ¡Oh, mirad! —Añadió, señalando a la derecha—. Allí hay un camino que lleva arriba.

Los tres niños miraron anhelosamente las amenazadoras torres rocosas.

—La próxima vez que vengamos subiremos por ahí —dijo Pete, esperanzado.

—A ver si podemos hacerlo pronto —añadió Pam. Cuando empezaron el camino de regreso, Holly preguntó:

—¿Dónde está Ricky?



Los tres empezaron a mirar atentamente hacia todos los lados de la inmensa cantera. Pero las únicas personas a quienes podía verse allí eran Raff y Ralston, sentados en una de las barcas. Ricky no aparecía por ninguna parte.

Pete colocó ambas manos ante su boca y empezó a llamar a Ricky, dando gritos. Sus llamadas se repetían en un eco por las paredes de la cantera, pero no hubo respuesta.

—Puede que haya vuelto al trituradero de piedra —sugirió Pete —. Ya sabéis cómo le gusta explorarlo todo.

No bien hubo acabado de hablar cuando, desde la vieja estructura de madera, llegó hasta ellos un chasquido. A los pocos

segundos un blanco penacho de arenilla rocosa se levantó desde la desvencijada techumbre.

Pete y Pam corrieron hacia allí, con la rapidez de gacelas, seguidos por Holly cuyas trencitas se le ponían tiesas y parecían ir a escapar de su cabeza. Cuando llegaron a la puerta del viejo edificio, los niños empezaron a toser, sintiéndose ahogados en la polvareda que flotaba por todas partes.

—¡Ricky! Ricky, ¿estás bien? —preguntó Pam. Con Pete al frente, penetraron en el oscuro interior del edificio. Por una ventana situada en lo alto de la pared, penetraba un rayo de sol que iba a iluminar la pared opuesta.

Allí estaba Ricky, de pie en un estrecho pasadizo. Unas escaleras de madera por las que había subido acababan de hundirse. Ricky, aunque había quedado con el paso cortado, estaba cubierto de polvo, pero no parecía haber recibido daño alguno.

—¡No puedo moverme! —exclamó Ricky, que en seguida empezó a toser.

—¡Estate quieto! —le indicó Pete—. Nosotros te ayudaremos.

Se apresuró a salir y, al atravesar, la puerta estuvo a punto de darse un golpe contra Raff y Ralston que llegaban corriendo al viejo edificio.

—Vamos a ver. ¿Qué pasa aquí? —preguntó Raff—. ¿No habíais dicho que no cometerías diabluras?

—Lo sentimos mucho —se disculpó Pete.

—Este lugar es peligroso —gruñó Raff.

Pam, que estaba muy asustada por su hermanito, pidió:

—¿Podrán ustedes ayudarnos?

Sin decir una palabra, Ralston abrió su mochila y sacó una fina y larga cuerda. Después de enrollarla en su mano la lanzó por el aire en dirección a Ricky. La primera vez falló en su intento, pero a la segunda probatura el pequeño pelirrojo pudo coger el extremo de la cuerda.

—Ahora átala fuertemente a la madera de ese pasillo y deslízate por la cuerda.

Ricky anudó la cuerda. Luego, se aferró a ella con ambas manos, cruzó las piernas sobre la cuerda y resbaló hasta el suelo.

—¡Canastos! Gracias por haberme salvado.

—Bien venido, muchacho —dijo Sid Raff con una sonrisa burlona. Pero, en seguida, su expresión se tornó dura como la piedra—: ¡Ahora salid de la cantera y no volváis más! —ordenó.

—Pero el señor Kinder ha dicho… —empezó a objetar Ricky.

—Ya le hablaré yo al señor Kinder de vosotros —bramó Raff—. Y ahora ¡largo!

—Ya ves lo que has hecho —lloriqueó Holly en un sordo susurro —. Lo has estropeado todo.

—Yo no sabía que esas escaleras viejas se iban a hundir —protestó Ricky cuando, en compañía de sus hermanos, volvía a salir al aire libre.

—Ahora ya estás a salvo —dijo Pam—. Además, es casi la hora de que Indy venga a recogernos.

Se detuvieron a la entrada de la cantera y volvieron la vista hacia el Castillo de Roca.

—¡Zambomba! Me gustaría investigar en ese lugar —exclamó Pete.

No habían hecho más que avanzar unos cuantos pasos cuando Indy penetró en el sendero, conduciendo la furgoneta.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó el hombre cuando los niños se reunieron con él.

—Hemos tenido que buscar a Ricky, hasta que le hemos encontrado —dijo Pete.

Y, durante el camino a casa, Indy les oyó explicar todas sus aventuras.

—Desde luego todo eso parece muy raro —le dijo a Pam—. Creo que ya os habéis mezclado en otro misterio.

Durante el resto del día, los Hollister no hicieron más que hablar de la cantera misteriosa, mientras Ricky repetía que aquél era un buen lugar para lanzar un paracaídas…, si se tenía uno.



Las palabras de su hermano hicieron pensar a Pete en el OVNI. Estaba determinado a contemplar, aquella noche, las luces de colores de que le habían hablado. Pero, después de la hora de la cena, se acumularon sobre el lago espesas nubes. De repente, una ráfaga de viento abrió las puertas vidrieras y oyeron golpear otras puertas en diversos lugares de la casa.

—¡Mira qué negro está el cielo! —exclamó Ricky. Brilló un relámpago, estalló un trueno y principió a caer un aguacero.

—Todavía puede aclarar —dijo Pete, esperanzado. Pero, a la hora de acostarse, todavía caía un fuerte chubasco.

Antes de dormirse, Pete puso el despertador en las cinco de la mañana. En cuanto el reloj empezó a sonar, Pete saltó de la cama. Había dejado de llover. Después de vestirse silenciosamente, se cubrió con una manta, a modo de capote, y bajó las escaleras de puntillas. Zip estaba durmiendo en la cocina.



Zip acompañó a su joven amo al exterior, donde éste dejó su improvisado capote sobre la hierba húmeda. Todavía estaba todo muy oscuro, pero, en la parte occidental, del horizonte brillaban ya las suaves franjas luminosas del amanecer.

«Si flotan esas luces de colores podré verlas desde aquí», se dijo Pete.

Pero, en toda la hora siguiente, no apareció sobre Shoreham ningún objeto no identificable.

A la hora del desayuno, Pete habló de aquello con sus hermanos.

—No ha habido ningún OVNI hoy al amanecer. He estado vigilando desde las cinco hasta que ha amanecido.

—¿Por qué no me dejas que te ayude? —pidió Ricky—. Tengo mucha suerte para encontrar luces de colores en el cielo. Pete sonrió.

—Si quieres, puedes ayudarme esta mañana. Voy a ir al aeropuerto a ver a Jet Hawks. Tengo que hacerle algunas preguntas sobre las luces que vio.

—¿Vienen también las chicas? —preguntó Ricky, mirando de lado a Holly.

La pequeña de las trencitas movió de un lado a otro la cabeza, dejó la cuchara sobre su plato y con aire de superioridad, repuso:

—No. Nosotras tenemos otros planes. Ricky se sintió intrigado.

—¿Es algún secreto? —preguntó.

—Sí —repuso Sue brevemente.

Ricky se rascó la cabeza y arqueó las cejas.

—Cosas de chicas —comentó con Pete—. Vamos a buscar las bicicletas. Nosotros tenemos una reunión secreta con un piloto.

El aeropuerto de Shoreham estaba a varias millas de distancia de la ciudad y en los últimos años había crecido lo suficiente para dar cabida a pequeños aviones de propulsión. Pero los dos muchachitos no veían cosa alguna mientras pedaleaban hacia el gran edificio del aeropuerto.

Cuando dejaron sus bicicletas, vieron despegar un avión de transporte. El único aparato que estaba ya en el cielo era un pequeño y anticuado biplano, de carlinga descubierta, que describía círculos en el cielo, cada vez a más altura.

—¡Qué trasto más antiguo! —comentó Pete, deteniéndose a contemplarlo—. He visto dibujos de esos aparatos en los libros.

En la ventanilla de información del interior del edificio, Pete preguntó por Jet Hawks. El empleado le dijo que el piloto acababa de despegar.

—Seguro que ha salido en ese avión de línea —se lamentó Ricky.

El hombre les sonrió, diciendo:

—No. Hoy Jet vuela en el biplano. Ya sabéis que ésa es su manía. Arregla aviones viejos y vuela en ellos.

—¡Estupendo! —Gritó Ricky—. ¿Y volverá pronto?

Los muchachos fueron informados de que el piloto deportista estaría volando una media hora. Por lo tanto, salieron corriendo para contemplar el cielo, donde vieron al pequeño biplano describir espirales.

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. Jet Hawks es un acróbata aéreo.

Alargando el cuello hasta el máximo, los chiquillos contemplaron al biplano haciendo un rizo. Después, el aparato inclinó el morro en picado y se introdujo entre una nube blanca y algodonosa.

—Me gustaría ser acróbata de avión —aseguró Ricky, admirativo.

Cuando el aparato estuvo más abajo, los muchachos esperaron que volviera a elevarse describiendo otro rizo, pero, en lugar de eso, el biplano empezó a girar más y más, al tiempo que descendía.

Ricky cogió fuertemente el brazo de Pete, exclamando:
—¡Canastos! ¡Se va a estrellar!

EL AVIÓN FUGITIVO



Conteniendo la respiración, Ricky y Pete contemplaron cómo el avión descendía a tierra en picado. Parecía que, con toda seguridad, iba estrellarse. Pero, de improviso, el morro se elevó hacia el cielo, cuando el aparato describió un gracioso giro. Después de dibujar un círculo en vuelo raso sobre el campo de aterrizaje, fue a tomar tierra cerca de uno de los hangares.

La solitaria hélice dejó de girar, y de la carlinga descubierta del avión descendió un hombre muy alto. Pete y Ricky atravesaron corriendo el campo; entonces vieron al hombre coger dos tablones de un lugar inmediato al hangar y colocarlos ante las ruedas del avión. En el momento en que los muchachos llegaron junto al aviador, éste estaba atando el aparato por la parte de la cola.

Al darse cuenta de los dos pares de ojos, muy abiertos, que le contemplaban, sonrió.

—Hola, muchachos —dijo, con voz amistosa—. Apuesto a que creíais que estaba en un apuro.

—Me pareció que sí —admitió Pete—. ¡Zambomba! ¡Qué modo

de volar!

—¿Es usted Jet Hawks? —preguntó Ricky.

—Sí. ¿Sois vosotros los muchachos que según me dijeron, vinieron a buscarme a casa?

—Era yo con mi amigo Dave —explicó Pete.

A continuación se presentó a sí mismo y a Ricky. Ambos estrecharon la mano al aviador.

—Mi esposa me dijo que habíais preguntado por mí. ¿Qué deseáis?

—Nos enteramos por el señor Kent de que ha visto usted un OVNI —dijo Pete—. A nosotros nos interesa todo lo que son misterios y querríamos saber más sobre esas luces extrañas.

—El martes pasado despegué de Chicago antes del amanecer —empezó a explicar el aviador—. Poco después de haber emprendido el vuelo empecé a ver esas extrañas luces de colores por el extremo del ala del estribor. Parecían descender, pero yo me encontraba tan lejos que las perdí de vista a los pocos momentos. Llamé por radio a la torre de control, pero tampoco pudieron ver nada en el cielo oscuro.

Pete preguntó cuál era la situación del objeto volante y se quedó sorprendido al enterarse de que Hawks lo había visto a orillas del lago de los Pinos, cerca de donde vivían los Hollister.



—¿Las luces iban en sentido vertical u horizontal? —volvió a preguntar el mayor de los niños.

—Se veían como si estuvieran una sobre otra —replicó el piloto.

—Lo cual puede querer decir que pendían del extremo de un paracaídas —razonó Pete.

—Es posible —respondió el aviador—. Aunque esas luces también podían formar parte de algún tipo de aeronave que estuviera descendiendo.

—¿Estaban inmóviles o parpadeaban? —quiso saber Ricky.

—Parpadeaban de vez en cuando.

Entonces el piloto pasó un brazo por los hombros de los dos muchachitos y dijo con una risilla:

—Sois unos verdaderos detectives. ¿Tratáis siempre asuntos de este tipo?

—Nos gusta resolver misterios, señor Hawks —contestó Pete.

—Llamadme Jet, solamente —les dijo el piloto—. Aquí todo el mundo me llama así y, puesto que estáis trabajando sobre el misterio del OVNI, podéis consideraros de los nuestros.

—Muy bien, Jet —dijo Ricky, sintiéndose muy importante—. ¡Estrechémonos las manos!

Y extendió su mano derecha, que el hombre oprimió afectuosamente.

El piloto, al darse cuenta de que Pete miraba con una especie de añoranza el biplano, preguntó:

—¿Qué? ¿Os gustaría dar una vuelta en él?

—¡Ya lo creo! —exclamaron a un tiempo los dos hermanos.

—Pues venid conmigo.

Cuando los tres se encaminaron hacia la parte delantera del pequeño aparato, Pete indagó:

—¿Por qué le gustan a usted los aviones antiguos, Jet?

—Porque son divertidos. Se siente el viento azotándote en la cara. Además, me gusta dar saltos mortales en el cielo.

—¿Nosotros podremos darlos? —preguntó Ricky, entusiasmado.

—Me temo que no; pero, de todos modos, daremos un paseo.

Jet dio unas palmadas en uno de los lados del aparato.

—Se llama «Jenny Giradora» —les informó— y fue construido en 1930.

—¡Canastos! —Se asombró Ricky—. ¡Qué tiempos tan antiguos!

—Desde luego es un avión viejo, pero muy bueno para volar. Vamos dentro —dijo Jet cuando los chicos daban vueltas alrededor del bien reparado aparato.

Pete vio que el avión tenía dos carlingas descubiertas, una situada bajo las alas, y la otra algo detrás.

—Vosotros iréis delante —les dijo Jet—. En esa cabina caben bien dos personas. Este aparato tiene dobles controles, de modo que yo puedo pilotar desde la parte posterior.

—¡Zambomba! Me gustaría poder volar algún día en un avión como éste —afirmó Pete.

—Quién sabe… Quizá algún día puedas —repuso Jet—. Venga. Subid a esa ala y saltad al asiento delantero.

—¡En seguida! —obedeció Pete.

Ricky le siguió. Metiendo las piernas por el borde de la carlinga, se dejaron caer en un gran asiento de cuero, frente al cuadro de mandos. Entre ellos había el mango de una palanca que subía desde el fondo del avión.

—He oído hablar de estos aparatos, pero casi me parecía que no podían existir —comentó Pete, levantando la vista hacia Jet, que ahora subía sobre un ala.

Jet le dirigió una breve sonrisa y, en seguida, se puso serio.

—Puedes ayudarme a poner en marcha el aparato, pero debes hacer exactamente lo que yo te diga y tener mucho cuidado.

—Lo tendré —prometió Pete.

—Esa manivela —explicó el aviador— es la magneto. Ahora está cerrada y debe permanecer así hasta que yo haya hecho dar unas vueltas suaves a la hélice. Entonces te avisaré para que tú las abras y yo pueda poner la hélice a toda marcha.

A continuación, el piloto tiró cuanto pudo de la palanca asegurándola con uno de los cinturones de los asientos.



—Ahora, Pete, escúchame atentamente. Después de que yo haya hecho girar varias veces la hélice para dar impulso al motor, necesito que abras un poco la válvula. Nada más que una media pulgada. —Mostró a Pete lo que tenía que hacer exactamente y añadió—: Eso hará que el motor inicie una marcha lenta. Entonces

yo desataré las alas y quitaré las calzas a las ruedas. Luego subiré y estaremos dispuestos para volar.

Los dos hermanos se sintieron recorridos por un fuerte cosquilleo de nerviosismo cuando el piloto se colocó delante del avión, estiró sus largos brazos y cogió la hélice, haciéndola girar por dos veces.

—Vamos, Pete —dijo entonces—. ¡Abre la válvula!

Pete movió la válvula media pulgada. Jet impulsó con fuerza la hélice y el único motor del aparato empezó a rugir.

—¡Estupendo, muchacho! —gritó Jet, haciéndose oír por encima del ruido—. Ahora permaneced bien sujetos al asiento y no toquéis nada.

El piloto marchó a la parte posterior del avión y empezó a desatar la cuerda que sostenía la cola. Ricky estiró el cuello cuanto pudo para ver lo que hacía Jet, pero la carlinga quedaba demasiado hundida para que el niño pudiera distinguir nada. Sin poder contener su curiosidad, el pequeño se puso en pie para poder ver mejor.

—¡Siéntate! —le advirtió Pete.

Cuando Ricky volvió a dejarse caer en el asiento su mano tropezó con la válvula. En aquel instante Jet acababa de desatar la cola del aparato.

Con un repentino rugido, el avión salió de los edificios de madera y se lanzó hacia delante.

El susto dejó sin habla a Pete y Ricky, que se dieron cuenta de que el aparato se levantaba por la parte trasera. Pete miró hacia atrás y pudo ver a Jet Hawks corriendo enloquecido tras su fugitivo avión, que llevaba demasiada velocidad para que él pudiera alcanzarlo.

El viento soplaba a través de las aberturas y el rugido del motor apagaba los gritos de desespero de los muchachitos. El primer impulso de Ricky fue tirarse de allí, pero Pete le retuvo.

—¡Estate quieto! —le ordenó—. Aquí estamos a salvo.

Al empujar a Ricky hacia el asiento se soltó el cinturón que sujetaba la palanca.

¡Y entonces ocurrió la cosa más inesperada! Los chiquillos dejaron de sentir las ruedas deslizándose sobre la pista de

hormigón. Miraron hacia abajo y vieron, perplejos, que la tierra iba alejándose.

¡Estaban volando!

Pete abrió la boca, pero no pudo pronunciar ni una palabra. El viento, soplando con fuerza, le cortó la respiración.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ricky, a gritos para que se le oyera por encima de los rugidos del motor.

Abajo, a lo lejos, vieron a Jet Hawks que les hacía frenéticos ademanes.

De pronto, Pete tuvo una idea. Inclinándose sobre la cabina, cerró la válvula. El motor cesó en sus bramidos y todo lo que pudo oírse fue el fantasmal aullido del viento, filtrándose por todas partes.

«He oído decir que algunos de estos aviones pueden aterrizar solos. Espero que éste sea de ésos», se dijo Pete.

Se inclinó entonces para decir al oído de Ricky:

—Estate quieto y no toques la palanca. Creo que todo irá bien.

El avión empezó a planear nuevamente, descendiendo cada vez más. Estaba fuera de los márgenes del aeropuerto y parecía ir a tomar tierra en un pequeño claro.

—¡Sujétate! —gritó Pete.

Las ruedas del aparato rozaron contra las copas de algunos arbolillos y luego, prorrumpieron en unos cuantos «bump, bump, bump», resbaló sobre la áspera tierra y quedó inmóvil.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, cuando él y su hermano se vieron empujados hacia la parte posterior del asiento.

Cuando se relajaron en la distancia se oyó el gemido de una sirena y, a los pocos momentos, una furgoneta del aeropuerto, con las luces rojas encendidas, salió de la pista, aproximándose al claro. Pasó rebotando sobre las raíces que sobresalían de la tierra y fue a detenerse junto a los dos muchachitos. Del vehículo salieron Jet Hawks y un ayudante del aeropuerto.

—¿Estáis bien, chicos? —gritó el piloto.

—Perfectamente —repuso Pete con una apagada sonrisa.

Con el rostro muy pálido, los dos hombres ayudaron a los hermanos Hollister a salir de la carlinga. Jet logró dedicarles una sonrisa al decir:

—Me habías dicho que erais detectives, no aviadores.

—Lo… lo siento —dijo Ricky—. Todo ha sido culpa mía, que no me estuve quieto en el asiento. Pete nos ha salvado.

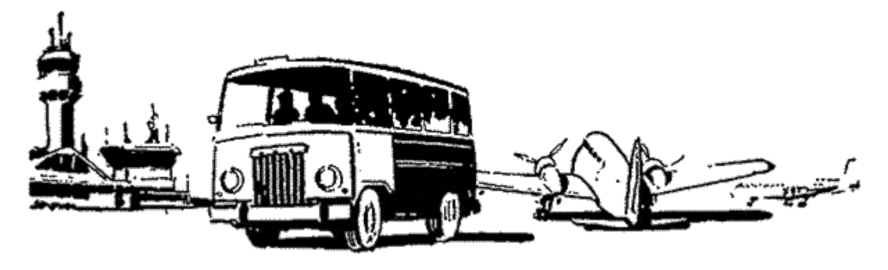
—Ha sido una buena idea la de cerrar la válvula —concordó Jet—. Bueno. Menos mal que no ha ocurrido nada. —Y, al ver que el ayudante daba un salto de asombro, aclaró—: Vosotros habéis podido aterrizar bien y mi viejo aparato está también ileso.

Ricky se sintió muy tranquilizado al ver que no recibía la regañina que se tenía bien merecida. Pete dijo:

—La próxima vez nos portaremos mejor.

—Creo que, por hoy, ya ha habido bastante —repuso el piloto con firmeza—. Vamos a remolcar a «Jenny» hasta el aeropuerto.

A los pocos minutos se había atado una cuerda a la parte delantera del avión y la furgoneta lo remolcó a través del aeropuerto, hasta el lugar en donde los jóvenes aviadores habían despegado.



Jet y el ayudante metieron el avión en el hangar, mientras los Hollister esperaban fuera. Cuando los dos hombres salían apareció un vehículo que fue a detenerse junto al edificio. La bocina sonó por dos veces y Jet saludó con un ademán a una señora muy guapa que iba sentada al volante y a la niña que iba a su lado.

—Son mi esposa y mi hija —informó Jet—. Venid, os las presentaré.

Para entonces, las manos de Ricky habían dejado de temblar y el cosquilleo del estómago de Pete se había calmado. Los dos muchachos parecían bastante tranquilos cuando fueron presentados a Isabel, la esposa de Jet.

—A Pete ya le conocía —dijo ella con una sonrisa—. Y me alegro de conocerte también a ti, Ricky. Ésta es nuestra hija, Dafne.

La niña aparentaba unos diez años, tenía los cabellos rubios y

hoyuelos en las mejillas.

Jet hizo un guiño a los muchachos, al explicar:

—Para abreviar la llamamos Daffy.

Pete y Ricky sonrieron a la niña y ella les sonrió a su vez.

—¿Os ha llevado papá a dar una vuelta con «Jenny Giradora»? —preguntó amablemente.

Pete se limitó a tragar saliva y asentir con la cabeza.

—¡Ya les daré yo la vuelta…! —exclamó Jet—. Ahora os lo explicaré todo mientras vamos camino de su casa.

—¿Y nuestras bicicletas? —preguntó Ricky.

—Ponedlas detrás y vosotros subid al asiento posterior.

Los hermanos Hollister obedecieron. El piloto se sentó al volante y el vehículo se encaminó a Shoreham.

Mientras Jet Hawks explicaba la aventura del vuelo inesperado su esposa le escuchaba horrorizada; pero, en cambio, Daffy tenía los ojos relucientes.

—¡Qué maravilloso! —exclamó—. Ricky y Pete pueden llegar a ser hombres del espacio.

Era casi la hora de comer cuando Jet Hawks frenó el coche frente a la casa de los Hollister.

—Tienen ustedes que conocer a nuestra familia —dijo Pete que en seguida salió camino de la casa en busca de su madre.

Estaba Ricky descargando las bicicletas cuando aparecieron la señora Hollister y sus hijas. Se presentaron unos a otros y pronto las niñas estaban charlando alegremente con Daffy.

La señora Hollister invitó a los Hawks a comer con ellos.

—Realmente, no deberíamos aceptar —dijo el piloto un poco desconcertado—, pero tengo una larga historia que contarles sobre nuestra aventura y ése será un buen momento para hacerlo.

Después de tomar el postre se dio permiso a los niños para que dejasen la mesa y, al poco, los mayores se reunieron con ellos en la sala. Las cuatro niñas se acomodaron en el sofá y Pete oyó que Holly murmuraba al oído de Daffy la palabra «secreto».

—¿Qué habéis estado haciendo mientras Ricky y yo estábamos fuera? —preguntó.

Pam miró a Ricky y dijo:

—Esta mañana hemos estado haciendo algo importante.

En seguida dio un empujoncito a Sue, que se apresuró a marchar escaleras arriba.

—Se trata de algo especial para ti, Ricky —informó Holly.

Un minuto más tarde volvió Sue con las manos llenas de vestidos de muñeca, hechos en papeles de colores. Ricky se quedó perplejo.

—¿Son para mí? —preguntó, poniéndose tan colorado como una zanahoria.

UN FANTÁSTICO DESCUBRIMIENTO



—¡Vestidos de muñeca para mí! —exclamó Ricky, con una expresión muy agria—. Supongo que será una broma.

Cuando todos cesaron de reír, Pam dijo a la pequeñita:

—Pero, Sue, no es eso lo que yo te había pedido que bajases. Es la otra cosa. Ya sabes.

Sue volvió rápidamente a las escaleras, por las que subió con la ayuda de pies y manos. Esta vez volvió cargada con un gran paracaídas doblado. Al verlo, los ojos de Ricky se iluminaron y su boca se abrió en una amplia sonrisa.

El paracaídas estaba confeccionado con grueso papel blanco y los bordes aparecían pulcramente cosidos.

—¡Qué bien hecho! ¡Muchas gracias! —exclamó Ricky.

—Todas las chicas hemos ayudado a hacerlo —explicó Pam—. Ése era nuestro secreto.

—¡Zambomba! Ahora podremos volver al Castillo de Roca para

lanzar este paracaídas —opinó Pete.

La señora Hollister propuso ir a celebrar una merienda a la cantera a la tarde siguiente. Invitó a los Hawks, pero Jet dijo que tenía que hacer un vuelo. Sin embargo, su esposa y Daffy aceptaron.

—También mi marido tiene trabajo —dijo la señora Hollister, sonriendo al señor Hawks—, así que iremos nosotras solas con los niños.

Después de que los invitados se hubieron marchado, Ricky y Holly estuvieron haciendo prácticas sobre el lanzamiento del paracaídas desde el tejado del garaje. Joey Brill no se presentó a molestarles y el único espectador que tuvieron fue Domingo. Pete había dejado al burro en el césped para que pastara y, cada vez que el paracaídas descendía, Domingo levantaba la cabeza y prorrumpía en un sonoro:

—¡Iiihh! ¡Ooohh!

Después de la cena, Pete y Pam llegaron a la conclusión de que era más conveniente salir a ver si descubrían las luces misteriosas al amanecer, porque era a aquella hora cuando Jet las había visto.

—Pondré el despertador y me levantaré temprano —dijo Pete—. Si veo algo sospechoso, te avisaré.

Ya era casi de madrugada cuando sonó el timbre del despertador. Pete se vistió rápidamente y bajó de puntillas las escaleras. A los pocos minutos ya había extendido un impermeable junto al desembarcadero y estaba sentado, contemplando el cielo oscuro.

Llevaba unos minutos observando en la negrura reinante cuando algo se deslizó ante él. Pete dio un salto con el corazón palpitante.

«No es más que un murciélago», se dijo a sí mismo.

—Envíenme al departamento 48 de la Central de Correos de Shoreham —dijo la voz.

Pete clavó la mirada en la espesura con expresión de incredulidad. La voz repitió el mensaje. Zip dio un salto y un ladrido, pero no apareció nadie.

«¿De dónde viene esa voz?», se preguntó Pete, mientras, con esfuerzo, se obligó a sí mismo a caminar en dirección al lugar de donde salía la voz.

De improviso, las palabras sonaron de nuevo, casi bajo sus pies.

Pam dio un salto. Había estado a punto de pisar un pequeño estuche. Unido a él y casi oculto por la maleza, había un paracaídas de papel blanco y, entre ambas cosas, una hilera de bombillas de colores.

Cuando Pete se inclinó al recoger el estuche, la voz habló nuevamente.

—Desde luego, esto es el OVNI —opinó Pam, mientras examinaba la hilera de bombillitas que unían el pequeño estuche con el paracaídas. Las señaló, diciendo a Pete—: Ésas son las luces.

—Quien haya lanzado este paracaídas necesitaba que alguien lo encontrase —razonó Pete.

—Pete, ¿por qué hay que enviarlo al departamento 48 de la Central de Correos de Shoreham? —preguntó Pam, muy asombrada.

Los dos hermanos volvieron entonces a casa, pedaleando en sus bicicletas. Pete llevaba con toda precaución lo que se habían encontrado. La señora Hollister estaba preparando el desayuno cuando los niños entraron corriendo en la casa, dando la noticia.

—Es un ingenioso invento —dijo el señor Hollister, después de haberlo examinado.

—Pero ¿para qué es? —preguntó Holly.

—Quizá para atraer la atención sobre las cosas que caen en paracaídas —dijo Pam.

Después de desayunar, Pete telefoneó a Da ve para hablarle de su misterioso descubrimiento. Luego, los dos muchachitos, en compañía de Pam, fueron a casa del señor Kent para mostrarle el paracaídas parlante.



El periodista quitó del sofá los periódicos dominicales y pidió a los niños que se sentasen.

—De modo que habéis averiguado lo que es el OVNI, ¿no? ¡Enhorabuena! Ahora todo lo que tenéis que hacer es resolver el misterio de quién lanza estas cosas y por qué.

—Si podemos enterarnos de quién es la persona que tiene alquilado el departamento 48 de la Central de Correos, podremos hacerle algunas preguntas acerca de ello —consideró Pete.

—Eso no va a resultaros tan fácil —respondió el señor Kent—. Los apartados de correos son privados y el jefe de correos no querrá deciros quien tiene alquilado el número cuarenta y ocho.

—Llevaremos este invento a correos a primera horas de la mañana —dijo Pam—. Así podremos vigilar y ver quién va a recogerlo.

El señor Kent les deseó suerte y prometió insertar unas líneas en el periódico, pidiendo al misterioso inventor que se presentase.

Después de dar palabra al editor de que le mantendrían informado, los niños se marcharon rápidamente a prepararse para ir a la iglesia. Cuando regresaron de la ceremonia religiosa y tomaron unos bocadillos, la señora Hollister preparó los alimentos para la merienda campestre. Estaban ya preparados cuando, a media tarde, llegaron Daffy y su madre; los Hollister se apresuraron a darles cuenta de todo lo relativo al encuentro del paracaídas parlante.

—¡Qué maravilloso! —exclamó Daffy—. ¡Huy! ¡Cuando papá se entere de esto…!

El trayecto hasta el camino de la cantera resultó cómodo, pero a partir de allí empezaron los topetazos provocados por los baches, cosa que hizo que todos se divirtieran mucho. Pronto los excursionistas embocaron un caminillo muy estrecho que, según informó la señora Hollister, llevaba hasta los límites de la cantera. Siempre en el coche, avanzaron cuesta arriba, hasta que el sendero desembocó en un claro.

—¡Ahí está el Castillo de Roca! —anunció Pam.

—Pues ¡vamos dentro! —propuso Holly en cuanto saltó del coche.

Los demás la siguieron hasta la magnífica elevación rocosa.

—¡Oh! —se asombró Daffy—. Parece un castillo del país de los

duendes.

Ante ellos se elevaban las dos torretas de piedra cubiertas de hiedra, con un parapeto rocoso entre ambas. Una de las torretas estaba formaba por un bloque de roca maciza, pero, en la otra, había un angosto pasadizo. Al cruzarlo, los excursionistas se encontraron en una gran estancia circular con una amplia ventana. Por dicha ventana pudieron contemplar abajo, y a lo lejos, el estanque.

—La erosión producida por el viento y la lluvia ha dado lugar a la formación de este castillo —explicó a los niños la señora Hollister.

Después de advertirles que tuvieran precaución, ella y la señora Hawks se marcharon a la parte de fuera.

—Vamos a lanzar el paracaídas —dijo nerviosamente Ricky.

Se sentó en un gran peñasco, próximo a la ventana, para desatar las cintas de su paracaídas.

—Yo iré abajo para recogerlo —se ofreció Holly.

—Muy bien —asintió su hermano—. La próxima vez puedes lanzarlo tú para que yo lo recoja.

Holly encontró el sendero escalonado y descendió por él hacia la parte baja de la cantera. Los demás la contemplaron desde el gran ventanal de la torreta. Holly alcanzó la estrecha franja de terreno situado entre la torre y el estanque y desde allí llamó, diciendo:

—¡Lánzalo, Ricky!

Su hermano arrojó el paracaídas todo lo apartado que le fue posible de la pared rocosa. El paracaídas se abrió, mientras descendía. Holly corrió hasta él para cogerlo antes de que llegase a tierra.

—¡Muy bien! —Gritó Daffy, palmoteando—. ¡Ay, qué divertido!

Holly plegó el paracaídas y trepó por el sendero igual que lo habría hecho un monito. Cuando llegó arriba Pam le dijo:

—Ahora, tíralo tú, Ricky y yo iremos abajo a recogerlo.

Pero, cuando llegaron al pie de la torre, el viento había refrescado repentinamente, soplando en dirección al estanque, de modo que Pam y Ricky tuvieron que aproximarse mucho a la orilla del agua. Levantaron la vista y contemplaron a Holly, haciendo girar el paracaídas que salió ondeando desde el promontorio rocoso,

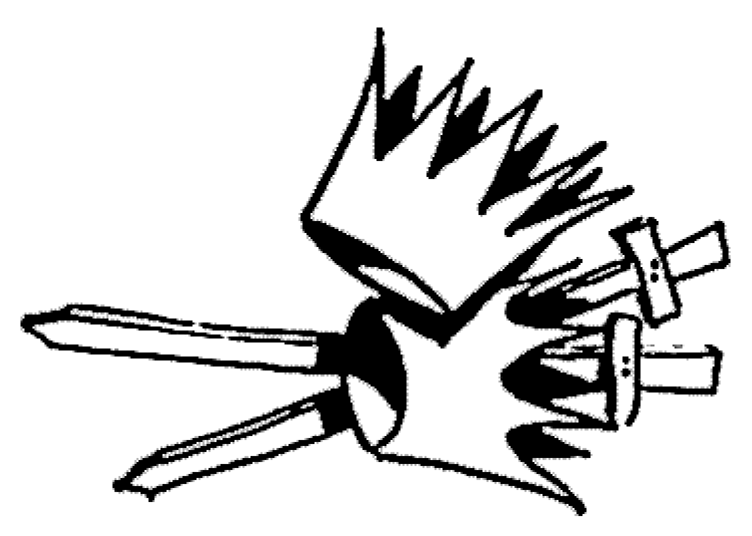
y empezó a descender, aproximándose más y más al estanque.

Pam y Ricky dieron unos cuantos pasos atrás, con los ojos fijos en el paracaídas. Desde lo alto, los demás niños gritaban y movían las manos, haciéndoles señas; pero Pam no comprendió que lo que intentaban los demás era hacerles una advertencia.

Siguió retrocediendo de espaldas hasta que sus pies se hundieron en el estanque. Prorrumpiendo en un grito ahogado, Pam desapareció bajo las frías aguas. Mientras luchaba por salir a la superficie, la niña tocó con el pie un objeto muy grande que…, en aquel mismo momento, ¡serpenteó, apartándose de ella!

«¡El monstruo!», pensó Pam.

LOS CABALLEROS Y EL DRAGÓN



Moviendo furiosamente las piernas, Pam nadó hasta la superficie. Cuando su cabeza salió del agua, la niña aspiró profundamente una prolongada bocanada de aire fresco y luego subió hasta el rocoso borde del estanque.

Ricky, que ya había recogido el paracaídas, advirtió la expresión aterrada de Pam.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Total, lo único que te ha pasado es que te has mojado un poco.

—He tocado con el pie una cosa dura y que serpenteaba.

—¡El monstruo! —exclamó Ricky.

—Por un momento he creído que lo era —admitió Pam—. Ya sé que no puede haber sido un monstruo, pero, de todos modos, no tengo ganas de volver a nadar ahí dentro.

—¡Canastos! ¡Tienes razón! —asintió Ricky.

El calor del brillante sol empezó a secar las ropas de Pam mientras ella y Ricky se dirigían hacia el camino. Pero no habían recorrido mucho trecho cuando los ojos del muchachito se fijaron

en algo brillante que se encontraba al pie de la torre rocosa. Él y Pam se acercaron a investigar.

—Es una pieza vieja de maquinaria —dijo Pam.

Ricky se puso en cuclillas para examinar un artefacto circular que llevaba un motor enmohecido. Del aparato salía un tubo que iba hasta el borde del estanque; era ése el objeto que Ricky había visto brillar.

—Es una bomba —dijo Pam—. Seguramente la utilizaban hace años para llevar agua a la cantera.

Mientras los niños estaban contemplando la vieja maquinaria se produjo un ruido; ambos levantaron la vista, encontrándose a su lado a Sid Raff.

—Conque habéis vuelto, ¿eh? —Preguntó a los sorprendidos hermanos—. ¿Qué estáis haciendo con esa bomba?

—Nada más mirarla —replicó Ricky.

—Hemos venido a celebrar una merienda campestre —explicó Pam, señalando al mismo tiempo hacia el Castillo de Roca.

—Bueno. Pues la bomba está rota —dijo Raff—. No funciona y no sirve para nada. Me tiene sin cuidado que hayáis venido a merendar allí arriba, pero os aconsejo que os mantengáis apartados de aquí.



—¿Por qué? —preguntó Ricky.

—Porque tuvo lugar un desprendimiento de tierra anteanoche.

Y, al decir esto, Raff señaló un montón de rocas y tierra, situado en la base del promontorio rocoso, no lejos de donde los dos hermanos habían estado.

—Este lugar es peligroso —añadió el hombre—. De modo que no debéis jugar cerca de la cantera, niños.

—Muchas gracias por advertírnoslo —dijo Pam, muy educada.

Tomó a Ricky de una mano y ambos empezaron a subir por el sendero rocoso. A los pocos minutos volvieron la vista atrás. Sid Raff se había ido.

—Desaparece de un modo que parece un mago —dijo Ricky.

—¿Y de dónde habrá salido? —preguntó Pam. Ricky se encogió

de hombros y él y su hermana reanudaron el ascenso por el escarpado sendero. Cuando bordeaban la zona de terrenos desprendidos que les había indicado Raff, Pam comentó:

—Puede que ese hombre tenga razón y lo único que quiera sea evitar que nos ocurra algo malo.

Mientras hablaban, Ricky se agachó a recoger una piedrecilla. Estaba llena de rayas doradas.

—¡Mirad lo que he encontrado! —dijo, mostrando su hallazgo, lleno de orgullo.

—¡Si parece titanio! —exclamó Pam.

—Pues Sid Raff nos dijo que por aquí no había titanio.

—Puede que el desprendimiento haya desenterrado un yacimiento —replicó Pam, excitadísima—. ¡Verás cuando se lo digamos al señor Kinder! Esto dará mucho valor a su cantera.

—Seguro que a ese geólogo también le gustaría saberlo —declaró Ricky, guardándose la piedra en el bolsillo.

Cuando los dos hermanos llegaron arriba, ya su madre y la señora Hawks, con la ayuda de las niñas, habían preparado la merienda, a la sombra de un pino inmediato al Castillo de Roca.

—¿Ya te has secado, hijita? —preguntó la señora Hollister—. Hemos visto desde aquí lo que te ha ocurrido.

—¿Y qué os ha dicho Sid Raff? —fue la pregunta de Pete.

Cuando Pam y Ricky contaron lo ocurrido, la señora Hawks comentó:

—Estoy segura de que no ha sido un monstruo lo que te ha tocado, Pam.

—Pero lo que ha encontrado Ricky sí es un trozo de titanio —intervino Pete—. Ahora el señor Kinder podrá vender su cantera a un precio muy alto.

—También puede explotarla él mismo —sugirió Daffy.

—Lo que hay que hacer es enseñarle la piedra mañana temprano —fue la opinión de Holly.

Cuando acabaron de tomar la deliciosa merienda-cena, Daffy, Pam, Holly y Sue se pusieron a jugar a la comba. Pete y Ricky se entretuvieron mirando por el ventanal del castillo, hacia el estanque.

El lugar estaba vacío y silencioso, mientras grandes sombras se

iban extendiendo sobre la cantera. Pete estaba pensando muy seriamente en las aventuras del día, cuando Daffy le dio unos golpecitos en el hombro, diciéndole:

—¿Quieres jugar con nosotras a damas y caballeros?

—Está bien —aceptó Pete, riendo—, pero yo soy un caballero que acaba de llegar de la guerra.

—Yo también quiero jugar a damas y caballeros —declaró Sue —. Yo seré la reina.

Pam se conformó con ser la reina madre, y Daffy con convertirse en camarera mayor. Holly, en cambio, se empeñó en ser un caballero. Deseaba unirse a Ricky y Pete en la lucha contra el dragón que atacaba el castillo.

Mientras Pete buscaba algunas ramas apropiadas para espadas, Sue se acomodó en la roca redonda, próxima a la ventana del castillo. Pam le puso el mantel de la merienda a modo de manto. Daffy hizo rápidamente a Sue una corona, confeccionada con papel de plata retorcido, que ajustó a la cabecita de la pequeña con un cordel. Una vez concluidos los preparativos, Pam y Daffy, también adornadas con coronas, se situaron ante Sue.

Las madres presenciaron divertidas cómo Daffy se inclinaba graciosamente frente a Sue, diciendo:



—¿Qué más desea Vuestra Majestad?

—¡Matad al dragón y traédmelo!

—Pero, Majestad, ¡eso es muy sangriento! —se lamentó Pam.

—Así es como lo dicen en los cuentos de hadas. Además, ya sabemos que es mentira —protestó Sue.

Mientras tanto, Ricky había estado observando el rocoso trono de su hermanita pequeña. Pensaba que aquella roca parecía estar tapando un agujero del suelo, pero, antes de que hubiera podido decir nada sobre todo aquello, Sue gritó:

—Ahí viene Pete con las espadas.

Pete entregó una ramita a Ricky, otra a Holly, quedándose él con una tercera.

—El dragón está acechando entre los árboles —anunció Pete, señalando un grupo de altos pinos.

Los tres se lanzaron al ataque. Sus espadas de madera se movían de izquierda a derecha y de derecha a izquierda en desaforados esfuerzos por cortar la cabeza del dragón imaginario.

—¡Nos está lanzando fuego por la boca! —gritó Ricky, retrocediendo algunos pasos.

Los demás le imitaron.

—¡Nos devorará a todos! —chilló Holly.

Los tres leales defensores de la reina Sue retrocedieron paso a paso, luchando en vano por liquidar al furibundo dragón. Por fin, cuando estaba ya muy cerca del trono. Pete se lanzó al frente, empuñando la espada que clavó en el corazón del dragón imaginario. La enorme bestia rodó por tierra.

—¡Le habéis alcanzado, «Sir» Pete! —exclamó Pam.

—¡Ahora, cortadle la cabeza! —ordenó Sue.

Ricky se apresuró a obedecer, irguiéndose en seguida para mostrar la cabeza del dragón, mientras Holly, que estaba muy cansada, se apoyó en la ventana. Se había vuelto a mirar hacia abajo y, de repente, prorrumpió en un penetrante chillido.

—¡Mirad, ahí está el dragón de verdad!

Todos corrieron junto a Holly y miraron abajo, hacia el estanque. Pero no pudieron ver otra cosa que un gran remolino en la superficie de las aguas negras.

—¡Debe de ser el mismo monstruo que tocó a Pam! —gritó Ricky, estremecido.

La señora Hollister opinó que debía de tratarse de un pez muy grande que habría salido a la superficie a comer insectos.

—Seguramente tienes razón, mamá —concordó Pete—. Así que lo que tenemos que hacer es librarnos del dragón de Sue.

Entre grandes risas, Pete y Ricky se esforzaron por levantar al dragón del suelo; luego, lo llevaron hasta el borde del promontorio para arrojarlo por él.

Sue dijo, muy seria:

—Bueno. Por fin la reina está a salvo.

Poco después los excursionistas subían a la furgoneta para regresar a Shoreham.

La señora Hollister miró hacia atrás, preguntando:

—¿Todos dispuestos para pasar lista? Y Pete ordenó:

—Todos a pasar lista.

Entonces, cada uno de los niños fue diciendo su nombre.

Inesperadamente, la señora Hollister hizo un gesto y, muy seria, indagó:

—Vamos a ver, niños, ¿quién de vosotros ha cogido las llaves del coche?

—Yo no —aseguró Pete.

—Ni yo —añadió Ricky.

La madre se mostró muy extrañada.

—¡Estoy segura de haberlas dejado en el coche! —Afirmó—. ¡Y han desaparecido! ¡Tiene que haberlas cogido alguien!

UN GATO SOLITARIO



—¿Tendremos que pasar aquí toda la noche? —preguntó Ricky, esperanzado, mientras su madre rebuscaba en vano dentro de su bolso, intentando descubrir las llaves del coche.

—Encontraremos las llaves y nos iremos a casa. —Dijo la señora Hollister con determinación—. Las llaves iban en un estuche de cuero. No pueden haberse extraviado.

—Puede haberlas cogido alguien a propósito —indicó Pete—. Como no hemos vigilado el coche todo el tiempo…

—Pero ¿quién iba a gastar esa broma? —dijo la mamá de Daffy.

—Seguramente Raff o Ralston —dijo Ricky.

—Pues a mí no me parecen muy bromistas —hizo notar Pam.

—En todo caso, hemos de mirar bien por todas partes, antes de que se haga de noche —dijo la señora Hollister.

Mayores y niños salieron del coche y empezaron a caminar describiendo amplios círculos, intentado descubrir las llaves.

—No ha habido suerte —se lamentó Pam, suspirando, cuando terminaron de inspeccionar todo el espacio inmediato al lugar en que se encontraba la furgoneta.

De pronto, Sue, que había estado moviéndose cerca de la zona

de arbolado, gritó:

—¡Ya las he encontrado! ¡Están aquí!

Todos corrieron junto a la niñita que estaba recogiendo las llaves, cuyo estuche se había sujetado al tronco de un arbolito, mediante una tachuela. Y con gran sorpresa para todos, en aquel momento cayó al suelo un trozo de papel blanco. Pam lo recogió y se apresuró a desdoblarlo. En él se habían escrito las siguientes palabras:

ADVERTENCIA ¡MANTÉNGASE ALEJADO DEL CASTILLO DE ROCA!

—¡Esto es horrible! —exclamó la señora Hollister.

—Algo extraordinariamente misterioso está ocurriendo —agregó la señora Hawks.

—Y nosotros estamos mezclados en ello —dijo Pete, solemnemente—. Pero nadie nos impedirá venir ni conseguirá asustarnos.

Cuando el coche empezó a alejarse de la cantera, Pam creía sentir la existencia de algunos ojos que les observaban, pero era imposible ver a nadie. Durante la mayor parte del trayecto los excursionistas estuvieron haciendo suposiciones sobre quién podía haberles gastado tan desagradable broma y a qué podía deberse la extraña advertencia.

—Seguro que todo ha sido una broma —concluyó por opinar Daffy.

Y las niñas cambiaron de tema para ocuparse de las muñecas.

—Yo siempre tendré muñecas —afirmó Pam—. Hasta cuando sea mayor.

Daffy repuso que también a ella le gustaban mucho y que nada le parecía preferible a quedarse en casa jugando con sus cosas.

—Pobre Maddie-Poo —suspiró Sue—. Está enferma.

Maddie-Poo era una de sus muñecas favoritas, a la cual le había sucedido algo inexplicable: su cuello se había aflojado y la cabecita se bamboleaba de un lado para otro; sólo aparecía en su sitio cuando Maddie-Poo descansaba en su cuna.

La conversación sobre muñecas que sostenían las niñas no llegó

a su fin hasta que la furgoneta se detuvo ante la vivienda de los Hollister. La señora Hawks y Daffy dieron las gracias a la familia por la feliz tarde que habían pasado y se marcharon. Los niños más pequeños, cansados al cabo de un día tan agitado, se acostaron temprano, mientras que Pete y Pam se quedaron a hacer planes para el día siguiente.

—Enviaremos el paracaídas parlante al Apartado de Correos número 48 —propuso Pete—. En el paquete meteremos una carta, pidiendo al propietario de ese aparato que se ponga en comunicación con nosotros para aclarar el misterio de ese extraño paracaídas.

—Buena idea —concordó Pam, añadiendo—: Daffy le dirá a su padre que nosotros hemos encontrado el OVNI.

Se decidió que, después de llevar el estuche del paracaídas, Pete y Pam irían a casa del señor Kinder a enseñarle la piedra con vetas doradas que Ricky había encontrado en la cantera.

—¡Se emocionará mucho con tan buena noticia! —dijo Pam, alegremente.

A la mañana siguiente, de camino hacia su establecimiento, el señor Hollister dejó a sus dos hijos mayores en la oficina de correos. Después de solucionar todo lo relativo al estuche parlante, los niños se encaminaron a casa del señor Kinder. La puerta principal de entrada estaba cerrada. Pete tocó el timbre, pero nadie respondió.

—Me parece que no está en casa —dijo Pete—. Habrá salido a una de sus excursiones.

En aquel momento, Casey apareció por una esquina de la casa, saltó por la baranda del porche y fue a restregarse contra las piernas de Pete. Después, el hermoso gato empezó a maullar sonoramente.



—Es raro —comentó Pam—. Si el señor Kinder hubiera salido de viaje o de excursión, se habría llevado a Casey.

—Este pobre gato está hambriento. ¿Qué te parece si le damos de comer? No creo que a Morro-Blanco o a sus hijitos les importe.

Casey les siguió ávidamente y, aunque el camino hasta casa de los Hollister era largo, el animal no se separó de los niños.

El hermoso gatazo entró con Pete en la cocina, donde Morro-Blanco y sus pequeños estaban tomando leche. Al ver a Casey, Morro-Blanco se lamió el hocico para limpiarlo de las gotitas de leche que lo ensuciaban y, a continuación, condujo a su familia escaleras abajo.

—Morro-Blanco no es nada amable —observó Holly, viendo cómo su gatita dirigía bufidos hacia el recién llegado.

—Es que no se les ha presentado debidamente —bromeó Pete.



Se marchó entonces a la despensa y regresó con una lata llena de comida, levantó la tapa y colocó el alimento ante el gato del señor Kinder.

Casey lo comió con tanto apetito como si llevara una semana en ayunas. Cuando concluyó toda la ración se acercó al plato de leche que había dejado Morro-Blanco y dio unos cuantos lametazos. Después maulló cortésmente las gracias, empujó la puerta de cristales y salió al jardín.

Holly echó a correr tras él, llamándole.

—Ven aquí.

Pero Casey se lanzó hacia el caramillo lateral y desapareció calle abajo.

—Seguro que encontrará el camino de su casa —dijo Pete—. Los gatos siempre encuentran su casa.

Pam estaba ocupada en meditaciones sobre los posibles motivos del señor Kinder para dejar solo al pobre Casey, cuando se vio interrumpida por una llamada telefónica. Era Daffy. Invitaba a las niñas Hollister a ir a su casa después de comer.

—No dejes de traer tus muñecas —le recordó Daffy a Pam—. Nos divertiremos mucho jugando a amas de casa.

Cuando Holly y Sue se enteraron de la invitación, se pusieron muy contentas.

—Sí, sí —dijo la chiquita de cabellos oscuros, empezando a saltar—. Me llevaré también a Maddie-Poo. Podemos jugar con ella

al hospital.

Cuando terminaron de comer, las tres niñas reunieron las muñecas y el resto, incluyendo las muñecas de trapo, las de porcelana y la colección de muñecas extranjeras de Pam, se colocaron ordenadamente en la vagoneta de Ricky.

—No hagáis caso de Joey Brill si os encontráis con él —advirtió la señora Hollister a las niñas que ya bajaban por la calle.

—No. No le haremos caso —prometió Pam.

Era largo el camino hasta la casa de Daffy, pero hacía un día luminoso y soplaba una tibia brisa. En una ocasión, Sue se detuvo para tocar la mejilla de Maddie-Poo, pero la muñeca no parecía tener fiebre y su mamaíta declaró que podía seguir el viaje sin ningún miedo.

Al pasar ante la casa de Joey Brill, las niñas no volvieron la cabeza a izquierda ni a derecha, sino que pasaron con la vista fija al frente. Daffy vivía casi al final de la manzana de casas. Recibió a sus amigas en la parte delantera de la casa y luego las llevó al patio posterior.

—¡Qué bien está esto! —dijo Holly, después de observar la zona cubierta de verde césped y las demás cosas que pertenecían a Daffy.

La hija del aviador tenía un columpio, un balancín, un tobogán, una pértiga y unas barras de gimnasia.

Holly dejó sus muñecas y decidió probar todas aquellas diversiones, aunque no sabía por cuál empezar. Corrió hacia el columpio donde se distrajo un minuto, yendo luego a saltar y trepar por las barras. Pam subió un rato a Sue en el balancín.

—Quiero probar el tobogán —anunció Sue, después de haberse balanceado un rato.

Inmediatamente subió las escaleras del tobogán, pero, en lugar de colocarse con los pies colgando sobre la pendiente, Sue decidió bajar de cabeza, tendida de espaldas.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Pam.

Sue descendió, yendo a caer sobre una zona cubierta de hierba, sobre la que dio una especie de salto mortal.

—Eres un diablillo —le reprendió Pam, mientras la pequeña se sacudía la parte posterior de sus pantalones cortos—. Ahora vamos a jugar con las muñecas.



En una esquina del patio crecía un pequeño cerezo que proporcionaba un reducido círculo de sombra. Después de extender en el suelo una rosada mantita de muñeca, Daffy entró en casa, regresando con un montón de muñequitas. Luego, llevó una mesa y sillas diminutas y una minúscula vajilla.

—Esto es estupendo —declaró Holly, mientras ayudaba a colocar las muñecas en sus sitios.

Con toda precaución, Sue sacó a Maddie-Poo de su coche, abrazándola tiernamente.

—Vamos. Vamos. No llores —repetía—. Ya se te volverá a poner bien la cabeza, Maddie-Poo.

Arrancó luego unos puñados de hierba fresca que apiló en forma de almohada, acomodando en ella dulcemente a Maddie-Poo.

Cuando ya todas las muñecas estaban alimentadas y sus madres las metieron en la cama, Holly señaló de pronto, hacia el final de los patios vecinos un alto árbol correspondiente a la parte posterior de la casa de Joey.

—¡Mirad! —advirtió—. Joey y Will están intentando lanzar el paracaídas de Ricky.

Los dos muchachos se habían subido a las ramas más altas del árbol. En una mano, Joey sostenía el paracaídas color naranja. Cuando las demás niñas miraron hacia allí, el chico lo lanzaba al espacio todo lo apartado del árbol como le fue posible. En el primer

momento, todo fue bien, pero, al empezar a descender, tropezó con un cable de teléfonos que penetraba en casa de los Brill.

Holly soltó una risilla malintencionada.

—Les está bien empleado —afirmó.

Joey y Will bajaron del árbol y buscaron una cuerda larga en la que Will hizo un lazo, pero no sólo le resultó imposible recuperar el paracaídas, sino que además la cuerda se enredó en el cable telefónico.

Joey y Will tiraron con fuerza de la cuerda. Y el paracaídas se vino abajo… ¡en unión del cable de teléfonos!

—¡Oh! —exclamó Pam—. Eso les costará un disgusto.

Al momento, la señora Brill apareció en la puerta trasera para reprender a los muchachos. Dijo que tenía que ir a casa de los vecinos e informar de lo ocurrido a la compañía telefónica.

Una vez que la señora se hubo marchado, Will Wilson sacó la lengua a las niñas, con aire despectivo.

Holly masculló:

—Mal educado.

Luego volvió a jugar con las muñecas. Todas descansaban cómodamente en sus camitas y hasta Maddie-Poo tenía los ojos cerrados.

—Está durmiendo tranquilamente —hizo notar Sue, cuando la señora Hawks las hizo entrar a tomar helados con bizcochos.

Solo Holly se entretuvo en asegurarse de que Maddie-Poo estaba cómoda. Las demás niñas penetraron en la casa y se sentaron ante una mesa adornada con un vistoso mantel de papel. Sobre la mesa había platos con helado y pastel con chocolate escarchado.

—Date prisa, Holly, que se van a derretir los helados —advirtió Daffy.

Holly no respondió en seguida; pero, a los pocos momentos, su voz llegó hasta las dos, clara y sonoramente.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —gritaba.

LA MUÑECA RAPTADA



Al oír los gritos de Holly, Daffy corrió a la ventana.

—¡Oh! ¡Pobre Holly! —exclamó.

La niña estaba en pie, de puntillas, con las trencitas atadas a una de las barras de hacer ejercicios.

—Espera, Holly —dijo Daffy—. Ahora vamos a soltarte.

Todas salieron y Pam desató rápidamente las trenzas de su hermanita. Holly explicó que habían sido Will y Joey quienes le habían hecho aquello.

—¡Esos demonios! —se enfureció Daffy.

—Y, además, Joey y Will se han llevado nuestras muñecas —añadió Holly, con las mejillas llenas de lagrimones.

Y explicó que los dos chicos se habían deslizado por detrás de ella, la ataron luego por los cabellos, se apoderaron de las muñecas y echaron a correr, atravesando los patios inmediatos. Ahora ya

habían desaparecido de la vista.

—¿A dónde han ido? —indagó la señora Hawks, que había salido a averiguar cuál era el motivo de tanta confusión.

—¡Maddie-Poo se pondrá mucho más enferma! —lloriqueó Sue.

—Vamos —ordenó Pam—. Venid conmigo; recuperaremos las muñecas.

Las cuatro niñas fueron cruzando de uno a otro patio y por el camino recogieron las muñecas que habían sido tiradas por todas partes. Gracias a la hierba que crecía allí abundantemente, ninguna de las muñecas se había roto.

Cuando las niñas llegaron al patio de Joey Brill habían recogido a todas sus adoradas hijas, menos a Maddie-Poo.

—¿Dónde está mi muñeca? —clamaba Sue—. ¡Quiero a Maddie!

—¡Mira! ¡Mira! Está allí —indicó Holly, señalando el árbol desde el cual Joey y Bill habían lanzado el paracaídas.

Allí estaba Maddie-Poo, colgando por una pierna.

—Esos chicos odiosos la habrán tirado a lo alto y por eso se ha quedado enganchada por una pierna —supuso Daffy.

Cada vez que el viento azotaba las ramas del árbol, Maddie-Poo se bamboleaba de un lado a otro, con la cabeza más desprendida que nunca. Las niñas se situaron debajo de la muñeca raptada, con la esperanza de que se desprendiese del árbol de un momento a otro.



Y, entonces, penetró en el patio un hombre sonriente que

llevaba una larga escalera.

—¿Es aquí donde se ha desprendido el cable del teléfono? —preguntó.

Pero, antes de que las niñas hubieran tenido tiempo de contestar, el operario de la telefónica reparó en la oscilante muñeca.

—Yo os la cogeré —dijo amablemente.

Y apoyó la escalera en el árbol Luego, ascendiendo con precaución para no causar ningún daño a Maddie, el hombre de teléfonos rescató la muñeca de Sue. Estaba ocupado en aquella tarea cuando la señora Brill apareció en el patio.

—¿Cómo ha llegado esa muñeca hasta el árbol? —preguntó.

Las niñas explicaron lo que había sucedido.

—Siento mucho que Joey haya hecho una cosa así —se disculpó —. ¿Se ha estropeado mucho vuestra muñeca?

Sue le explicó que la cabeza de Maddie estaba poco firme ya antes del rapto, pero que, después de aquello, se bamboleaba aterradoramente. Además, tenía una de las piernas casi arrancada.

—Dejádmela a mí —se ofreció amablemente la madre de Joey —. Yo conozco una buena clínica de muñecas donde curarán a Maddie-Poo.

Las niñas dieron las gracias a la señora Brill y al hombre, el cual se puso inmediatamente a reparar el desprendido cable.

—¿Es vuestro este paracaídas? —preguntó a las niñas.

Pam repuso que había sido de su hermano, pero que Joey podía quedarse con él, porque ahora Ricky tenía otro.

Las cuatro regresaron a casa de Daffy con las manos llenas de muñecas. La señora Hawks, que había metido los helados en el refrigerador, volvió a sacarlo todo.

—¡Qué rico es esto! —dijo Holly, llevándose a la boca la cuchara, llena de chocolate.

—¡Qué lástima que esos chiquillos os hayan estropeado el juego! —comentó la mamá de Daffy, mientras servía una segunda ración de pastel.

Después de merendar, entre todas recogieron las cosas de la mesa y, a continuación, se dedicaron a arreglar a sus muñecas. Daffy y Holly les lavaron los vestidos con agua y jabón, mientras Sue y Pam las peinaban. Luego, se turnaron en la tarea de planchar

las menudas prendas con una plancha de juguete que poseía Daffy.

—Muchas gracias, señora Hawks —dijo Pam, a la hora de marcharse—. Lo hemos pasado muy bien.

La madre de Daffy acarició a Sue en la cabecita y repuso:

—A ver si volvéis otro día.

Holly y Pam metieron sus muñecas en la vagoneta de Ricky, pero Sue prefirió llevar su cochecito vacío. Ninguna muñeca ocuparía el puesto de su Maddie.

Aunque Pam estuvo muy atenta, por temor a que apareciera Joey Brill, el chicote no se dejó ver en todo el trayecto hasta casa de los Hollister. Cuando las niñas llegaron, Pete y Ricky estaban sentados en los escalones del porche principal y la señora Hollister regaba los rosales. Los dos hermanos se indignaron mucho al enterarse de lo que Joey y Will habían hecho a las niñas.

—Ya pueden tener buen cuidado de que yo no les vea —dijo Pete, furioso.

Su madre, que le oyó pronunciar aquellas palabras amenazadoras, intervino diciendo:

—Pete, no quiero que tengas ninguna pelea con Joey Brill ni con Will Wilson.

—Está bien, mamá —repuso Pete a regañadientes—. Pero la próxima vez que me encuentre con ellos tendré que decirles unas cuantas cosas.

Sin embargo, hasta el día siguiente, Pete no vio al raptor de las muñecas. Se habían levantado todos temprano y, a la hora del desayuno, trataron de sus próximos movimientos relativos a la búsqueda del constructor del estuche con el paracaídas.

—Propongo que vayamos a hacer guardia a correos por parejas —dijo Pete—. En un momento u otro, ese hombre irá a recoger su paquete del apartado 48.

—Si das con él, estoy seguro de que los periódicos querrán publicar la noticia —dijo el señor Hollister.

Se acordó que Ricky iría a buscar a Dave Meade. Juntos podrían mantener bajo observación la oficina de correos hasta el mediodía, hora en la que serían sustituidos por cualquiera de los hermanos que estuviera libre.

—Muy bien —asintió el señor Hollister—. Eso te deja libre, Pete,

para ocuparte de recortar la hierba.

—Y yo podaré los parterres —se ofreció Holly, voluntariamente.

Una vez Ricky se hubo marchado, Pam ayudó a la madre en las tareas caseras. Sue salió hasta la acera a esperar al cartero, como hacía con frecuencia. A veces, el hombre le llevaba un caramelo de palo, lo que convertía la recepción del correo en algo muy agradable.

Pete había puesto en marcha la segadora mecánica y empezado a recortar el césped, cuando Holly distinguió al señor Barnes, el cartero, en el extremo más lejano de la calle. El hombre se aproximaba a paso lento a casa de los Hollister, silbando una alegre cancioncilla. En aquel mismo momento apareció Joey Brill, pedaleando en su bicicleta.

—Vete de aquí, Joey. ¡Malo! —le insultó Sue.

A través del ruido producido por la segadora, Pete oyó las palabras de su hermanita y se apresuró a cerrar el aparato; seguido por Holly, corrió entonces hasta la acera.

—A ver si te llevo conmigo —amenazó Joey a la pequeña.

Pete miró con serenidad al camorrista y dijo:

—Me he enterado de que tú y Will jugáis con muñecas.

Las palabras de su hermano hicieron soltar una risita a Holly.

—No es cierto —repuso Joey.

—Os vieron corriendo con los brazos cargados de muñecas —prosiguió Pete—. ¿No es verdad, Sue?

La pequeña movió vigorosamente la cabeza y su hermano añadió:

—Sue, ¿por qué no vas a casa y traes una muñeca para regalársela a mi amigo?

El rostro de Joey enrojeció y el chico empezó a pedalear furiosamente, en amplios círculos, intentando encontrar una respuesta para las bochornosas palabras que le dirigía Pete. Pero, cuando se aproximaba, la rueda delantera de la bicicleta tropezó con el bordillo y Joey perdió el equilibrio y fue a parar sobre la acera, donde alcanzó al cartero.

—¡Imbécil! —vociferó el señor Barnes.

El cartero, Joey y la bicicleta fueron a parar al suelo, acompañados por docenas de cartas que volaban en todas

direcciones.

El camorrista mascculló unas palabras de disculpa, recogió su bicicleta y se alejó todo lo rápidamente que le fue posible. Mientras tanto, Pete ayudó al cartero a levantarse y Holly y Sue recogieron las diseminadas cartas.

—Este entrometido chicuelo —se quejó el señor Barnes, mientras limpiaba el polvo de su uniforme.

Holly le tendió las cartas que habían recogido y el hombre les dio las gracias por la ayuda prestada.

—¿Tiene usted alguna carta para nosotros? —gorgojeó Sue, como si nada hubiera ocurrido.

—Pues… Sí. Sí. Tengo carta para vosotros —repuso el hombre.

Después de rebuscar entre unos cuantos sobres, el cartero les entregó unas cartas. Sue pasó la vista por encima, como si estuviera leyéndolas, y luego se las pasó a Pete.

—¿Hay algo para mí? —preguntó.

—Hay una carta para todos nosotros —respondió Pete, quien, al momento, dio un grito de sorpresa y exclamó—: ¡Es de Hootnanny Gandy! ¿Os acordáis?



Hootnanny era un gran amigo de los Hollister, al que habían conocido durante una aventura en la ciudad de Nueva York. Pete le recordaba como a un hombre viejo, alto y delgado, de encorvada espalda. Tenía las cejas muy espesas y unos ojos grises y penetrantes. Durante muchos años había trabajado como pocero, cavando túneles en Nueva York.

—¿Hablas de aquel señor tan simpático con pelo de cepillo? —indagó Sue.

Los otros dos rieron, recordando los tiesos cabellos grisáceos que salían de punta sobre la cabeza del buen hombre.

Pete marchó con las cartas hacia el porche. Holly llamó a Pam y todas rodearon a su hermano cuando él abría el sobre dirigido a los hermanos Hollister.

—«Queridos detectives» —empezó a leer Pete—. «¿Cómo estáis? ¿No sabíais que yo me interesaba por los asuntos atmosféricos? He pasado mucho tiempo trabajando bajo tierra y ahora me gusta contemplar el cielo y las nubes. Un extraño artefacto ha sido hallado por los alrededores de Nueva York. Llegó en un globo aerostático desde Shoreham».

—¡Puede que haya encontrado otro paracaídas parlante! —interrumpió Pam.

Pete asintió y prosiguió la lectura.

—«Yo quería preguntaros: ¿habéis visto globos de ésos por el cielo, en vuestra ciudad? Creo que debe vivir allí un meteorólogo aficionado. ¿Querríais averiguar quién es y comunicármelo? Ahora que este viejo horadador de túneles se ha convertido en husmeador del tiempo, quisiera encontrar a cierto colega».

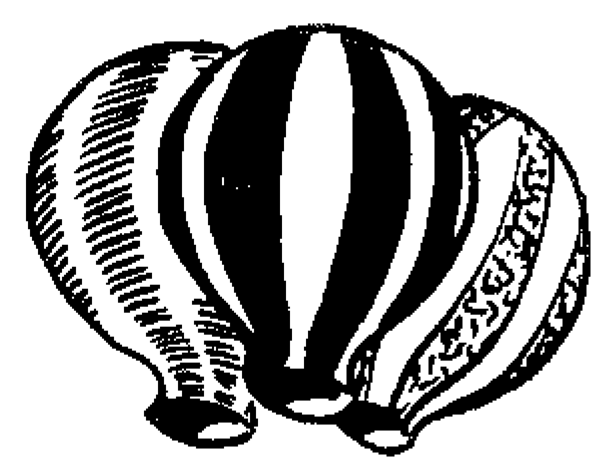
Al oír aquello Holly se echó a reír.

—No he acabado todavía —dijo Pete—. «No me he encontrado con ningún misterio desde que vosotros os marchasteis de Nueva York. Me gustaría volver a veros. ¿Os gustaría venir a visitarme? Vuestro viejo cavador de túneles Hootnanny».

—¡Claro que nos gustaría! —exclamó Pete, mientras sus hermanas intercambiaban miradas de entusiasmo.

—¡Mamá! —Gritó Holly—. ¡Nos invitan a ir a Nueva York!

ROJO, BLANCO Y AZUL



Los niños corrieron a la casa para informar a su madre de la invitación de Hootnanny. La señora Hollister estaba en la cocina, planchando un vaporoso vestido, blanco y rosa, de Sue. Dejando la plancha en una esquina, se dispuso a leer la carta.

—Puede que vuestro misterioso paracaídas parlante haya recorrido el camino hasta Nueva York —comentó la señora Hollister—. Es muy interesante todo esto.

—Di, mamá, ¿podremos ir? —preguntó Pete, suplicante—. Tendríamos que ver lo que ha encontrado Hootnanny.

—Y al mismo tiempo —agregó Pam—, podríamos visitar el Museo Americano de Historia Natural para averiguar más detalles del titanio.

La señora Hollister devolvió la carta a Pam y volvió a ocuparse de los volantes del vestido, a los que dio un último repaso con la plancha.

—Bueno. Esto ya está —dijo, mientras colocaba el vestido en una percha.

—Pero, mamá —protestó Holly—, todavía no has contestado a

lo que te preguntábamos.

La señora Hollister sonrió al replicar:

—Hablando con franqueza debo deciros que no tenemos bastante dinero para pagar el viaje por avión, de ida y vuelta, de todos vosotros. —Al notar la mirada desaprobadora de sus hijos añadió—: Papá y yo tenemos planeado un gran viaje para todos nosotros dentro de poco y tenemos que ahorrar para ello.

—Mamá tiene razón —dijo Pam—. Tenemos que resolver los misterios desde Shoreham. Y no nos queda tiempo que perder.

Pete y Pam marcharon a sentarse bajo un sauce, a la orilla del lago. Mientras discutían sus planes, volvió Ricky de su misión detectivesca. Desalentado y sofocado se dejó caer en la hierba junto a sus hermanos, se reclinó, apoyándose en un codo, y empezó a mordisquear una larga brizna de hierba.

—No ha habido suerte —informó—. Dave y yo hemos estado vigilando la oficina de correos, pero no ha aparecido nadie.

Cuando Pam le habló de la carta de Hootnanny, el rostro de Ricky se iluminó.

—¡Canastos! ¡Claro que me acuerdo de aquel viejecito loco! Es una lástima que no podamos volver a verle. Pete, ¿qué haremos ahora con eso de los globos aerostáticos?

Se decidió que, por la tarde, Ricky y Pam observarían el cielo por si aparecían globos, mientras que Pete y Holly se ocuparían de vigilar la oficina de correos, atentos a cualquiera que pudiese ir a recoger el paracaídas parlante del apartado número 48.

Después de comer, Pete llamó a Holly, la cual saltó a la parte trasera de la bicicleta de su hermano. Cuando Pete pedaleaba camino de la ciudad, Pam y Ricky se tumbaban en la hierba con la vista fija en el cielo azul. De vez en cuando, una nube algodonosa cruzaba sobre ellos. Pero, aunque con la vista abarcaban una extensión de varias millas, no se veía por ninguna parte un globo aerostático.

Hacía casi una hora que duraba su vigilancia, cuando Ricky comentó:

—Puede que los globos y los paracaídas sólo vengan por la noche. ¡Canastos! ¡Con lo bien que estaría yo pescando…!

Pam sabía que tampoco ella podría resistir mucho más que su

inquieto hermano, con la vista fija en el cielo azul.

—Está bien, Ricky. Pues a ver si pescas un pez bien grande para cenar y yo… ¡Oh! Mira.

Se puso en pie de un salto y señaló al cielo sobre el lago de los Pinos. Muy arriba flotaban juntos, unidos por una cuerda, tres grandes globos, uno blanco, otro rojo y otro azul. Algo blanco resplandecía debajo de ellos.

—¡Es un paracaídas! —exclamó Ricky—. Y caerá en Shoreham dentro de un momento.

Los globos atravesaban el espacio, descendiendo más y más.

—Los seguiremos —resolvió Pam.

Ella y Ricky corrieron hacia sus bicicletas y salieron veloces, calle abajo, mirando repetidamente hacia el cielo para seguir la dirección de los globos de colores. Aún no se había desprendido de ellos ningún paracaídas.



Los dos jovencitos prosiguieron la marcha, subiendo ahora por una calle, ascendiendo luego por otra… Por espacio de unos segundos perdieron de vista a los globos, a causa de los elevados árboles, pero, cuando volvieron a encontrarse en espacio abierto, vieron nuevamente los flotantes objetos, que ahora se encontraban ya a mucha menor altura.

—Mira, Ricky —dijo Pam, deteniendo su bicicleta—. Los globos van a aterrizar en el tejado de esa casa de apartamientos.

—Pues ¡vamos a cogerlos! —replicó el niño, al tiempo que

saltaba de su bicicleta y la apoyaba en la pared.

Cuando los dos se encaminaban a la casa, Ricky comprobó que era un edificio de seis pisos. La enorme puerta principal estaba protegida por una verja de hierro y, cuando Ricky probó a empujarla, se dio cuenta de que estaba cerrada con llave.

—¿Cómo vamos a entrar, Pam? —se lamentó.

Su hermana propuso que fueran por la parte posterior del edificio. Tal vez encontrarían allí al vigilante.

—Él nos ayudará a resolver el misterio en cuanto sepa que somos detectives —afirmó Ricky, lleno de orgullo.

Caminaron por una zona asfaltada que llevaba a la parte posterior de la casa. Allí, sentada en medio de un espacio arenoso, había una niñita, no mucho mayor que Sue. Tenía rizados cabellos rubios y unos grandes ojos castaños.

—Hola. Me llamo Tess —dijo la chiquitina, cuando Pam y Ricky se aproximaron—. ¿Queréis hacer pasteles de arena conmigo?

—Ahora no tenemos tiempo. Estamos buscando al vigilante —le contestó Ricky.

—Es mi papá. Le llamaré si hacéis pasteles de arena conmigo.

—Claro que los haremos —dijo Pam, amablemente.

Se sentó en el borde del recuadro arenoso, cogió un puñado de arena y lo humedeció con la pequeña regadera que le dio Tess. Luego, moldeó unos cuantos pastelillos de arena y los colocó en el borde del cuadro para que se secasen al sol.

—Muchas gracias —dijo Tess, entusiasmada y alzando el tono de su chillona vocecilla, llamó—: ¡Papá, vienen a verte!

A los pocos momentos, por las escaleras de los bajos apareció un hombre joven, de cabellos negros. Llevaba los pantalones color caqui sujetos por tirantes y la camisa azul de trabajo, iba abierta en el cuello, Pam se presentó y le habló de los globos que habían aterrizado en el tejado.

—Es muy importante que podamos ver el paracaídas que va con esos globos porque tenemos que resolver un misterio.

El vigilante movió negativamente la cabeza, diciendo:

—Estoy muy ocupado. Además, nunca permito que los niños suban al tejado.

—Papá, ¿has visto qué pasteles tan preciosos me han ayudado a

hacer? —intervino Tess.

El hombre sonrió entonces.

—Está bien. Venid conmigo. Yo los cogeré del tejado.

Les llevó a un fresco sótano donde los tres tomaron un ascensor hasta el sexto piso. Cuando llegaron allí, Pam y Ricky siguieron al vigilante por un tramo de escaleras hasta la azotea.

—Allí están —indicó Pam, señalando los globos. Ricky corrió hacia allí y los cogió cuando estaban a punto de deslizarse por un lado del tejado. Bajo los globos de color blanco, rojo y azul había una bolita de tela blanca, anudada con una cuerda. Muy excitada, Pam la desató, encontrando una banderola hecha de estopilla. En ella se leían las siguientes palabras:

«¡El Circo de Bruno, tres sesiones diarias! De lunes a viernes en Jenkintown».

—Ese circo está a treinta millas de aquí —dijo el hombre—. Lástima que esa banderola no se haya abierto. ¿Es eso lo que buscabais?

—No. No es esto —repuso Pam, cabizbaja—. Pero, de todos modos, muchas gracias por habernos ayudado.

—Es lo que nosotros, los detectives, llamamos una pista falsa —explicó Ricky—. Mala suerte.

Los desilusionados investigadores bajaron en el ascensor, cargados con los globos y la banderola, y abajo se despidieron de Tess.

—Aquí tienes esto para que juegues —dijo Pam, dando a la niña los objetos de propaganda del circo.

Tess se entusiasmó con aquel regalo y principió a dar saltitos de alegría sobre la arena, sin soltar los lindos globos de colores. Los Hollister fueron a buscar sus bicicletas y emprendieron el regreso a casa.

—Espero que Pete y Holly hayan tenido más suerte que nosotros —dijo Pam, cuando penetraron en el camino del jardín.

En aquellos momentos, sus otros dos hermanos estaban en la oficina de correos, próximos a una pared llena de buzones particulares. De vez en cuando se acercaba alguna persona a los pequeños departamentos y sacaba su correspondencia, pero nadie abría el apartado número 48.

—Me parece una tontería estar aquí, vigilando —concluyó opinando Holly.

—Ya sé lo que podemos hacer —aseguró Pete.

Se aproximó al empleado que vendía postales y dijo:

—¿Hace el favor de darme seis postales?

—En seguida —repuso el empleado, colocando lo pedido sobre el mostrador.

Pete pagó y dio tres postales a Holly.

—Envíaselas a alguien.

—Gracias —dijo Holly, acercándose al escritorio—. Ahora ya no me da tanta vergüenza seguir aquí.

Los dos niños se pusieron a la tarea de escribir postales a tía Marge y tío Russ, a los primos Teddy y Jean, e incluso a Dave Meade y a Daffy. Pero, al mismo tiempo, seguían vigilando el apartado número 48 por si a su dueño se le ocurría ir a recuperar el paracaídas parlante.

—No se me ocurre nadie más a quien escribir —dijo al cabo de un rato Holly.

—Pues escríbete a ti misma —sugirió Pete, riendo. Estaba Holly escribiendo la dirección en la postal cuando Joey y Will pasaron ante la oficina de correos. Al echar un vistazo al interior advirtieron la presencia de los Hollister.

—Chist —dijo Joey—. Vamos a ver lo que hacen. Los dos mozalbetes se deslizaron cautelosamente en la oficina de correos y se colocaron detrás de la niña. En aquellos momentos, la negruzca pluma de la oficina de correos que estaba en manos de Holly, iba deletreando:

«Querida Holly: ¿Qué tal estás?».

Al leer aquello, Joey soltó una carcajada que hizo volverse a la gente a mirar.

—¡Ja, ja! La tonta de Holly se está enviando una postal a sí misma. ¿Qué? ¿Nunca ha escrito nadie una carta a los Hollister?

—No nos molestes —le dijo Pete con voz ronca, al ver a un hombre alto que se aproximaba al apartado número 48.

—Mira. ¡Ahí está! —dijo a Holly.

El hombre sacó una llave del bolsillo, abrió el pequeño departamento y metió mano en el interior.

MONERÍAS



—¡Señor! ¡Señor! —llamó Pete—. Si no le molesta, quisiera hacerle unas preguntas.

En aquel momento, Joey y Will aprovecharon la oportunidad que estaban esperando. Will arrebató las postales a Holly y su compañero dio a Pete un empujón que le hizo caer al suelo.

Luego los camorristas se alejaron y, cuando Pete se puso en pie, el hombre alto había desaparecido.

Pete y Holly salieron corriendo, pero todo lo que pudieron encontrar fueron las postales desparramadas por la acera.

—¡Qué maldad tan grande! —dijo Holly, indignada.

Pete se sentía muy abatido por haber perdido la oportunidad de hablar con el desconocido del apartado de correos 48; pero no pensaba darse por vencido. Mientras corrían en sus bicicletas, Pete y Holly resolvieron que debía reanudarse la vigilancia en la oficina de correos.

—Pero no seremos bastantes para estar vigilando todo el tiempo

—calculó la niña.

—Reuniremos a nuestro Club de Detectives. Todo el mundo hará turnos de vigilancia en correos.

—¿Daffy también? —preguntó Holly.

—Claro. También puede ayudarnos. Vamos a ir un momento a su casa para preguntárselo.

Pete y Holly encontraron a Daffy y su madre cosiendo un vestido nuevo. La señora Hawks invitó a los recién llegados a tomar leche con bollos. Mientras la hija servía el refrigerio, Pete contó lo ocurrido en correos.

Cuando Holly pidió la ayuda de su amiguita, los ojos de Daffy despidieron chispitas de entusiasmo.

—Me gustará mucho ser uno de vuestros detectives —aseguró.

—Resolveríamos el misterio mucho más de prisa si fuéramos a Nueva York a visitar a Hootnanny —dijo Pete—; pero no es posible.

Y, entonces, explicó lo relativo al viejo horadador de minas y a la carta que los Hollister habían recibido de él.

Daffy y su madre intercambiaron significativas miradas.



—A lo mejor podría arreglarse lo de ese viaje —dijo la señora Hawks—. Papá tiene que ir a Boston con el avión de la compañía para recoger a unos cuantos hombres de negocios. Tal vez pudiera él llevaros hasta Nueva York.

Pete y Holly se entusiasmaron al oír aquello. La señora Hawks telefoneó al aeropuerto y habló con su esposo. Jet Hawks le dijo que salía de viaje a la mañana siguiente, y que le complacería mucho llevar a los Hollister en un viaje gratuito hasta el aeropuerto Idlewild de Nueva York. Podría recogerlos al otro día para devolverlos a Shoreham.

—¡Viva! —exclamó Pete, explosivo, al enterarse de la gran noticia.

Holly empezó a dar saltos y a retorcerse una trencita.

—¡Mamá puede venir con nosotros! —chilló nerviosamente—.

Sería estupendo.

Después de dar las gracias a sus amigas, los dos Hollister se marcharon, pedaleando con toda la rapidez de sus piernas.

—¡Nos vamos a Nueva York! —anunció Pete, entrando como un terremoto en la casa, seguido de Holly.

La señora Hollister le detuvo, diciendo:

—Cálmate, Pete, y dinos qué es lo que ocurre.

El rostro de la señora Hollister se iluminó con una inmensa sonrisa cuando estuvo al corriente de las noticias que traía su hijo.

—¡Cielo santo! Me parece demasiado bonito para ser cierto. Voy a llamar a papá para ver si puede pasar un par de días sin nosotros.

La llamada telefónica al Centro Comercial dio como resultado una alegre respuesta del señor Hollister.

—Pues claro que podéis ir todos, Elaine. Un viaje a Nueva York te sentará muy bien.

La casa de los felices Hollister rezumaba actividad por todas partes, cuando por la noche, los niños y su madre hacían las maletas, preparándose para salir de viaje a Nueva York a la mañana siguiente.

Pam telefoneó a Hootnanny Gandy y, al decirle que aterrizarían en el aeropuerto de Idlewild, la voz del hombre retumbó por el teléfono, diciendo:

—Allí será, precisamente, donde esté yo mañana por la mañana. Tengo que ir a visitar el centro meteorológico y veré elevarse los globos aerostáticos.

Pam citó un lugar para encontrarse con su viejo amigo.

Cuando los niños se fueron a la cama, todo había quedado guardado y dispuesto para el inmediato viaje en avión. Asimismo, Pete había informado a sus amigos sobre la guardia que había que ejercer en la central de correos.

Poco después de amanecer, la señora Hollister despertó a su familia. Cuando terminaron el desayuno los niños fueron a despedirse de Domingo, Zip y Morro-Blanco. Y, de pronto, se oyeron unos sonoros maullidos en la puerta trasera. Allí estaba Casey solicitando comida.

—El señor Kinder debe de estar todavía fuera —opinó Pam, llevándose al gato a la cocina—. ¿Qué le habrá sucedido a ese

señor?

Preparó una buena ración de comida que Casey agotó rápidamente, marchándose luego hacia la puerta con el rabo levantado como única despedida.

—Todos preparados para el vuelo especial con Jet Hawks a Nueva York —gritó Ricky, mientras él y Pete ayudaban a llevar los equipajes a la furgoneta.

El señor Hollister les acompañó hasta el aeropuerto, donde el piloto Hawks tenía ya preparado el avión comercial. Después de dar muchos besos y abrazos de despedida la familia subió al aparato. Cuando se colocaron en los asientos, junto a la ventanilla, saludaron nuevamente desde allí a su padre.

Jet hizo correr el avión hasta un extremo del campo y en seguida lo hizo remontarse en el aire, dando toda la marcha a los dos motores. El aparato se elevó, ligero como un pájaro, dirigiéndose hacia el aeropuerto de Idlewild.

Durante el trayecto, Pete y Pam estuvieron haciendo comentarios sobre los misterios en que se veían mezclados. La desaparición del señor Kinder tenía a ambos muy preocupados. ¿Habría ido a alguna parte para vender la cantera Castillo de Roca por aquel precio tan bajo de que había hablado? ¿O quizá el viejo minerólogo se habría perdido en un viaje al Oeste?

¿Y el paracaídas parlante? ¿Sería el hombre misterioso de Shoreham quien lo había fabricado?

—Y aún hay otro misterio —recordó Pam—. El monstruo de la Cantera Castillo de Roca. Me dan escalofríos cuando pienso en aquella cosa resbaladiza.

—Si pudiéramos encontrar al señor Kinder, a lo mejor él nos diría qué era eso —opinó Pete.

Al cabo de un rato Pam dijo:

—Espero que el aparato que ha encontrado Hootnanny sea un paracaídas parlante. Puede que él o los hombres del centro meteorológico sepan para qué sirve.

Entretanto, Sue, Holly y Ricky habían estado mirando hacia abajo, a lo que parecía una alfombra a cuadritos y que no era otra cosa que las tierras cultivadas que iban quedando atrás bajo el avión. Pasado un tiempo que les pareció muy corto, Jet Hawks

anunció que iba a iniciar el descenso y unos minutos más tarde el aparato tomó tierra en Idlewild.

El piloto colocó una rampa en la parte posterior del avión y la familia Hollister salió de él, cargada con sus equipajes.

—Tengo que reanudar en seguida el vuelo hacia Boston —les dijo el aviador—. Les espero mañana a las diez de la noche.

Inmediatamente volvió al aparato y se preparó a despegar.

Cuando los Hollister se dirigían hacia el edificio de la estación terminal, junto a ellos pasó una carretilla llena de cajas.

—Mirad. Ahí dentro deben ir animales —dijo Pete—. Fijaos en las rejas de la parte delantera.

El vehículo pasó rozando una vagoneta de equipajes y un cajón se vino abajo. Los tablones de madera se rompieron y del interior surgió un pequeño canguro.

El animalito quedó parpadeando bajo la luz del sol, mientras la carretilla seguía alejándose sin él.

Momentáneamente, los Hollister no supieron decir más que:

—¡Oh!

Pero, luego, empezaron a hablar todos a la vez.

—¡Vuelva! —gritó Ricky al inadvertido conductor de la carretilla—. Ha perdido usted algo.

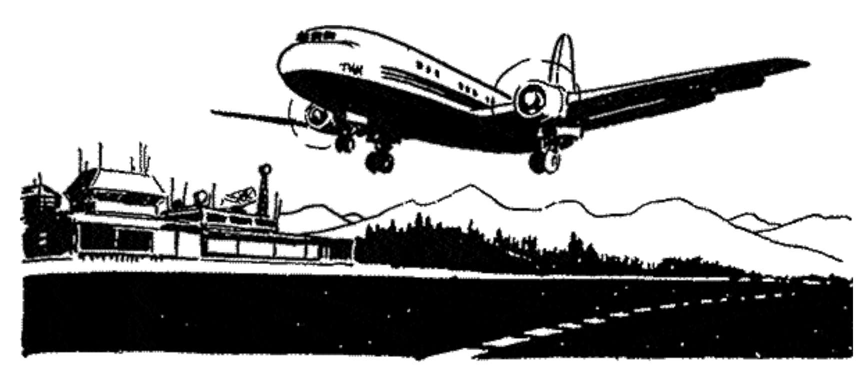
—¡Espere! ¡Espere! —llamaba Pam.

Los niños tuvieron la precaución de rodear al canguro y luego Pete cogió al animal fuertemente entre sus brazos.

—¡Buen trabajo, hijo! —dijo un piloto al pasar. Al mismo tiempo, estalló una salva de aplausos de varios ayudantes del aeropuerto que habían presenciado la captura.

—¿Qué hago con este animal? —preguntó Pete.

—Llévalo al cobertizo del fondo del aeropuerto —sugirió un empleado—. Está junto al centro meteorológico.



—Precisamente es allí a dónde íbamos —sonrió Pam.

—Hay mucha distancia —añadió el hombre, también sonriente —. Pero esperad. Por allí pasa un coche de viajeros. ¿Por qué no os metéis en él?

El empleado hizo detenerse al conductor del vehículo. Mirando al canguro, el conductor dijo, con una sonrisa burlona:

—No tengo sitio para todos.

La señora Hollister prefirió esperar, en compañía de Sue, en el edificio de la estación terminal. Indicó a sus hijos donde debían reunirse con ella y añadió:

—No tardéis más de una hora.

Holly y Ricky treparon a la parte delantera del vehículo, en tanto que Pete y Pam se acomodaban detrás. El canguro empezó a retorcerse y a propinar patadas.

—¡Vaya! Espero que no tardemos mucho en llegar —dijo Pete.

El cobertizo para animales era un edificio de ladrillos situado a varias millas de distancia desde el edificio en donde se había quedado su madre. Cuando se detuvieron frente al cobertizo, un hombre macizo, con una alegre sonrisa salió a su encuentro.

—Tim —dijo al conductor—, ya veo que has encontrado al canguro.

—Todo ha sido cosa de estos jovencitos —repuso el llamado Tim —. Ellos le han atrapado.

Pete entregó el animal al otro, quien les dijo:

—Venid conmigo, niños.

Les hizo entrar en el edificio y atravesar un largo corredor que llegaba hasta una estancia llena de hileras de jaulas, en una de las cuales metió al canguro.

—Bueno —dijo, volviéndose a los Hollister—. Me llamo Moody y soy el encargado de este lugar. Es una especie de hotel para los animales que esperan que venga a recogerles o que tienen que salir de viaje.

Pete se presentó y dio también los nombres de sus hermanos, explicando a continuación cómo habían encontrado al canguro. Mientras Pete hablaba, los demás escuchaban una especie de parloteo.

—Son los monos —aclaró el señor Moody, riendo—. Hay unas cien jaulas de monos.

Luego les hizo saber que aquellos animales procedían de ultramar e iban destinados a laboratorios y parques zoológicos.

—En una de las jaulas hay un mono circense. Se llama Sombrero Rojo y es el más inteligente de todos.

—¿Podríamos verle? —preguntó Ricky.

—Naturalmente.

El señor Moody les llevó nuevamente al corredor para atravesar después otra puerta.

¡Qué algarabía produjeron los monos cuando los niños entraron en la estancia! Las jaulas estaban colocadas unas sobre otras, hasta tocar casi el techo.

—Aquí atendemos toda clase de animales, desde osos hormigueros hasta elefantes.

—¿Leones también? —preguntó Holly, con los ojos inmensamente abiertos.

—También leones y cachorros de gorila —aseguró el señor Moody.

Luego se excusó un momento para ir a llevar un plato de comida y agua fresca al canguro. Mientras estaba ausente, los niños se aproximaron a las jaulas de los monos.

—Me parece que éste es el mono del circo —dijo Ricky, mirando al interior de una jaula, cuya puerta estaba cerrada con un simple pasador.

—¡Huy, qué gracioso! —exclamó Pam—. ¿Y no veis el traje y el sombrerito rojo tan bonito que lleva?

—Hola, Sombrerito Rojo —saludó Holly.

El mono empezó a pronunciar sonidos incongruentes, se quitó el

diminuto sombrero e inclinó la cabeza en dirección a los niños.

Mientras Pete, Pam y Ricky se acercaban a otras jaulas, Holly quedó inmóvil fascinada frente a Sombrero Rojo. Tuvo la ocurrencia de quitar el pasador que cerraba la puerta y empezar a juguetear con él ante los barrotes de la pequeña jaula. Rápido como una centella, la oscura mano del monito arrebató el pasador que sostenía Holly.

—Haz el favor de devolvérmelo —rogó Holly.

Pero el minúsculo mono no hizo otra cosa que mascullar sonidos misteriosos y quitarse y ponerse el sombrerito.

—Vamos —llamó Pete desde la puerta—. Tenemos que irnos ya.

—Pero… pero… —objetó la pequeña, sin querer apartarse de la jaula.

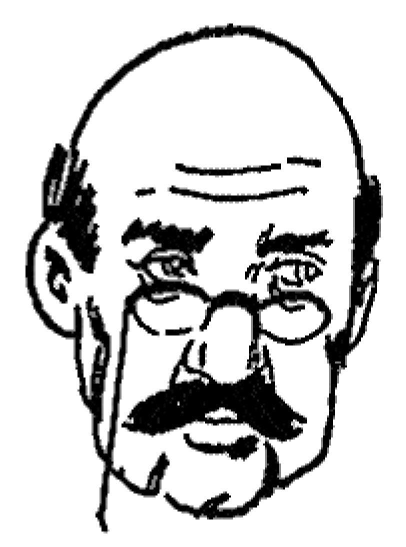
—Tenemos que darnos prisa, Hootnanny nos está esperando —apremió Pam, al tiempo que tomaba a su hermana de la mano.

El señor Moody les encontró en el corredor y, cuando los niños se despidieron de él, la incomprensible charla de los monos había adquirido tonos elevadísimos.

—Algo pasa ahí —se extrañó el guardián, frunciendo el ceño.

Se acercó a la puerta y, al entrar en la estancia, lanzó un grito de desaliento. Los monos habían salido de sus jaulas y trepaban por todas partes.

EL RADAR



—¡Venid aquí inmediatamente y cerrad la puerta! —bramó el señor Moody.

Los niños penetraron en la habitación tras él y Ricky exclamó:

—¡Canastos!

Los monos lo habían invadido todo. Al verse fuera de las jaulas se columpiaban, daban saltos y charloteaban incesantemente.

De todos los animales, el que más parecía divertirse era Sombrero Rojo que estaba abriendo otra nueva jaula, de donde salieron seis monos más dando brincos.

—¡Tú eres el culpable! —Gruñó el señor Moody, apresando a Sombrero Rojo—. Tú serás el primero en entrar en la jaula, granuja.

Pero el mono se escabulló de las manos del hombre, se llevó la peluda manecita al sombrero e hizo una mueca, dejando al descubierto todos los dientes.

Holly dio un tirón de la mano del guardián, al que miró con expresión de pesadumbre.

—Métame a mí en la jaula, señor Moody. Yo soy la verdadera granuja y no el pobre Sombrero Rojo —confesó.

—¡Holly! ¿Qué estás diciendo? —indagó Pam a gritos, para hacerse oír por encima del alboroto reinante.

La pequeña, más avergonzada que nunca, les dijo lo ocurrido con el pasador de la puerta de la jaula.

—Lo hecho, hecho está —razonó el señor Moody—. Lo que hay que hacer es actuar rápidamente, antes de que Sombrero Rojo deje libres a más congéneres suyos.

Inmediatamente, el señor Moody se acercó a un armario, sacó tres caza-mariposas de largo mango y entregó uno a Pete y otro a Pam.

—¡De prisa! —ordenó—. Primero Sombrero Rojo. Las tres redes se abalanzaron veloces a uno y otro lado, pero el ágil mono circense lograba eludirlas siempre.

—No podremos atraparle nunca —se lamentó Ricky—. Es demasiado rápido.

—Esperad —dijo el señor Moody.

Se metió en un cuartito de donde salió con un plátano que puso en manos de Pete.

—Ahora veréis cómo puede la curiosidad perjudicar a un mono.

El guardián sacó de su bolsillo un pañuelo, el cual desdobló con un rápido giro de la muñeca para cubrir con él la pieza de fruta.

—Estaos quietos y esperad.

Los Hollister obedecieron al señor Moody.



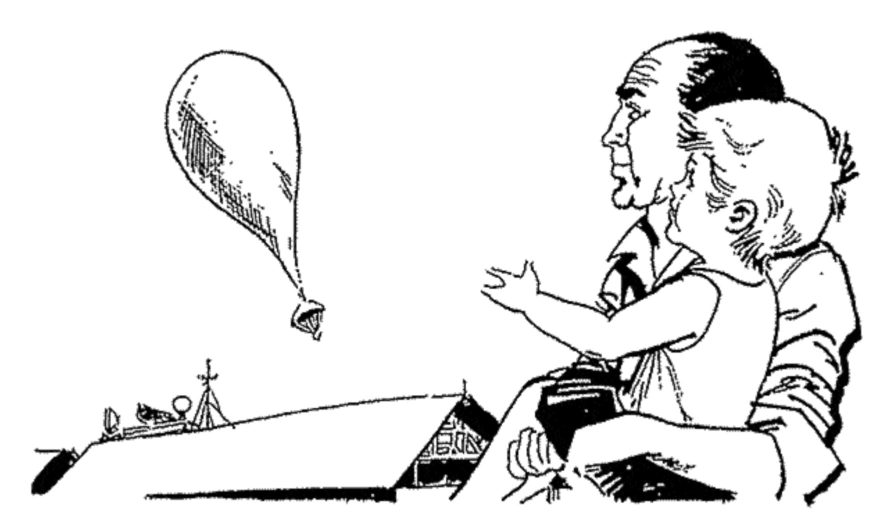
A los pocos segundos Sombrero Rojo descendió de las jaulas más altas hasta colocarse sobre una inmediata a Pete, Después, el animalito alargó una mano para levantar el pañuelo.

—Cógele, Pam —murmuró el señor Moody a la niña.

Pam lanzó su red sobre la cabeza del mono.

—¡Viva! ¡Le has atrapado! —chilló Holly, jubilosa.

Apresando firmemente al prisionero, el señor Moody le sacó de la red para trasladarle a su jaula, la cual cerró debidamente.



—Ahora que hemos cogido al cabecilla de estas diabluras moneriles, los demás serán más fáciles de cazar —dijo el señor Moody—. Así que podré arreglarme solo.

Dio las gracias a los niños por su ayuda y, cuando los hermanos Hollister salían del cobertizo, dirigió a Holly un alegre guiño.

Pete guió a sus hermanos hasta el centro meteorológico donde tenían que encontrar a Hootnanny.

El edificio, situado a corta distancia, era fácil de identificar. Estaba construido con hormigón y no tenía ventanas. Uno de los lados de la construcción quedaba al descubierto y en el interior se veían tres hombres manipulando un gran globo para que saliera al espacio, mientras otro hombre alto observaba.

—¡Hootnanny! —gritó Holly, echando a correr hacia su viejo, con las trencitas flotando al viento.

En aquel instante los otros soltaron el globo que se elevó hacia los cielos. Hootnanny tomó a Holly en brazos, mientras exclamaba:

—¡Ahí va el globo! ¡Un despegue perfecto!

Cuando el globo se remontó, bajo él empezó a oscilar un paracaídas color naranja. Los Hollister y Hootnanny contemplaron el gran cuerpo esférico, cuyo tamaño parecía disminuir a medida que ascendía por el inmenso cielo.

—Me alegro de que hayáis llegado a tiempo de ver salir a este tren —dijo Hootnanny, mientras saludaba a cada uno de los niños.

—¿Qué tren? —preguntó Pete.

—Ése es el nombre que los meteorólogos damos al conjunto del paracaídas, el globo y el estuche —explicó el viejo—. Es una especie de tren de pruebas.

—¿Con quién hablas, Hootnanny? —preguntó uno de los hombres que tenía el cabello oscuro y rizado—. ¿No serán los detectives de que nos hablaste?

—Ni más, ni menos —replicó Hootnanny con orgullo, mientras su amigo se aproximaba—. Harry Freeman, quiero que conozcas a los felices Hollister.

Cuando estrecharon la mano a Freeman, Hootnanny les explicó:

—El señor Freeman es el encargado de lanzar los globos aerostáticos.

—Enseña a los niños lo que encontraste —le dijo el joven.

Hootnanny se metió la mano en el bolsillo de donde sacó un pequeño objeto.

—Pero ¡si es una parte de un paracaídas parlante! —exclamó Pam con asombro.

—Desde luego hablaba —asintió Hootnanny—. ¿Cómo lo sabéis?

—Porque nosotros encontramos uno igual —explicó Pete, excitadísimo—. ¿Qué es lo que decía éste?

—El disco estaba arañado y todo lo que pudimos entender fueron las palabras: «Enviadme a Shoreham».

—Apartado de correos número 48 —dijeron los niños, completando a coro la dirección.

Pete explicó en seguida a los dos hombres cómo Pam y él habían hallado el paracaídas parlante, llevándolo a correos.

—Ahora tenemos allí de vigilancia a los muchachos de nuestro Club de Detectives —agregó Pam—. Estamos casi seguros de poder encontrar a la persona que los envía.

Los dos hombres cambiaron una sonrisa y Hootnanny movió la cabeza, comentando con el otro:

—¿Qué te parece? Les pedí que vinieran a ayudarnos y resulta que ya tenían el caso medio solucionado antes de llegar.

—El paracaídas parlante es una invención muy útil —dijo el señor Freeman—. En el Departamento Meteorológico desean que los aparatos que envían les sean devueltos una vez recogidos del suelo. Por lo general los reparan y vuelven a utilizarlos.

—Y las luces del paracaídas, unidas a la voz del estuche, facilitan su encuentro —añadió Hootnanny—. Es una magnífica idea.

—Quisiéramos ponernos en contacto con su inventor por si accediera a vender sus derechos —agregó el señor Freeman.

Los niños prometieron encontrar al inventor.

—¿Dónde está vuestra madre? —exclamó de pronto el vozarrón de Hootnanny—. No habréis venido solos, ¿verdad?

Pam le informó de que la señora Hollister les estaba esperando acompañada de Sue.

—Es casi mediodía —advirtió el más joven de los meteorólogos —. Os llevaré en el coche.

Poco después Hootnanny y los cuatro niños se reunían con la señora Hollister y Sue en la estación terminal, donde comieron juntos. Luego tomaron un autobús que les llevó al centro de Nueva York, yendo directamente a un gran hotel próximo a Central Park.

Una vez que la señora Hollister hubo firmado en el libro de registro, anunció:

—Esta tarde tenemos que ir de compras, hijos. Las niñas necesitan vestidos nuevos.

Pam y Holly se abrazaron alegremente y Sue empezó a palmotear. En cambio, Pete y Ricky se mostraron desencantados.

—A los hombres les gusta poco ir de tiendas —dijo su viejo amigo—. ¿Qué tal si los muchachos y yo vamos juntos a dar una vuelta? Creo que tengo algo especial que enseñarles.

—Pues que se diviertan mucho —dijo, sonriente, la señora Hollister—. Hasta luego.

Pete llamó a un taxi y pronto se encontraron en el Centro Rockefeller. Hootnanny les condujo hasta un elevado edificio, por el que ascendieron unas escaleras hasta el entresuelo.

—Aquí está el Departamento Meteorológico —les dijo, abriendo una puerta—. Aquí todos me conocen.

Los muchachitos entraron, encontrándose en una estancia llena de mesas de oficina, mapas y «hombres del tiempo», enfrascados en su trabajo.

—Hola, señor Pogue —saludó Hootnanny, aproximándose a uno de ellos—. Aquí le traigo unos visitantes que tienen noticias para

usted.

El señor Pogue era un hombre bajo y ancho, de movimientos vivos y unos enormes bigotes. El antiguo «horadador» de minas le presentó a los chicos, informándole que estaban siguiendo el rastro del hombre de los paracaídas parlantes.

—Muy bien, muchachos —dijo el señor Pogue—. Verdaderamente nos gustaría encontrar al hombre que lanza esos artefactos.

—A propósito de inventos, quisiera enseñar a mis amigos el radarescopio —dijo Hootnanny.

El señor Pogue sonrió.

—Vengan conmigo.

Les condujo hasta una puerta que abrió silenciosamente. Tras la puerta reinaba una gran oscuridad, sin más excepción que la mortecina claridad de una bombilla situada en un cuadro de mandos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a aquellas tinieblas, Pete y Ricky vieron a un hombre sentado ante una serie de instrumentos, en medio de los cuales se veía un radarescopio. Un largo rayo de luz flotaba, describiendo círculos.

—El perito nos dirá cómo funciona —anunció el señor Pogue.

El operador señaló entonces las finas líneas negras que aparecían en el radarescopio.

—Aquí están los cúmulos —explicó—. Por su situación podemos saber que está lloviendo en Connecticut y en el occidente de Nueva Jersey.

—¿Pueden ustedes ver aviones y otras cosas? —preguntó Ricky.

—Sí. Y también los barcos que entran en el puerto.

—¿Y también los globos aerostáticos? —quiso saber Pete.

Y a continuación habló del paracaídas que había descubierto en Shoreham.

—Hay ocasiones en que por el radarescopio se registran objetivos extraños, existentes en nuestra área. Suponemos que son globos aerostáticos, aunque no nuestros.

—Apostaría a que son los que dejan caer los estuches parlantes —afirmó Pete.

El señor Pogue opinó lo mismo y animó a los muchachos para

que consiguieran su tarea detectivesca. Después les preguntó:

—¿Os gustaría ver nuestro observatorio meteorológico de Central Park?

—¡Zambomba! ¡Ya lo creo! —repuso Pete.

Los hermanos Hollister dieron las gracias al operador de radar y salieron del Departamento Meteorológico en compañía de Hootnanny y del señor Pogue.

Ante el edificio se hallaba un coche del gobierno. El señor Pogue se puso al volante del mismo y condujo en dirección norte, en medio del inmenso tráfico de Central Park. Después de recorrido un trecho de carretera, el señor Pogue embocó un sendero que les llevó hasta un pequeño lago a cuyas orillas se levantaba una rocosa montaña. En la cima de ésta se veía un castillo de pequeñas dimensiones.

—Ésta es la Torre Belvedere —informó Hootnanny, cuando descendieron del coche. Señaló la torre donde aparecían dos veletas con unos recipientes colocados en los extremos de sus cruzados brazos—. Son anemómetros. Uno indica la velocidad del viento, el otro la fuerza con que sopla.

El señor Pogue sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y condujo a los muchachitos por una angosta escalera de caracol, al final de la cual estaba el observatorio meteorológico.

—¡Qué bien se ve desde aquí Central Park! —exclamó Pete.

—Podéis subir todavía más —dijo el señor Pogue mostrando a los dos hermanos una escalera en forma de espiral.

Pete y Ricky treparon a lo alto de la torre, se situaron sobre la torreta y miraron a su alrededor.

—¡Canastos! Puedo ver todo Manhattan.

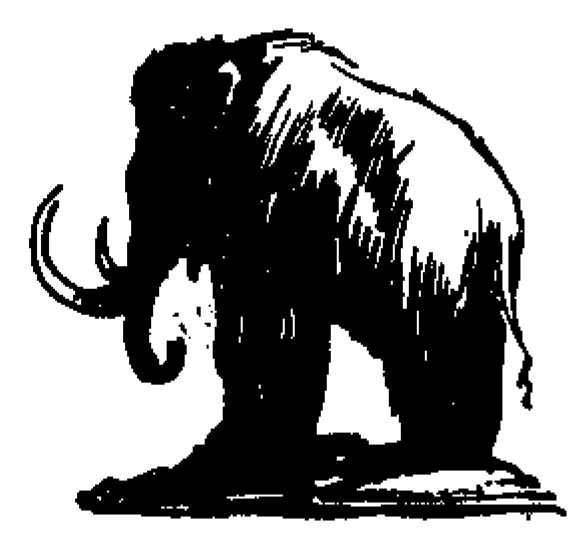
—Y pensar que los indios lo vendieron por un puñado de chucherías —meditó Pete, mientras observaba los altos edificios, recortándose sobre el cielo.

Saltando como una cabra montés, Ricky se colocó, atrevidamente, en la misma punta de la torre.

—Será mejor que te quites de ahí —le advirtió Pete.

Pero, cuando Ricky fue a bajar, le resbaló un pie sobre el deslizante granito.

EL GRAN MUSEO



Al resbalar, Ricky se aferró con los dedos al borde de la torreta. Pete se abalanzó hacia su hermano, logrando alcanzarle por el cinturón. Inmediatamente pidió auxilio, llamando:

—¡Señor Pogue! ¡Ayúdenos!

El hombre del tiempo corrió velozmente por las escaleras en espiral, con Hootnanny pisándole los talones. En seguida pusieron a salvo al bamboleante Ricky.

—¡Caramba! —fue todo cuanto dijo el señor Pogue, mientras Hootnanny se enjugaba el sudor de la frente.

Muy cabizbajos, los dos muchachitos descendieron las escaleras y salieron al exterior.

—Lo siento mucho —se excusó Ricky, muy apurado, cuando estuvieron acomodados en el coche perteneciente al Departamento Meteorológico.

—No hay la menor seguridad en los lugares altos —dijo solemnemente Hootnanny, moviendo rítmicamente un dedo—. En

cambio los túneles… Ésos son los lugares más seguros.

De regreso por Central Park el señor Pogue detuvo el coche ante el cochecito de un vendedor y compró cuatro helados.

—Creo que a todos nos sentará bien esta golosina —opinó.

Cuando llegaron al hotel, los niños y Hootnanny dieron las gracias al señor Pogue, despidiéndose de él.

—Buena suerte en vuestras labores detectivescas —les deseó el hombre del tiempo—. Y adelante. Necesitamos vuestra ayuda.

Las niñas y la señora Hollister habían regresado ya de su salida de compras, después de haber adquirido varios vestidos de última moda. Todas escucharon entusiasmadas la información de los muchachos sobre el radar y luego hicieron planes para el día siguiente.

—Necesito ver al perito en minerales del museo, para hacerle unas preguntas sobre el titanio —comunicó Pam.

—Bueno —asintió la señora Hollister—. Pues iremos todos al museo. ¿Le veremos después, Hootnanny?

—Naturalmente —repuso Hootnanny, con las cejas arqueadas por lo mucho que le había sorprendido la pregunta—. Tienen ustedes que venir a cenar a mi casa.

Sue soltó una risilla divertida:

—Tú no puedes saber guisar, Hootnanny. Sólo sabes hacer túneles.

—Nada de eso. Os sorprenderá ver lo bien que cocino. Y no se trata sólo de eso. Además, tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Holly, en tono suplicante.

—Un pájaro. No pienso deciros más. Bueno. Adiós. La cena será a las siete.

—¿Qué sorpresa nos preparará ahora el viejo Hootnanny? —se preguntó Pete, hablando con los otros, cuando el buen hombre se hubo marchado.

—Ya nos enteraremos mañana —repuso Pam—. No seas impaciente, Pete.

Al día siguiente, los Hollister llegaron al Museo Americano de Historia Natural antes del mediodía. Se detuvieron en la acera para contemplar el gran edificio que abarcaba varias manzanas. Cuando subían las amplias escalinatas de la puerta principal, Sue preguntó:

—¿Qué hay aquí dentro?

—Animales en urnas de cristal —le explicó Ricky que subía los escalones de dos en dos.

Penetraron en el museo, encontrándose en un inmenso vestíbulo de mármol que acababa en una elevada cúpula.

—¡Qué grande es, zambomba! —murmuró Pete.

—Sí —asintió la señora Hollister—. Conviene que no nos separemos, no vaya a ser que nos perdamos.

Mientras su madre hablaba, Sue señaló una estancia con luz mortecina, situada a la izquierda. En el centro aparecían tres enormes elefantes.

—¿Son de verdad? —quiso saber Sue.

—Estos animales estuvieron vivos antes, pero ahora están disecados —explicó la señora Hollister.

—Todo lo que hay aquí está disecado —notificó Ricky, dándose mucha importancia—. ¿Ves?

Y señaló las resplandecientes urnas colocadas a ambos lados del departamento de los elefantes, dentro de las cuales había animales que parecían vivos, colocados entre productos originarios de sus respectivos países.

—¡Mirad! ¡Ahí hay uno muy feroz! —anunció Holly, desde el fondo del corredor.

Los demás se unieron a ella para contemplar, tras unos cristales, a un orgulloso tigre, situado en un bosque nevado.

—Creí que los tigres vivían en las junglas calurosas —comentó Ricky.

—Todos no —replicó Pete, leyendo el letrero que había junto a la jaula—. Éste es un tigre siberiano.

—¡Mirad! —dijo Pam—. Oigo pájaros.

Se oían gorjeos y gritos agudos, que parecían llegar de algún lugar muy próximo.

—Vamos a buscarlos —dijo Holly.

La niña empezó a moverse nerviosamente de un lado a otro hasta que, de pronto, distinguió a un hombre de piel rojiza, situado junto a una espesa jungla. Sostenía un gran arco y la flecha apuntaba al cielo. Enredaderas, que parecían de verdad, descendían de los árboles y la luz del sol se filtraba entre el espeso follaje. Los

extraños gritos de pájaros parecían provenir de la jungla en la que se encontraba el cazador del arco.

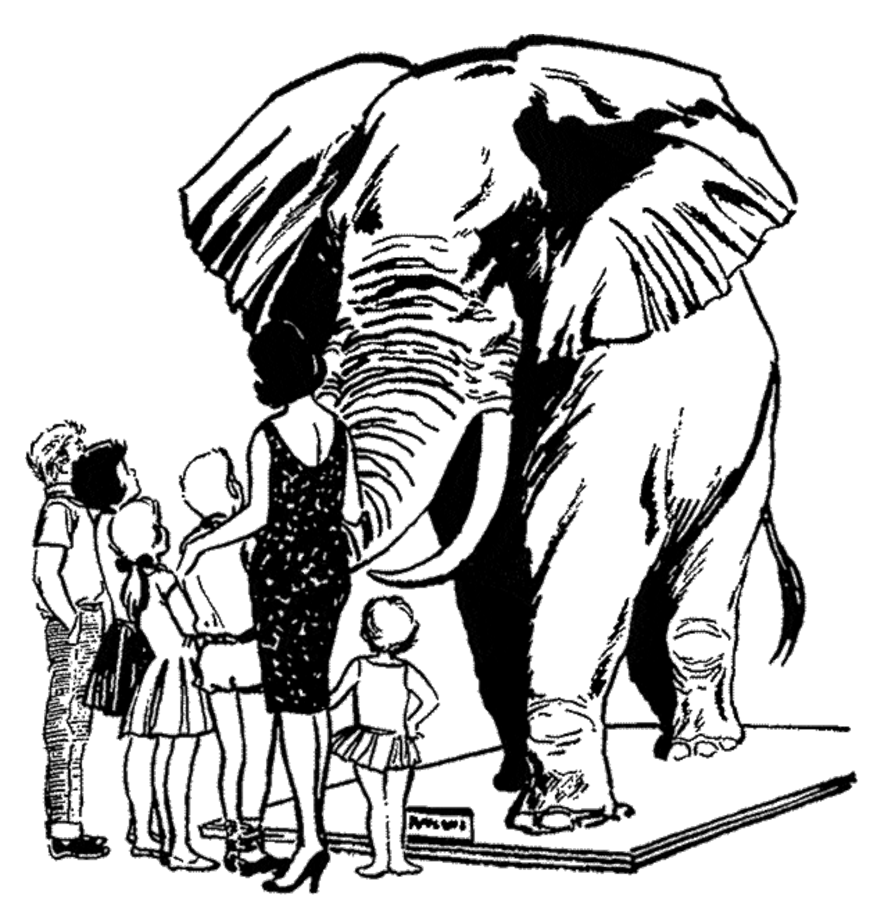
—Deben de ser cosas grabadas en un disco —opinó Pete.

—Figura una montaña india de América del Sur —aclaró Pam, que había leído el letrero.

Los demás niños se acercaron y la señora Hollister cogió a Sue de la mano. La pequeñita miraba fijamente la estatua del indio y fruncía el ceño. Mientras caminaba con su madre volvió la vista atrás.

Pete llevó a los demás hasta unas grandes escaleras, y volviendo a la derecha se encontraron en un vestíbulo muy iluminado. En el centro aparecía una gran canoa india. Entusiasmados, los niños corrieron a ver la extraña embarcación.

—Es mil veces más grande que cualquier canoa de las que he visto nunca —dijo Pete.



En la embarcación se sentaban remeros de piel oscura, de tamaño natural, ataviados con trozos de cuero. En cada uno de los extremos se veía un hombre de pie, vestido con pieles y con grotesco tótem en la cabeza.

Nuevamente, Sue pareció muy preocupada y con voz chillona preguntó:

—Mamaíta, ¿de dónde han venido estos hombres disecados?

—No son hombres de verdad —aclaró la madre—. Son como muñecas muy grandes.

—Pero no se parecen a Maddie-Poo.

—Eso es porque representan indios antiguos —intervino Holly.

La gigantesca canoa fascinaba a Holly, quien no sabía cómo apartarse de ella y dejar de contemplar los torvos rostros de las figuras. Mientras lo observaba todo se apoyó en uno de los bordes

de la embarcación e inmediatamente el guardián se aproximó para advertirle que no debía tocar nada.

—Ven —dijo Ricky, tomando a Holly de la mano—. Hay más cosas que ver.

Llevó a su hermana hasta un pasillo y de improviso se encontraron frente a dos lobos que, iluminados por la luna, corrían sobre la nieve. Parecían ir a abalanzarse sobre los niños y sus ojos relucían, avivados por el hambre.

—¡Canastos! —musitó el chico—. Me alegro de que sean disecados.

Holly se echó a reír cuando dijo:

—Pero yo no estoy disecada y tengo el estómago vacío.

—Yo también tengo apetito.

Y, cuando su madre se acercó, Ricky le propuso que fueran a comer.

—Yo sería capaz de comerme un león —dijo la señora Hollister, haciéndole un guiño—, pero creo que será preferible que tome un bocadillo.

Entonces fueron a la cafetería del museo y tomaron una comida ligera, muy apetitosa. Después del postre, que consistió en un granizado de color blanco y rosa, Pete dijo:

—Ahora iremos a la sala de minerales. A lo mejor encontramos una buena pista para el misterio de la cantera.

Los Hollister fueron hasta un pasillo donde, en compañía de otras muchas personas, esperaron el ascensor. Cuando entraron en él, Pete preguntó cuál era el piso de la sala de mineral.

—El tercero —repuso el ascensorista, cuando ponía en marcha el ascensor.

—Ya estamos —dijo la señora Hollister a sus hijos—. Venid todos, sin separaros.

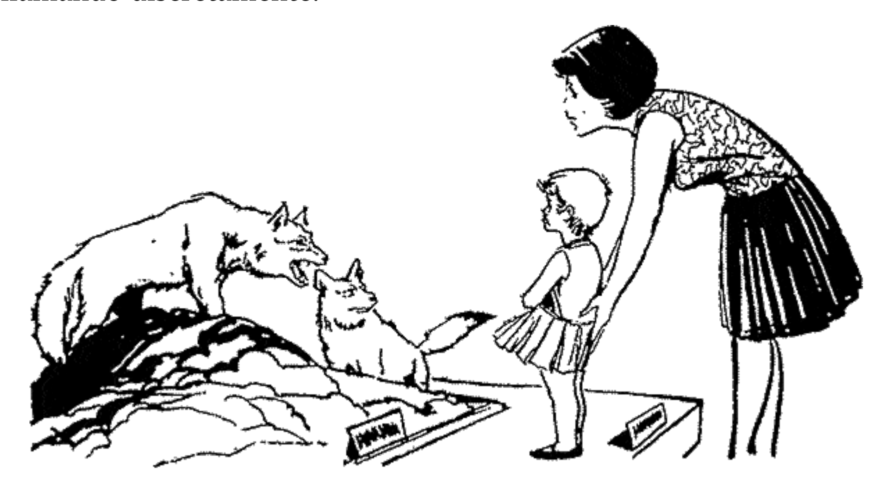
Los Hollister entraron en la sala de minerales y mientras los demás iban a contemplar las urnas de cristal en las que se encerraban trozos de roca de vistosos colores, Pam preguntó a un guarda dónde podría encontrar al presidente del Departamento de Mineralogía.

—Hoy no está aquí, pero puedes hablar con su ayudante —le informó el guarda—. Está en su oficina.

Y, al decir esto, el hombre señaló un pasillo. Pam le dio las gracias y volvió junto a los demás.

—Sue y yo os esperaremos en el banco que hay junto a los ascensores —dijo la madre.

Los cuatro hermanos se acercaron a la puerta de la oficina, llamando discretamente.



—Adelante —dijo una voz.

Cuando entraron, un hombre joven, en mangas de camisa, se volvió, mirándoles sorprendido.

—¿Qué deseáis de mí? —indagó, mientras se quitaba los lentes de montura oscura.

Sin perder tiempo, Pete le mostró el trocito de piedra con vetas doradas.

—¡Hum! Titanio —murmuró el ayudante.

—Nos gustaría saber si puede haber mucha cantidad de este mineral en una cantera que hay cerca de donde vivimos.

El joven les llevó hasta un gran mapa, diciendo:

—Bueno, Enseñadme dónde vivís.

Tras buscar un momento, Pete señaló Shoreham.

—En ese caso mi respuesta es afirmativa —dijo el joven minerólogo—. Puede encontrarse titanio en la parte del país en que habitáis vosotros. No es imposible que haya un yacimiento en esa cantera de que habláis.

Los niños prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo. El

joven ayudante preguntó con sonrisa:

—Y, si encontráis titanio, ¿qué haréis con él? ¿Diamantes?

Los niños le miraron asombrados.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Pam.

—Los científicos saben hacer diamantes artificiales con este mineral. Son muy bonitos, aunque, desde luego, no resultan tan duros ni tan costosos como los verdaderos.

Pete sonrió.

—Lo primero que tenemos que hacer es encontrar el yacimiento en la cantera.

—Pues os deseo mucha suerte.

Los niños dieron las gracias al amable minerólogo y salieron de la oficina, rebosando entusiasmo. Cuando llegaron a donde su madre les esperaba, todos empezaron a explicarse a un tiempo.

—Esperad… Esperad —protestó la señora Hollister, pasando la vista sobre sus hijos—. ¿Dónde está Holly?

Todos miraron a su alrededor y luego unos a otros. Nadie sabía dónde estaba su hermanita.

—¡Canastos! —murmuró Ricky, pensando en los millares de negros pasillos que había en el museo.

Los ojos de Sue se llenaron de lágrimas.

—Holly se ha perdido —dijo, estremeciéndose.

EL BÚHO MANCHADO



—No llores, Sue —dijo Pam—. Ya verás cómo encontramos a Holly.

—Puede que el guarda de la sala de minerales la haya visto —sugirió Pete—. Vamos a preguntárselo.

Toda la familia salió velozmente por el pasillo, hasta la gran sala llena de departamentos de cristal. El guarda estaba contemplando uno de los materiales exhibidos cuando se aproximaron a él.

—Perdone —dijo nerviosamente la señora Hollister—. ¿Ha visto usted a una niñita con trenzas? Es que mi hija, Holly Hollister, se ha perdido.

Los azules ojos del hombre demostraron simpatía, al mismo tiempo que sorpresa.

—No. No recuerdo haberla visto. ¿Cuándo la han perdido de vista?

—Holly caminaba detrás cuando íbamos a tomar el ascensor —dijo Ricky.

Nadie se acordaba de haberla visto después. El guarda movió la cabeza, diciendo con un suspiro:

—Esa niña puede estar en cualquier parte. ¡Este edificio es tan

inmenso!

—Lo mejor será que nos dividamos y empecemos a buscarla —propuso Pete, lleno de inquietud.

—No te precipites, jovencito —le repuso el guardián—. Hay un medio mucho más rápido. Haré anunciar lo ocurrido por los altavoces. Holly lo oirá desde cualquier lugar en que esté. ¿Dónde quieren que se reúna con ustedes?

—En la puerta principal —repuso la señora Hollister—. Y muchas gracias.

A los dos minutos los altavoces instalados por todo el museo transmitieron el mensaje:

«Se ruega a Holly Hollister que haga el favor de reunirse con su madre en la entrada principal».

La frase fue repetida varias veces, pero Holly no aparecía.

Al cabo de veinte minutos la familia seguía esperando, angustiada, a la puerta de entrada, sin que la pequeña de las trencitas diera señales de vida.

—Tiene que haberle ocurrido algo —afirmó Pete, preocupadísimo.

Pam pensaba y pensaba. Una de las cosas que más habían llamado la atención a Holly fue la gran canoa india.

—Mamá —dijo Pam—, puede que haya ido a la sala de abajo. Lo mejor será que Pete y yo vayamos a ver.

—Bien. Bien —asintió la señora Hollister—. Los demás esperaremos aquí por si se le ocurriera venir entre tanto.

Pete y Pam atravesaron los sombríos corredores, bajaron las escaleras y penetraron en la inmensa sala. Un guardián se aproximaba a la canoa cuando el público andaba cerca de ella. Holly no estaba en sitio visible.

—¡Pobrecita! ¿Dónde estará? —Exclamó Pam, y a continuación, sin pensar en la gran cantidad de gente que invadía la sala, llamó en voz alta—: ¡Holly, por favor! ¿Dónde te has metido?

Los asombrados visitantes del museo se volvieron a mirar a Pam, y, en aquel momento, los ojos de todos quedaron frente a la canoa.

Pete fue el primero en descubrir lo ocurrido.

—¡Zambomba! —Chilló, al descubrir a su hermana—. ¡Holly está en la canoa!

La cabecita de la niña desapareció inmediatamente, pero el guardián ya la había visto. Se abalanzó hacia la embarcación y sacó de ella a la pequeña.



—¡Holly Hollister! —reprendió Pam—. ¿Qué estabas haciendo ahí dentro?

—Es que cuando… cuando el guarda no miraba… me encaramé para mirar a esos indios tan graciosos… y me caí dentro. Luego, me dio miedo salir.

—Vamos. Vamos —dijo el guardián, moviendo con desaprobación la cabeza—. Lleváosla con su madre.

—Lo siento mucho.

Y, al decir esto, Holly se echó a llorar, abrazándose a Pam.

—Bueno, Bueno —intervino el guardián, acariciando la cabeza de la pequeña—. Nada de lloriqueos. Voy a informar a la dirección de que ya ha aparecido la pequeña.

Pete y Pam dieron las gracias al hombre y se alejaron corriendo con Holly entre ambos.

Al ver a su desaparecida hijita, la señora Hollister se lanzó a abrazarla y Holly, de nuevo, volvió a explicar lo ocurrido.

—Tendría que reñirte, pero me alegro tanto de que hayas vuelto que no te diré nada —sonrió la señora Hollister.

Cuando salían del museo, Sue se soltó de la mano de su madre para tomar la de Holly, quien se encargó de secarse los ojos.

—¡Vaya un rato que hemos pasado, canastos! —exclamó Ricky.

Aquella tarde, a las siete, un taxi dejaba a los Hollister ante un edificio de apartamentos, de pulcra apariencia, situado en Greenwich Village Mientras la madre pagaba al conductor, Pete tocó el timbre. Un momento después, Hootnanny les daba la bienvenida a su apartamiento del piso bajo.

El cuarto de estar seguía igual que los niños lo recordaban, con la diferencia de que ahora, en el centro, había una mesa redonda, cubierta con un mantel a cuadros rojos. En ella había cubiertos completos para siete personas.

—Mirad esto —exclamó Pete, acercándose a un gran mapa que cubría casi toda una pared.

—Con él espero poder estar al corriente de las situaciones atmosféricas —dijo Hootnanny, mientras desaparecía en la cocina.

Después de ponerse un delantal levantó la tapa de un gran puchero negro. Un delicioso aroma se esparció por la estancia cuando Hootnanny llenó los siete platos con un estofado de apetitoso aspecto.

Los niños llevaron los platos a la mesa y, en un abrir y cerrar de ojos, Hootnanny colocó en ella ensalada, pan y leche.

—A sentarse —dijo, sonriendo—. Sorprendidos de saber que sé cocinar, ¿eh? Pues, cuando hayamos cenado, os daré una sorpresa mayor.

Terminada la cena todos ayudaron a fregar los platos. Cuando Sue hubo guardado el último tenedor Hootnanny dijo:

—Ahora, niños Hollister, cerrad los ojos y poneos de cara sobre

la mesa.

Los chiquillos obedecieron, riendo, y un momento después el simpático viejecito ordenaba:

—Abrid los ojos.

Sobre la mesa apareció un gran búho azul, recortado en papel.

—Es un regalo para vosotros —dijo Hootnanny—. Este búho tiene un secreto. A ver quién puede descubrirlo.

Los niños se aglomeraron alrededor de su hermana mayor cuando Pam cogió el pájaro de grandes y redondos ojos, mirándolo atentamente.

—Es de papel secante —dijo.

—Con una carpeta debajo y otra detrás —añadió Pete.

Luego fue Holly quien observó:

—Y los ojos y las alas son de papel negro, pegado al secante.

—¡Qué bonito es! —dijo Sue—. ¿Y sabe dar chillidos, Hootnanny?

El viejo movió la cabeza en señal de negación, al tiempo que decía:

—Este búho se llama el Mago Meteorólogo. Sonriendo, Pete dijo de pronto:

—¡Ya sé cuál es el secreto! Pero no lo diré.

—¡Ah! Yo también lo sé. La plata le da el color azul —afirmó Pam.

Ricky, Holly y Sue estaban intrigadísimos con aquello del búho.

—Tengo mucha sed. ¿Puedo tomar un vaso de agua? —preguntó Sue.

—Tómalo tú misma —le repuso Hootnanny—. En la fregadera hay un vaso.

—Yo también quiero beber —dijo Ricky, yéndose detrás de Sue. Con el búho en sus manos.

La niña se puso de puntillas y abrió completamente el grifo, lo que hizo salir al agua con tal fuerza que salpicó a gran distancia.

Ricky retrocedió de un salto, gritando:

—¡Cuidado!

Demasiado tarde… El búho azul estaba cubierto de gotas de agua. Los ojitos de Sue se abrieron inmensamente al ver que las zonas de papel humedecidas se tornaban de color rosa.

—¡Qué rabia! —Se lamentó Ricky a voces—. ¡Has estropeado el regalo!

Cuando Sue y Ricky volvieron del fregadero quedaron sorprendidos al ver que Pete, Pam y Hootnanny se reían.

—No habéis estropeado el búho —les tranquilizó Pam—. Tenía que volverse de color rosa con la humedad. Ése era el secreto.

Hootnanny explicó entonces:

—Cada vez que va a llover hay mucha humedad en el ambiente. El papel secante absorbe esa humedad y se vuelve de color rosa. Eso indica que amenaza lluvia.

—Cuando el ambiente es seco, el búho vuelve a tener color azul —completó Pam.

Los tres más pequeños no acababan de comprender aquello.

—¿Acaso es mágica la pintura azul? —quiso concretar Sue.

—No —repuso Pete—. El búho está pintado con un producto químico que se llama cloruro de cobalto. En la escuela hicimos un experimento con él y luego se lo enseñé a Pam. Por eso nos dimos cuenta de cuál era el secreto.

—Me alegro de que no le haya pasado nada al Mago Meteorólogo —dijo Ricky, alegremente, colocando al búho sobre la mesa.

—Querría tener uno para Daffy —dijo Pam.

—Pues es fácil de hacer —aseguró Hootnanny—. Yo os daré un poco de cobalto.

Fue en seguida a la cocina y, de un alto estante, cogió una botella que entregó a Pam.

—Con esto tenéis bastante para hacer todo un zoo, pero no olvides que existe un hombre del que hay que encontrar la pista.

—Y ahora hay un avión que tenemos que coger —añadió la señora Hollister, con una sonrisa—. Jet nos espera a las diez en punto.

Dieron las más calurosas gracias a Hootnanny por la magnífica cena y las demás atenciones que había tenido con ellos y prometieron mantenerse en comunicación con él.

Cuando los Hollister se reunieron con Jet en el aeropuerto las manchas de humedad del búho estaban casi secas y, al tomar tierra en Shoreham, el Mago Meteorólogo volvía a lucir su primitivo color

azul.

La furgoneta de Jet Hawks estaba estacionada en el aeropuerto y el aviador llevó en ella a los Hollister a casa.

—Ha sido un viaje maravilloso —dijo la señora Hollister, dando las gracias a Hawks por su gentileza.

El piloto sonrió, dio a toda la familia un vigoroso apretón de manos y se marchó hacia su casa.

Cuando los niños se disponían a acostarse, el señor Hollister dijo:

—Por cierto, Pete, que Dave Meade ha estado llamándote por teléfono toda la tarde.

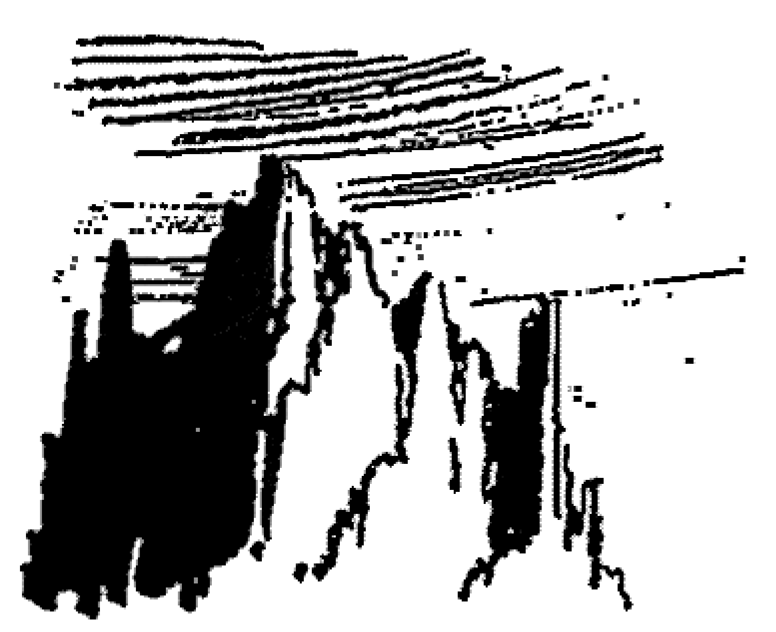
—¿Te ha dado algún recado para mí, papá?

—Sí. Un recado muy breve y muy misterioso.

—¿Se refiere a la vigilancia en correos?

—No sé. Todo lo que dijo ha sido esto: «Diga a Pete que me llame por la mañana. Tengo grandes noticias».

DOMINGO Y COMPAÑÍA



Pete se durmió pensando en el recado de Dave. Se despertó agitado por una mano que le sacudía los hombros, y sus ojos adormilados vislumbraron la mismísima cara de Dave Meade.

—Levántate, perezoso —le decía su amigo. Pete se sentó de un salto, frotándose los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho. Pero tenía que verte temprano. Hemos encontrado al hombre que tiene el aparato 48.

—¡Zambomba! Eso es estupendo, Dave. —Pete salió de la cama y se vistió a toda prisa—. ¿Cómo habéis dado con él? —preguntó.

—La vigilancia resultó bien. Ann Hunter le vio ir a buscar una carta.

Al oír los comentarios de los chicos, Pam llamó a la puerta y entró en el cuarto cuando Pete estaba acabando de calzarse.

—¿Así que habéis encontrado a ese hombre? —murmuró excitadísima—. ¿Cómo se llama?

—Karl Anthony —replicó Dave—. Tenía mucha prisa y no pudo entretenerse hablando con Ann, pero le dio su dirección.

—Entonces le veremos en seguida —dijo Pete.

Él y Pam desayunaron rápidamente y los tres salieron silenciosamente para no despertar a los otros niños. Montaron en sus bicicletas y marcharon hacia las afueras de la población. Al poco se encontraban llamando a la puerta de la casita del señor Anthony. Aunque en aquel momento el señor Anthony se disponía a marcharse a trabajar, al ver a los niños les hizo entrar en su casa.

Pete comprobó al momento que se trataba de la misma persona que él y Holly habían visto en la oficina de correos. Cuando los niños dieron sus nombres, el señor Anthony murmuró:

—¿Hollister…? ¡Ah, sí! Había una postal vuestra en el apartado 48. ¿Por qué queréis poneros en contacto con el arrendador de ese apartado?

Pete le hizo saber el gran interés que sentía por el paracaídas parlante.

—Ah. Ya… yo he ido al apartado en nombre de un amigo. Es inventor y se llama Link.

—¿Cuándo le verá usted? —investigó Pete.

—No lo sé. Link viene aquí todos los viernes para recoger el correo y los artefactos que le han devuelto, pero la semana pasada no se presentó.

—¿Y sabe usted dónde está? —preguntó Pam.

—Eso quisiera —repuso el señor Anthony, muy preocupado—. Ayer, en el «Águila», venía un artículo pidiéndole que se presentase y veo que también vosotros tenéis noticias para él… No es costumbre suya marcharse sin decirme nada.

El señor Antony les explicó que su amigo estaba realizando experimentos en alguna parte de las afueras.

—Pasa allí toda la semana, pero no sé exactamente dónde es.

—Hoy es viernes —dijo Pete—. Si su amigo viene esta noche, ¿querrá usted decirle que tenemos que tratar con él? Su invento puede ser muy importante para el Departamento Meteorológico.

El señor Anthony prometió hacer lo que le pedían y los niños se

marcharon.

De camino, Pam y Pete se detuvieron en casa del señor Kinder, pero Dave no pudo ir con ellos porque le esperaban en su casa. La morada del viejecito minerólogo estaba desierta. Los niños preguntaron a varios vecinos, pero nadie sabía a dónde había marchado el anciano.

—Es raro —comentó una señora gorda y bajita que vivía en frente—. Nunca deja a Casey. Desde luego, ahora, yo estoy dando de comer todos los días al gato.

—Nosotros también —rió Pete—. ¡Vaya apetito que tiene Casey!

Los niños volvieron a casa del señor Kinder y dejaron una nota por debajo de la puerta, en la que decían al viejecito que les diera noticias suyas.

—¡Qué extraño…! Ninguno de los dos hombres que tenemos que encontrar aparece —murmuró Pete.

—Sí. Y no tenemos ninguna idea de dónde puede estar ese señor Link.

—A lo mejor el señor Kinder ha tenido algún motivo para quedarse en la cantera y ha dado la casualidad de que, cuando hemos ido, no le hemos visto por allí —pensó Pete.

Pam propuso una excursión al Castillo de Roca al día siguiente.

—Podríamos buscar al señor Kinder y, al mismo tiempo, ver qué hay del titanio.

—Y a lo mejor, hasta podemos resolver lo del monstruo —añadió el chico.

Muy excitados con la idea, pedalearon vivamente camino de su casa.



Cuando le consultaron a la hora de comer, el señor Hollister accedió a que hicieran aquella inspección, pasando una noche en la cantera, siempre que les escoltase Indy Roades. Éste también aceptó la propuesta en cuanto le telefoneó Pam al Centro Comercial.

—Llevad a Domingo —propuso el hombre—. Podemos cargar alimentos en el animal. Hay que ir prevenidos a esa inspección a la cantera.

—¡Claro! —asintió Pam—. Y también puede ser conveniente para cargar sacos de titanio, si es que encontramos mineral.

Concluida la comida, Pam telefoneó a Daffy para invitarla a ir con ellos a la cantera.

—Me gustaría mucho —afirmó la niña—, pero papá va a llevarnos mañana de viaje. Sólo por dos días.

—¡Qué lástima! Pero ya te lo explicaremos todo cuando vuelvas.

Después de despedirse las dos amigas, Pete llamó al señor Kent Dará hablarle del paracaídas parlante de Hootnanny y de la visita al señor Anthony.

—Pues ahora, todo lo que tenéis que hacer es aguardar a que el inventor vaya esta noche a recoger el correo. —Dijo el señor Kent, jovial—. Y habréis cazado a vuestro hombre.

«A ver si es verdad que va ese Link», se dijo Pete, después que el editor hubo colgado.

El resto del día lo emplearon Pete, Pam, Ricky y Holly en los preparativos para la gran aventura del Castillo de Roca.

Sue se conformó con quedarse con su madre, considerando que para ella sería más divertido ocuparse en confeccionar un nuevo equipo de vestidos de muñeca para cuando Maddie-Poo regresase de la clínica. Hasta Domingo pareció excitado cuando Holly y Ricky le limpiaron y acicalaron para la excursión.

Sin embargo, el entusiasmo de Pete disminuyó bastante debido a la llamada telefónica que hizo al señor Anthony, quien le informó de que el señor Link seguía sin dar señales de vida.

—Si no tengo noticias de él pronto, avisaré a la policía —aseguró el señor Anthony.

A la mañana siguiente, Indy llegó temprano, conduciendo una camioneta. De la parte posterior se hizo bajar una rampa y Pete llevó a Domingo al vehículo. Una vez el burro bien asegurado y atado, Pam y Ricky ayudaron a transportar sacos de dormir, alimentos y hasta un pequeño fogón campestre a la camioneta.

Antes de emprender la marcha, Ricky hizo una nueva escapatoria hasta la casa para coger el viejo sombrero que su padre usaba para salir de pesca.

—Voy a ser un buscador de minas y tengo que parecerlo —dijo, riéndose.

Los dos muchachos saltaron a la parte posterior de la camioneta, junto a Domingo, mientras las niñas se acomodaban al lado de Indy.

—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaron todos, cuando el vehículo emprendió la marcha hacia la cantera Castillo de Roca.

La señora Hollister y Sue les despedían, agitando las manos desde la acera.

—¡Aaah, iiih! —rebuznó Domingo.

Una hora más tarde los jóvenes aventureros empezaban a traquetear por el pedregoso camino que conducía a la cantera. Por fin la gran entrada del pozo apareció ante ellos, silenciosa y ardiente bajo el brillante sol matutino. Indy penetró en la cantera en dirección al estanque.

Una de las lanchas estaba amarrada a la orilla. La otra flotaba en medio de las aguas y en ella se sentaba un pescador. Un sombrero de paja daba sombra a su rostro, pero Pete pudo reconocer a Sid Raff. El hombre levantó un momento la vista hacia los Hollister, pero sin demostrar prestarles atención.

Al avanzar hacia el centro de la gran abertura rocosa, Pete señaló un lugar que él consideró bueno para instalar un campamento. Quedaba en la base de la inmensa elevación rocosa y era una cueva que quedaba protegida de los vientos.

Una vez se hubo parado la camioneta, los niños descendieron, bajaron la portilla que cerraba la parte posterior de la camioneta y sacaron de ella a Domingo. Descargaron luego el resto de la impedimenta, incluidas cuerdas y espiochas pequeñas.

Estaban Pete y Pam disponiendo las tiendas en una zona de terreno llano, cuando el muchachito levantó la vista hacia el borde superior de la cantera. Cerca de una de las torretas del Castillo de Roca, Pete advirtió un viejo pino que se inclinaba peligrosamente sobre el borde mismo de la elevación rocosa.

En tanto que sus hermanos preparaban el campamento, Ricky y Holly se llegaron hasta el estanque y empezaron a hablar a voces a Sid Raff.

—¡Somos buscadores de minas! —chilló Ricky, agitando las manos.

—¡Ya lo veo! ¡Que tengáis suerte!

—¿No han visto al señor Kinder? —preguntó Holly.

El hombre movió negativamente la cabeza y siguió atento a la pesca.

Una vez preparadas las tiendas y las provisiones situadas en su debido lugar, Pam abrió la cesta del almuerzo que la señora

Hollister les había preparado. En cuanto terminaron, Pete propuso dar principio a la búsqueda.

Colocaron varios sacos sobre los lomos de Domingo y cogieron los picos y palas de que iban provistos. Minutos después iniciaban el ascenso por el sendero escalonado que llevaba al extremo superior de la cantera.

Volviendo la vista atrás, Pete y Pam observaron que Raff llevaba su embarcación hacia la orilla; no obstante, cuando unos momentos después miraron nuevamente, el hombre había desaparecido.

—¡Zambomba! Ya ha vuelto a hacer lo mismo que la otra vez.

—¿Dónde puede haberse metido tan de prisa? —preguntó Pam.

Todos escudriñaron los alrededores de la desierta cantera, bañada por el sol. No se veía huella alguna del pescador.

—Tiene que haber algún escondite secreto en la pared de estas rocas —opinó Pete—. Puede que sea una cueva.

—Si la conoce Sid Raff puede conocerla también el señor Kinder —apuntó Pam—. Y puede que sea allí donde esté.

Pete estuvo de acuerdo con su hermana.

—Antes de irnos buscaremos todas las cuevas que pueda haber —resolvió.

Los jóvenes buscadores de minas avanzaban lentamente, examinando aquí y allí trocitos de roca y desenterrando algunas, de vez en cuando.

—¡Oh! —exclamó Pam en una ocasión.

Señalaba un gran pedrusco que sobresalía de la superficie del promontorio rocoso, a alguna distancia del sendero. Aunque llegaba hasta él con el pico, quedaba demasiado lejos para poderlo coger.

—Pete, haz el favor de darme la mano —pidió Pam.

Cuando su hermano hizo lo que ella deseaba, Pam se inclinó hacia un lado y empezó a blandir el pico sobre el pedrusco deseado.

Pero los esfuerzos la hicieron sudar y su mano humedecida resbaló de la de Pete. La niña lanzó un entrecortado: «¡Oh!».

El pico arrancó el pedrusco que rebotó en las rocas. Y a continuación Pam, la piedra y un chorro de polvareda rodaron ladera abajo. Envuelta en una nube de polvo, Pam se detuvo al fin al tropezar en un gran peñasco. Tenía la cara sucia y varios arañazos en los brazos. Pete e Indy estuvieron a su lado a los pocos

instantes.

—¡Pam! ¿Te has hecho daño? —preguntó Pete.

—Estoy bien, aunque creo que no soy muy buena buscadora de minas.

Ricky marchó corriendo al campamento y volvió con un pequeño botiquín que la señora Hollister había colocado en una mochila. Indy puso en las heridas de la accidentada unas pinceladas de desinfectante de vivo color y Holly observó entonces:

—Pam, pareces un indio marchándose a la guerra. Mientras tanto, Ricky recogió las piedras desprendidas, guardándoselas en una saqueta, y, cuando acabó, entre él y Pete cargaron la saqueta sobre Domingo.

—Vamos al estanque a lavar las piedras —propuso Holly.

Las dos niñas se llevaron a Domingo, yendo a ocuparse de esa tarea, en tanto que Indy y los dos chicos inspeccionaban la parte baja de la formación rocosa. Como era la parte más antigua de la cantera, los peñascos estaban cubiertos de maleza. Los «inspectores» no encontraron ninguna cueva ni abertura en la que Sid hubiera podido desaparecer. A pesar de todo, Pete afirmó:

—Eso no quiere decir que no haya ningún escondite. Puede ser que no lo hayamos visto.

Cuando Indy y los muchachitos volvieron al campamento hallaron a las niñas preparando la cena.

—Hemos lavado un millón de piedras, pero ninguna tiene hilos dorados —informó Holly—. ¿Habéis encontrado el escondite secreto?

Pete dijo que no con la cabeza y a su vez preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?

—Cerditos con manta —repuso Holly.

—¡Canastos! ¡Qué bien!

Y Ricky buscó unas cuantas ramas largas y verdes, mientras Indy y Pete preparaban el fuego. Las niñas se ocupaban en aquellos momentos en echar bizcochos en una cafetera, añadiendo leche condensada sobre ellos. Luego Pam ensartó salchichas en las ramas verdes que Ricky había cogido y Holly puso una «manta» de pan sobre cada uno de aquellos «cerditos».

Los hambrientos buscadores de minas asaron las salchichas

sobre las rojas brasas. Comieron y bebieron leche que habían llevado en una pequeña nevera portátil.

—¿Qué hay de postre? —preguntó Ricky.

—Ángeles a caballo —le informó Holly—. Yo te enseñaré cómo puedes prepararlos.

La niña colocó cuatro trocitos de chocolate sobre una galleta, explicando:

—Éste es el caballo… Y aquí está el ángel. —Echó un poco de crema caliente y sobre ella colocó otra galleta.

Ricky dio un mordisco al bocadillo y sus ojos bailaron de entusiasmo.

—¡Hum! —murmuró, relamiéndose.

Ya había oscurecido cuando terminaron de recogerlo todo. Y era completamente de noche cuando Pete apagó la hoguera.

Ricky protestó entonces.

—¿Por qué haces eso? Yo quería prepararme más bocadillos dulces dentro de un rato.

—Es mejor vigilar la cantera en la oscuridad —explicó el mayor de los hermanos—. Si el monstruo asoma la cabeza, podremos verle sin que nos descubra.

Por espacio de una hora los buscadores permanecieron silenciosos, observando en la oscuridad. De pronto Pam señaló hacia arriba y los otros levantaron la vista. Una pequeña fogata llameaba cerca del Castillo de Roca. Cuando los niños miraron la hoguera empezaba a adquirir un tono verdoso.

—¡Canastos! —se aterró Ricky—. A lo mejor es el monstruo que lanza por la boca llamas de fuego verde.

—Podemos acercarnos un poco —propuso Indy. Cogiendo las linternas, pero sin encenderlas, los acampadores echaron a andar juntos al muro rocoso. De improviso advirtieron el ligero rumor de grava y piedras que resbalaban por la ladera. Luego el sonido fue haciéndose más intenso a medida que el desprendimiento iba acercándose.

Y entonces, a la claridad que proyectaba la hoguera verdosa, fue posible advertir que el viejo pino de la cima se tambaleaba peligrosamente.

—¡Va a caerse! —gritó Holly.

—¡Caerá aquí! —se alarmó Pete—. ¡Apartaos corriendo!

UNA NOCHE ATERRADORA



Balanceándose de un lado a otro, el pino se golpeaba contra la roca, en su descenso hacia la parte baja de la cantera. Acababan Indy y los niños de apartarse cuando el árbol se estrelló en el suelo, a poca distancia de ellos, lanzando una lluvia de tierra y ramas rotas.

—¿Qué le habrá hecho caer? —se asombró Ricky.

—Lo que yo me pregunto es: ¿Por qué ha caído ahora? —dijo Indy.

Pam dedujo que alguien intentaba asustarles para que se fueran de allí, pero Pete replicó.

—Hace falta otras cosas y no un fuego verde y un árbol desprendido, para asustarnos y hacernos marchar del Castillo de Roca.

Alumbrándose con las linternas encontraron el camino de regreso al campamento. Domingo seguía atado al tronco en que le habían dejado y Pam se acercó a hacerle una caricia en el cuello.

Hicieron una guardia de otra hora y, como no sucedió nada más, Indy y sus amiguitos se acostaron en los sacos de noche.

Holly y Pam estaban muy quietas, pero tenían los ojos enormemente abiertos y su imaginación volaba en pensamientos

relativos a la misteriosa cantera.

—¿Duermes, Holly? —preguntó Pam, en un murmullo, a través de la oscuridad.

—No. ¿Estás asustada, Pam?

—No, asustada no. Pero, en esta cantera hay unos ruidos muy extraños y por la noche parece que se agrandan. Hagamos un juego. Nos ayudará a dormirnos.

—¿Qué juego? —preguntó Holly.

—¿Por qué no adivinamos lo que son todos esos ruidos extraños?

Las dos niñas escucharon un apagado aullido que se extendía por la cantera.

—¿Qué es eso? —preguntó Holly.

—El viento.

—Exacto. También a mí me lo parece.

A continuación se fijaron en una especie de chasquidos que sonaban a distancia y Holly musitó:

—Son ranas.

Se produjo luego un chapuzón que las dos niñas imaginaron lo habría provocado un pez al dar un salto en el estanque.



Holly volvió a apoyar la cabeza en la almohada y entornó los ojos. Una especie de goteo llegó hasta sus oídos, pero estaba ya poco despejada para averiguar lo que era y se quedó dormida. A Pam le ocurrió otro tanto.

En la tienda inmediata a la de las niñas, Pete estaba aún despierto. Los espeluznantes ruidos que se producían en aquella cantera le hacían pensar en los extraños sucesos. Durante un rato estuvo meditando sobre ellos. De pronto se oyó otro ruido a distancia. «Tump, tump, tump».

—¡Zambomba! ¿Qué es eso?

El muchacho se deslizó de su cama de campaña y fue a apoyar la cabeza sobre la lona de la tienda para intentar distinguir la clase de ruido. «Tump, tump, tump…».

¡La vieja bomba! ¡Y estaba funcionando! Pero, si Raff había dicho que estaba rota… ¿Quién la habría puesto en marcha, y sobre todo a aquellas horas de la noche?

Indy roncaba suavemente y Pete no quiso molestarle. En cambio, despertó a Ricky, sin hacer ruido.

—Escucha eso —dijo a su hermano, hablándole al oído—. Ven conmigo.

Cautelosamente, Ricky se deslizó de su saco y los dos chicos salieron juntos al exterior, encaminándose al estanque. Una plateada media luna iluminaba la cantera. Aunque era muy poca la claridad que proporcionaba, bastaba para que los dos hermanos pudieran esquivar los pedruscos que surgían a su paso.

Cuando se acercaron a orillas del estanque, Pete aseguró:

—Desde luego, es la bomba.

Pero, inesperadamente, cuando los chicos se acercaron, el motor cesó de sonar. Todo quedó en silencio. No se produjo movimiento alguno.

—Puede que no fuera la bomba —resolvió Ricky.

—Lo averiguaremos —dijo Pete, decidido, reanudando la marcha.

Al llegar junto al árbol desplomado, los muchachitos saltaron sobre él y siguieron avanzando por el estrecho espacio que corría entre el Castillo de Roca y el estanque. A la luz de la luna vieron el agua agitada por ligeras ondulaciones. Pete se adelantó, diciendo:

—Ahí está la bomba.

Apoyó una mano en el artefacto metálico… Estaba caliente…

—¿Qué te dije? —exclamó Pete, triunfante.

—Pero ¿por qué sacaron agua del estanque a estas horas?

—Alguien intenta asustarnos, Ricky… Por eso tiraron el árbol.

El pequeño pelirrojo irguió toda su reducida estatura y abombando el pecho afirmó con bravura:

—Pues a mí nadie me asusta.

Pero, de pronto, se cogió fuertemente al brazo de Pete y sus dientes empezaron a castañetear de miedo.

El pobre Ricky no pudo hacer otra cosa que señalar hacia la superficie del estanque que unos momentos antes estuviera reposada.

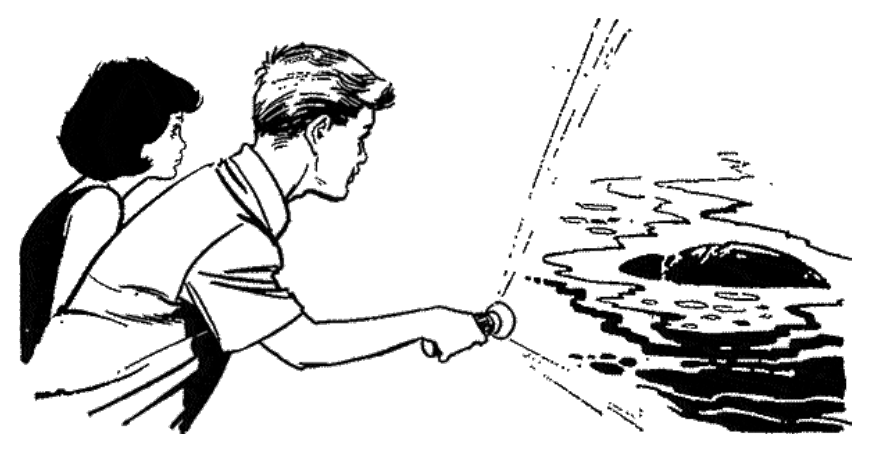
A poca distancia de la orilla el agua se agitaba, levantando unas nubéculas de espuma. Un cuerpo negro y redondeado emergió unos centímetros por un instante, volviendo a hundirse en las profundidades.

—¡Ca… ca… canastos! ¡El monstruo!

En aquel mismo instante, una voz resonó por toda la cantera.

—¡Pete! ¡Ricky! ¿Dónde estáis?

—Estamos aquí, Indy —repuso Pete.



A lo lejos, el haz luminoso de una linterna empezó a moverse arriba y abajo cuando Indy Roades corrió hacia los niños.

—¡Hemos visto el monstruo! ¡De verdad que lo hemos visto! —afirmó Ricky, cuando el buen indio estuvo cerca.

Indy enfocó la linterna sobre Pete y le preguntó si también él había visto lo que su hermano.

—Sí. También, Indy. Hay algo en el estanque que… Una serpiente de agua, gigantesca, o un pez muy extraño…

Los tres regresaron a las tiendas y al llegar se encontraron a las niñas despiertas. Pam y Holly oyeron las noticias de sus hermanos con verdadero pavor.

—El monstruo puede comernos. Tengo mucho miedo —notificó Holly.

Indy opinó que la excursión había sido ya bastante inquietante y que lo mejor era recoger las cosas y volver a Shoreham.

—Esto es trabajo de la policía. Seguramente estarán iniciando una investigación —concluyó diciendo.

—Nos quedaremos a resolver el misterio —repuso Pete, con calma—. Contigo estamos seguros, Indy.

—Pienso igual que Pete —dijo Pam, sin dudar.

—Yo también —aseguró Holly, por no ser menos—. Yo soy una señorita detective.

La expresión aterrada de Ricky se convirtió de pronto en una amplia sonrisa que la luz de la linterna hacía parecer aún mayor.

—Yo también me quedo. Me parece que el no ser bastante valiente ha sido culpa de que tengo hambre.

Pam se echó a reír y propuso:

—¿Os parece que nos comamos ese pastel de chocolate que nos ha hecho mamá para mañana?

Después de mirar su reloj Indy anunció que ya era casi mañana. Con esa noticia Pam sacó el pastel con tres capas de chocolate de la caja en que su madre lo había guardado. Cuando cada uno de los niños hubo comido una gruesa rebanada del jugoso pastel, Holly recordó:

—El pobre Domingo debe de estar también hambriento.

—Toma. Llévale un trozo de pastel —dijo Pam, poniendo en manos de Holly otra rebanada.

La pequeña anduvo en la oscuridad hasta el lugar en que el burro había quedado atado.

—Domingo, ¿dónde estás? —llamó Holly, buscándole bajo la ligera claridad de la luna.

El jumento había desaparecido.

Holly empezó a gritar:

—¡Venid todos! ¡Domingo se ha ido!

Llegaron los demás a toda prisa e Indy proyectó la luz de la linterna en el suelo, en el lugar que había sido atado el burro. La estaca seguía en el mismo sitio.

—Domingo no se ha escapado —dedujo el indio—. Le han desatado.

—¡Huy, Dios mío! ¡Aquí hay ladrones! —se atemorizó Pam—. ¿Qué hacemos?

—Yo creo que hay que encontrarlos —afirmó Pete, indignado.

Indy estuvo de acuerdo con el chico.

—Es una cosa que hay que hacer más pronto o más tarde. Puede que ésta sea la mejor ocasión.

Con la luz de las cinco linternas enfocando el suelo, Indy se agachó para buscar las huellas dejadas por el burro.

—Salen de la cantera —advirtió Pete.

—Es extraño —dijo Pam—. Si los ladrones quieren asustarnos, ¿por qué no se quedan aquí?

—Lo que me extraña a mí es que Domingo no haya rebuznado para que supiéramos que le estaban robando —razonó Ricky, mientras se acercaban a la gran abertura que daba entrada a la cantera.

—Quien se haya llevado a Domingo iba en línea recta y por las huellas de las herraduras parece que el burro marchaba muy de prisa —opinó Indy.

—¡Chiss! —ordenó entonces Pam—. He oído algo. Los investigadores se detuvieron a escuchar. A distancia pudieron oírse unas voces.

—¡Ven aquí, animal idiota!

—No te pares ahora. ¡Atontado! Pete murmuró:

—Los ladrones… Podremos atraparlos, Indy. Caminando agazapados y sin apenas tocar el suelo más que de puntillas, Indy guió a los Hollister hasta una zona de rocas y matorrales, desde donde no pudieran ser vistos.

—¡Mirad! —anunció de pronto.

Frente a ellos, en la semioscuridad se advertía la borrosa silueta

de un burro. Tras el animal iban dos personas. Una de ellas se tiró al suelo y la otra le imitó.

—¿Les atacamos ahora? —preguntó Pete, en un siseo.

—¡Ahora! —asintió Indy.

Dando aullidos y gritos de guerra los Hollister corrieron hacia Domingo. Por un instante, los raptores del jumento quedaron inmóviles por la sorpresa. Luego, emprendieron la fuga, corriendo bajo la noche.

Pam y Holly se acercaron al animal y subieron a lomos del mismo.

—Pobrecito burro —decía Pam, cariñosamente.

—No dejaremos que esos hombres malotes te lleven —prometió Holly, acariciando las orejas del animal.

A todo esto, Domingo irguió la cabeza y rebuznó tan ruidosamente que su «aaah, iiih» repercutió en todos los ámbitos de la noche.

A pesar de haber recuperado a Domingo, Indy, Pete y Ricky no se detuvieron allí. Las linternas brillaban frente a ellos, como luciérnagas gigantes que perseguían a los fugitivos. Por fin, Indy se detuvo e hizo que Pete y Ricky se aproximaran a él.

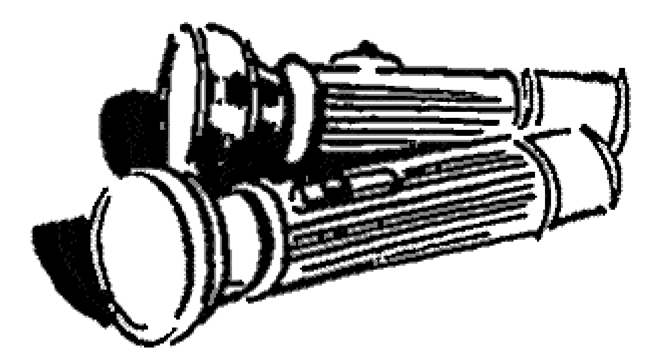
—¿Veis aquel peñasco grande? Pues esa gente se ha escondido detrás. Deben de estar cansados y tendrán miedo.

—¡Si les atrapamos, ahora se descubrirá el misterio de la cantera, canastos! —dijo Ricky.

Indy colocó las manos ahuecadas junto a la boca y llamó a gritos:

—¡Eh! ¡Ustedes, quienesquiera que sean, salgan! Se produjeron unos ruidos detrás del peñasco y dos siluetas aparecieron en seguida. Pete enfocó la luz de la linterna sobre sus rostros y dio un grito ahogado. ¡Ahí estaban Joey Brill y Will Willson!

UN EXTRAÑO ECO



Asustados y temblorosos, Joey y Will permanecieron cabizbajos a la luz de las linternas.

—Dejadnos marchar —pidió Joey con voz temblorosa—. Tenemos que ir a casa.

—Por eso os llevabais a Domingo, ¿verdad? —Dijo Pam—. Debía daros vergüenza… Ahora fue Will quien habló:

—Pues sí, nos llevábamos a Domingo por eso. Queríamos salir de este lugar de prisa.

Cuando los Hollister les pidieron explicaciones, Joey y Will dijeron que habían oído decir a Dave Meade que los Hollister salían de campamento.

—Y decidimos venir también —dijo Joey débilmente.

—Para molestarnos, claro —gruñó Ricky, mientras los cuatro hermanos rodeaban a los apurados camorristas.

—Queríamos lanzar nuestro… vuestro paracaídas desde arriba —explicó Will.

Luego, añadió que su padre les había llevado en el coche al Castillo de Roca a primera hora de la tarde y que tenían colocadas las tiendas de campaña cerca de allí.

—Nos acercamos a ver lo que estabais haciendo —siguió ahora Joey— y vimos que Pete y Ricky iban al estanque.

—¡Y entonces lo vimos! —saltó Will, estremeciéndose.

—¡Uggs! Aquella cosa del agua —exclamó Joey—. No podíamos marcharnos de prisa de la cantera y por eso nos apoderamos de Domingo. No es que quisiéramos robarlo. De verdad que no.

—¿Habéis derribado aquel árbol viejo? ¿O habéis puesto en funcionamiento la bomba? —preguntó Pam.

Joey y Will negaron haber hecho nada de eso.

—Sólo queremos ir a casa. Este lugar es horripilante.

—Bueno. ¿Dónde está vuestro campamento? —preguntó Pete.

Joey y Will les llevaron a poca distancia de allí, hasta un roble bajo el que habían colocado sus tiendas.

—Yo creo que dicen la verdad —comentó Pam, acercándose a Pete.

—No permitirá usted que el monstruo nos atrape, ¿verdad, Indy? —preguntó Will, suplicante.

—Aquí estaréis a salvo —les aseguró el indio.

—Entonces nos quedaremos hasta mañana —dijo Joey, tranquilizado—; y mañana volveremos en una carrera hasta Shoreham.

Todos se despidieron y los Hollister se marcharon con Domingo. Pam dijo, riendo:

—Si creíais que estábamos asustados, ¿qué me decís de Joey y Will?

—Esos fisgones están petrificados —dijo Pete.

Los cuatro hermanos fueron despertados a la mañana siguiente por el delicioso aroma del tocino que se freía en una hoguera.

—El desayuno está servido —anunció Indy.

El menú de aquella mañana consistió en huevos revueltos, tocino y pan tostado. Pam sirvió leche de la neverita. Después de haber quemado los recipientes de papel, los muchachos e Indy apagaron el fuego.

—Antes de seguir buscando minas debíamos averiguar qué era aquel fuego verde y por qué se cayó el árbol —opinó Pete.

—Pero nos llevaremos un saco por si vemos algo que parezca titanio —dijo Pam.

Dejando a Domingo atado en el campamento, los niños e Indy corrieron hacia donde se encontraba el árbol caído. Mientras Ricky,

Indy y Holly examinaban el árbol, Pete y Pam subieron rápidamente por el sendero escalonado hasta lo alto de la cantera.

A los pocos minutos se encontraban mirando en los residuos de la hoguera y recogieron cuidadosamente los trocitos de leña carbonizada.

—Mira —dijo Pete—. Por aquí hay un polvillo blanco. Puede que sea eso lo que hacía que el fuego pareciera verde.

El muchacho cogió el trozo de una ramita carbonizada cubierta con aquel polvo blanco y la envolvió en su pañuelo. Luego, Pam y él se acercaron al lugar en que había estado enclavado el pino.

El desprendimiento del árbol había dejado un profundo hoyo en el suelo. Los niños examinaron los alrededores de dicho hoyo, pero no pudieron descubrir huellas de pies.

—Claro… Puede haber sido un accidente —admitió Pete, poco convencido—. El árbol estaba en el mismo borde.

Pero, cuando los dos hermanos se reunieron con los demás al pie del promontorio rocoso, Indy les informó de lo siguiente:

—A este árbol lo han empujado para que cayera. Y les mostró las marcas recientes, producidas en el tronco por una barra de hierro.

—Y alguien ha usado un producto químico para hacer aquel misterioso fuego verde —hizo saber Pete, enseñando lo que había encontrado.

—Puede que Ralston o Raff tengan algo que ver con esto —dijo Ricky—. No les hacíamos mucha gracia.

Pam no estuvo muy conforme con aquella deducción.

—No se les puede acusar así —dijo—. No tenemos pruebas. Lo que hace falta es seguir buscando y puede que vayamos encontrando pistas de todos estos misterios.



Ricky se hundió el ruinoso sombrero hasta los ojos y anunció que ya estaba dispuesto.

Pete, en pie con las manos en las caderas, miraba hacia las rocas oscuras. Por fin propuso que fueran hacia el extremo más apartado de la cantera, donde se encontraba el viejo edificio en el que se trituraba la piedra en otros tiempos. Aquella zona era seca y pedregosa. Sin embargo, lo primero que hicieron fue pasar por el campamento para recoger a Domingo, y llevarse cuerdas y herramientas.

Antes de marcharse, Ricky se guardó en el bolsillo un rollo de hilo de pescar, por si les era preciso dar la vuelta a la cantera y detenerse otra vez en el estanque.

«Podría valer para pescar al monstruo, aunque espero que no haga falta», se dijo el niño.

El grupo se puso en marcha, con Pete al frente. No tardaron en cruzar una pequeña franja de terreno oscuro y húmedo que Pam supuso debía estar bañado por un arroyo subterráneo.

Cuando el sol estuvo más alto, el reborde de la cantera se recortó más claro y preciso contra el cielo azul. A Holly se le ocurrió levantar la vista hacia el Castillo de Roca y quedó sorprendida al ver a Ralston que les observaba.

—Hola —saludó alegremente la niña, moviendo las manecitas.

El hombre le devolvió el saludo con voces y movimientos de la

mano y luego echó a andar por el borde de la montaña rocosa, mirando hacia abajo como si intentase localizar algo.

—Parece que las huellas siguen hasta el estanque —dijo Pete—. A lo mejor tienes razón, Pam, y resulta que es inocente.

Mientras Ricky seguía moviéndose en sentido circular por la cantera, Pete echó a andar al frente, llevándose a Domingo. El saco que el animal llevaba sobre el lomo iba resultando cada vez más pesado a causa de las piedras que los niños iban metiendo. Cuando Pete se disponía a recoger otro ejemplar de mineral se arrodilló inesperadamente y avisó a los que iban detrás.

—¡Zambomba! Hay huellas de pies. Muchas huellas. Mira, Indy.

El indio y los jóvenes buscadores de minas se aproximaron con precaución, para no borrar las huellas que Pete acababa de descubrir. La tierra estaba llena de señales de pisadas y parecía que hubieran arrastrado a alguien por el suelo.

—Parece que las huellas siguen hasta el estanque o las lanchas —dijo Pam—. ¿Qué estarían haciendo por aquí?

—Puede que sean huellas de visitantes como nosotros —dijo Holly—. Estarían jugando a cazar.



Pete se sintió tan intrigado por aquellas huellas que había descubierto que abandonó momentáneamente la búsqueda de minerales para ver a dónde conducían las pisadas. Algunas de ellas se dirigían hacia el muro de la cantera donde desaparecían entre un montón de matorrales secos.

—Tiene gracia —exclamó el muchachito, llamando en seguida a los demás.

—¿Qué te parece esto, Indy?

El indio recogió una ramita de los matorrales y miró hacia arriba.

—Puede haberla arrancado alguna piedra al caer, pero es posible que estas matas oculten algo.

—¿Por qué no las apartamos? —propuso Ricky. Con la ayuda y el esfuerzo de todos, los matojos fueron apartados completamente, dejando al descubierto una pequeña abertura en las rocas.

—¡Parece un pasadizo! —exclamó Indy.

—Pero es muy estrecho para pasar por él —observó Pete.

—Si antes trago un buen montón de aire, me parece que podré pasar —dijo Ricky.

Indy Roades sacó su linterna de la bolsa de la comida, cargada sobre Domingo y, todos a una, los buscadores de minas, clavaron la vista en el resquicio de la roca. Domingo se mostró desaprobador por no poder ir también, pero quedó quieto junto a los matorrales.

Con Ricky en cabeza, los aventureros presionaron hacia dentro. El pasadizo se ensanchaba repentinamente en una gran habitación.

—¡Fijaos! —Gritó Ricky, cuando Indy iluminó el lugar con su linterna—. Parece un… un departamento meteorológico.

A lo largo de una pared se veían hileras de mapas de los vientos y debajo un cuadro de instrumentos. También aparecían hileras de bombillitas de colores, un montón de paracaídas, otro de globos sin inflar y varias bombonas de gas para hincharlas.

—¡Zambomba! —gritó Pete—. Debe de ser aquí donde el señor Link trabaja con su invento.

—Pero ¿dónde está ese señor? —preguntó Holly.

—¿Y por qué no habrá ido a recoger el correo? —añadió Pete.

—El señor Kinder y el señor Link tienen relación con esta cantera —razonó Pam—, y los dos han desaparecido.

Entonces, Indy empezó a mirar con inquietud alrededor de la rocosa estancia y los niños se sintieron escalofriados.

—Puede que les haya atrapado el monstruo —dijo Ricky en un susurro.

Pam recordó a los demás que el señor Anthony les había dicho que su amigo vivía en el mismo lugar en que trabajaba en su invento.

—De modo que el señor Link estará durmiendo en otra cueva —concluyó la muchachita.

Cuidando de no estropear nada en el escondite que habían encontrado, los exploradores volvieron en fila de a uno hasta donde les aguardaba pacientemente Domingo.

—Hay que formar patrullas de inspección —opinó Pete—. Me parece más importante encontrar al señor Link que seguir buscando minerales. El señor Link puede necesitar ayuda.

Indy aceptó la idea.

—Buscaremos durante una hora —dijo—. Luego nos reuniremos en el campamento para decidir qué debe seguir haciéndose.

Ricky y Holly se ofrecieron como voluntarios para subir hasta lo alto del Castillo de Roca e inspeccionar por aquella parte. Desde aquella altura a lo mejor descubrían otra cueva.

—Pero tened mucho cuidado —les advirtió Pam.

Ella y Pete, con Domingo, marcharon en otra dirección, en tanto que Indy decidió llegarse hasta el extremo más apartado de la cantera, tras el edificio dedicado a triturar la piedra.

Los dos hermanos menores se cogieron de las manos y empezaron a subir por el sendero escalonado y rocoso. Cuando llegaron arriba, entraron en la torreta y se asomaron por el ventanal de piedra. Miraron atentamente a todas partes, pero no se veía desconocido alguno. Ni siquiera estaba Ralston.

Ricky volvió sus ojillos vivaces hacia la gran piedra que Sue había utilizado como trono el día de la merienda campestre. Nuevamente sintió el extraño deseo de levantar el pedrusco. Y esta vez Ricky contaba con una ayudante tan curiosa como él.

—A mí me parece que esa piedrota está tapando un agujero o algo así —declaró el pelirrojo—. Ven a ayudarme.

Aunque los niños tiraban y empujaban con fuerza, el pedrusco

no se movió. Pero Ricky no se daba por vencido fácilmente. Después de dar una vuelta por la zona de arbolado, regresó con una rama delgada y fuerte, uno de cuyos extremos apoyó en la parte baja de la piedra.

—Mira, Holly —dijo, jubiloso—, se mueve.

La pesada roca se movió lo bastante para que los niños pudieran pasar los dedos por debajo y, entonces, empujando con fuerza, la hicieron rodar a un lado.

En el lugar que había ocupado el pedrusco apareció un gran agujero de tamaño suficiente para que por él pudiera resbalar una persona, y que parecía llegar al centro de la tierra.

—¡Un túnel! ¡Canastos! Me gustan los túneles porque tienen eco.

Inmediatamente Ricky se tumbó en el suelo y lanzó un grito por el negro pozo. No hubo un eco inmediato, pero unos segundos más tarde un sonido apagado llegó hasta los oídos de los niños.

—¡Qué eco tan gracioso! —comenzó Holly—. Nunca había oído un eco así. Déjame probar a mí.

La niña lanzó un grito por el pozo y escuchó, atenta. Silencio… Al poco, una especie de quejido llegó hasta ella.

Ricky se rascó la cabeza y arrugó la naricita.

—Debe de haber un trecho largo…, muy largo —dijo—. Puede que llegue hasta algún río subterráneo, lleno de peces.

—No seas tonto —repuso Holly—. En un sitio tan negro los peces no ven por donde nadan.

Pero Ricky no quedó convencido. Del bolsillo sacó el rollo de hilo de pescar. En un extremo del hilo había un plomo y un anzuelo con un trozo de corcho. Ricky quitó el corcho e hizo descender el hilo por el agujero.

Los ojos de Holly se desorbitaron de asombro, cuando vio que el hilo bajaba sin cesar, Ricky daba tironcitos hacia uno y otro lado al oír que el plomo se golpeaba una y otra vez contra las paredes de aquel profundo pozo.

Por fin el plomo llegó al fondo. Ricky volvió a dar unos tirones del hilo, al tiempo que decía:

—Anda, pececito, muerde el anzuelo. Holly soltó una risita burlona, recordándole:

—¡Pero sí ni siquiera has puesto un gusano! De repente Ricky

dio un grito de sorpresa.

—¡Holly! Hay algo que tira del hilo.

ATREVIDOS EXPLORADORES



Otro tirón del hilo… Este tirón fue tan fuerte que estuvo a punto de arrancar el hilo de las manos de Ricky.

—¡Súbelo! —le animó Holly—. Has pescado uno gordísimo.

El pelirrojo tiró con ambas manos del hilo, que empezó a resultar ligero. Por fin apareció el anzuelo, pero no el plomo de contrapeso. ¡El plomo había desaparecido!

—¿Por qué ese pez habrá mordido el plomo en lugar del anzuelo? —preguntó Ricky, perplejo.

También a Holly aquello le pareció misterioso y propuso ir corriendo abajo para explicárselo todo a Indy y los demás. Ricky volvió a poner el corcho en el anzuelo y se guardó el hilo de pesca en el bolsillo. Tras esto, los dos hermanos abandonaron la torreta, corriendo pendiente abajo, hasta el final del sendero.

—¡Indy! ¡Pete! ¡Pam! —gritaron los niños, agitando las manos.

Pete y Pam corrieron hacia ellos y la mayor de las niñas preguntó con impaciencia:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué habéis encontrado?

Holly se explicó rápidamente y, cuando un momento después llegó Indy a toda prisa, fue Ricky quien repitió la historia.

—A lo mejor el plomo se ha enganchado en un saliente del fondo del pozo y se ha soltado —indicó Indy.

—Había algo que tiraba del hilo. ¡Palabra! —insistió Ricky—. Venid, os lo enseñaremos.

Los dos pequeños abrieron el paso a toda prisa; los demás les siguieron, con Pete llevando a Domingo cogido por el cabestro.

Cuando se encontraron otra vez en lo alto del castillo, los «investigadores» miraron con asombro el gran agujero descubierto por los pequeños.

—Alguien debe de saber que existe esto, si no, no lo habrían tapado con el pedrusco —dijo Pete.

Indy adujo que el tapar el agujero podía haberse hecho con intención de proteger a los excursionistas, quienes, en otro caso, podían haber caído en aquel pozo natural.

—Ahora veréis de qué modo contesta el eco —dijo Ricky.

Se agachó y pronunció su nombre por el negro agujero. Sonriendo esperó a oír el eco. Pero el eco no se oyó. Entonces hizo la prueba Holly, y obtuvo los mismos desalentadores resultados.

—Antes hemos oído un eco —aseguró Holly. Mientras los dos pequeños se ocupaban en efectúa r inútiles llamadas por el pozo, Pete se apartó a un lado con Pam y comentó:

—Creo que habrá alguien ahí abajo, Pam.

Y recordó a su hermana que Sid Raff había aparecido y desaparecido rápidamente cerca de la vieja bomba. A lo mejor el hombre había encontrado un escondite como la cueva oculta en que Link preparaba los globos aerostáticos.

—¿Crees, acaso, que este pozo puede comunicar con una cueva como aquélla? —preguntó Pam, alzando las cejas con extrañeza.

—Podría ser. Mira, Pam, tengo planes. —Y levantando la voz prosiguió—: Indy, me gustaría bajar a ese pozo con Pam. Creemos que puede llevar a una cueva escondida. Y hasta puede que el señor Link esté en ella. ¿Tenemos una cuerda bien fuerte?

—Debajo del asiento de la camioneta hay una. Pero esa idea vuestra es peligrosa. No creo que deba permitirnos bajar.

—Tendré mucho cuidado —prometió Pete, mientras Ricky marchaba corriendo a buscar la cuerda.

Pete dijo a Indy que podía atar un extremo de la cuerda a él y el otro extremo al burro.

—Con la ayuda de Domingo me será más fácil subir, si me canso.

—Yo también tengo que bajar —declaró Pam.

Al volver Ricky con la cuerda, él y Holly hicieron conocer sus deseos de seguir la misma aventura que los mayores. Pero Pete les dijo:

—A vosotros os corresponde hacer un trabajo de más importancia.

Los dos pequeños volvieron entonces a la parte baja de la cantera y examinaron la zona de matorrales, cercana al lugar en que se encontraba la vieja bomba. Pete les había encargado lo siguiente:

—A ver si encontráis algún agujero disimulado entre las rocas. Si veis algún orificio, gritad todo lo fuerte que podáis. Si Pam y yo estamos abajo y os oímos, a lo mejor encontramos la entrada.

Por eso los dos pequeños marcharon alegremente. Cuando se hubieron alejado, Indy afirmó que era a él a quien correspondía explorar el túnel del Castillo de Roca.

—Si ocurre algo, puedes venir a buscarnos —le dijo Pete.

Y para convencer al hombre hizo notar que, tanto él como Pam eran más pequeños y les resultaría más fácil descender.



El indio acabó consintiendo en lo que le pedían. Cuando ató firmemente un extremo de la cuerda alrededor del pecho del muchacho, éste se ajustó la linterna al cinturón. A continuación, discutieron las señales que podían transmitirse a lo largo de la cuerda. Un tirón de ella indicaría: «Que baje Pam». Dos tirones: «Estoy explorando». Tres tirones sería la señal de subir.

Después de atar el otro extremo de la cuerda alrededor del cuerpo de Domingo, Indy permitió que Pete descendiera por el agujero, mientras él sostenía fuertemente la cuerda con ambas manos y en sus brazos se marcaban los músculos de sus miembros poderosos.

—Ten cuidado —advirtió Indy, cuando la cabeza de Pete desaparecía por la boca del pozo.

Al cabo de un rato, la cuerda perdió su tensión.

—Pete habrá llegado seguramente al fondo —dijo Pam, acercando el oído al agujero.

De abajo, llegaban murmullos apagados que parecían corresponder a la voz de Pete.

Al poco la cuerda recibió un fuerte tirón. Eso quería decir: «Que baje Pam». Indy hizo ascender la cuerda y la ató alrededor del cuerpo de la niña, que también cogió la linterna. Pam bajó del mismo modo que su hermano. Cuando Pam estuvo abajo, Indy notó

que daban dos tirones de la cuerda. ¡Iban a explorar…! Silenciosamente, Indy les deseó suerte y que regresaran sanos y salvos.

Abajo, Pete y Pam enfocaron sus linternas alrededor del túnel rocoso en que se encontraban.

—Es una cueva natural —dijo Pete, echando a andar por un húmedo corredor de piedra.

—¿A dónde conducirá?

La voz de Pam retumbó por las pétreas y húmedas paredes.

Cuando iniciaron un lento avance. Pete procuró recoger un cuadro mental del tenebroso túnel para ser capaz de encontrar el camino de regreso. Sólo el rumor del agua que se filtraba por las paredes interrumpía el silencio existente. No se oía en absoluto a Ricky ni a Holly. Era posible que los pequeños no hubieran sido capaces de encontrar la entrada.

—¡Mira! —exclamó Pam cuando la luz de su linterna alumbró una grieta existente en el lado derecho del túnel—. Yo puedo pasar por ahí.

Y Pam envió los haces de su linterna al interior de un caminillo. Pete creyó conveniente que siguieran avanzando en línea recta y su idea fue bien recompensada. Recorrido un trecho vieron que el techo descendía y hacía una brusca revuelta.

Desde la oscuridad alguien gritó:

—¿Quién anda ahí?

Otra voz murmuró débilmente:

—¡Estamos salvados!

Pete y Pam, con el corazón palpitante, se encontraron de pronto en una cueva, que parecía haber quedado cerrada por un montón de rocas, Al fondo se encontraban dos hombres que protegían sus ojos de la brillante luz de las linternas.

—¡Señor Kinder! —gritó Pete.

—Pero ¿es usted, señor Kinder? —se asombró Pam.

El hombre, que tenía unas espesas patillas, replicó:

—Sí, soy yo. Pero no puedo veros. Me estáis cegando con esas linternas.

Pete y Pam colocaron sus pañuelos sobre las lentes de sus linternas, consiguiendo así una claridad que iluminó suavemente

toda la estancia. Inmediatamente se aproximaron a los dos hombres.

—Éste es el señor Elmer Link —dijo el señor Kinder, presentando a continuación a los Hollister a un hombrecito delgado, de grandes bigotes grises.

—¡El aficionado a la meteorología! —exclamó Pete—. ¿Y quién les ha encerrado a ustedes aquí?

—Ha resbalado una roca que ha dejado la entrada tapada —explicó el señor Link con voz fatigosa.

El meteorólogo explicó que el señor Kinder y él eran viejos amigos y conocían aquel lugar y sus cuevas desde hacía muchos años.

—Por eso, cuando quise hacer unos experimentos secretos, me vine aquí para estar solo. Por la noche lanzaba los globos desde lo alto de la cantera. El trabajo lo hago en otra cueva, pero vivo en ésta.

Los niños vieron que los hombres estaban bien provistos de latas de conservas y botellas de agua mineral, y que además, contaban con un catre y una mesa.

—Vine a visitar a Elmer el día que os conocí —explicó el señor Kinder a los niños—. Aquella misma noche, el desprendimiento de tierra nos dejó aislados.

—¿Erais vosotros los que llamabais? —preguntó el señor Link.

Pete explicó que Ricky y Holly habían estado esperando el eco.

—Estábamos mirando por el pozo cuando oímos a los niños —les dijo el señor Kinder—. Grité tanto como pude, pero, en aquel momento, se me acabó la pila de la linterna, así que volví a buscar la de Elmer.

—Yo también estuve llamando después —dijo el señor Link con su frágil vocecilla—, pero creo que no grité lo bastante.

—El túnel hace unas revueltas que deben amortiguar los sonidos —dijo Pete.

—Hasta la voz de Pete es difícil de oír —añadió Pam.

—De todos modos, al oír que descendía algo, golpeando las paredes del túnel, lo cogí, quedándome con el plomo en las manos.

—Yo volví luego a llamar —añadió el señor Kinder—, pero creo que vuestros hermanos se habían marchado.

—Y volvimos aquí con la esperanza de que alguien nos rescatara

—concluyó el señor Link.

Los niños acompañaron a los dos hombres hasta la salida del pozo y, cuando alcanzaron la cuerda, Pete la anudó alrededor del pecho del anciano minerólogo. Luego dio tres tirones de la cuerda.

Los pies del señor Kinder se elevaron del suelo y fueron subiendo, subiendo, envueltos en la oscuridad, hasta que llegaron al final del pozo.

Desde abajo pudo escucharse la exclamación de asombro de Indy.

Pam se echó a reír, comentando:

—Esperaba verme a mí y le llega un señor con bigote…

Cuando la cuerda volvió a bajar, Pete se la ajustó al cuerpo al señor Link. Después de dar los tres tirones convenidos, el menudo inventor fue elevado hasta lo alto del Castillo de Roca.

Estaba Pam a punto de iniciar el ascenso, cuando los dos hermanos oyeron unos gritos que llegaban de lejos, de muy lejos…

—¡Son Holly y Ricky! Deben de haber encontrado una entrada por aquí —dijo Pete.

Después que el muchacho dio dos tirones de la cuerda, para indicar que iban a explorar, en compañía de Pam, volvió a emprender la marcha por el túnel. El sonido de las voces parecía proceder del resquicio que descubriera Pam poco antes.

—¡Holly! ¡Ricky! Estamos aquí. Esperadnos —advirtió Pete.

Los dos mayores se introdujeron por el estrecho pasadizo que repentinamente se abría en una alta y escarpada caverna, en la que desde arriba se filtraban tenues rayos de luz.

Pete y Pam siguieron llamando a sus hermanos y las respuestas de los pequeños resultaban más sonoras a cada paso.

—¡Allí están! —anunció Pete cuando Holly y Ricky aparecieron por una resquebrajadura del muro opuesto.

—Ya suponía yo que debía de haber un camino por aquí.

—Y nosotros lo hemos encontrado, Pete —contestó Ricky, orgulloso—. Es un agujero tan pequeño que hemos tenido que pasar andando a gatas.

Los ojos de Holly erraban inquietos por la abovedada caverna.

—Este sitio es muy misterioso —dijo la pequeña—. Vamos, Pam. Vamos a decírselo a los otros.

Echaron a andar hacia la salida que llevaba a lo alto de la cantera cuando oyeron a su espalda el ruido de un chapuzón. Todos giraron en redondo y Pete enfocó la luz de su linterna a través de la semioscuridad. El haz luminoso permitió ver una charca de agua, del ancho de un barril, en medio del suelo rocoso.

De pronto, una misteriosa cabeza salió del agua, irguiéndose a continuación una chorreante silueta negra. El misterioso ser surgido del agua se plantó ante los niños.

DEVOLVIENDO BIEN POR MAL



Cuando la silueta negra avanzó hacia ellos unos pasos, Holly prorrumpió en un grito.

—¡Oh! ¡Es el mons…!

—¡No! —la interrumpió Pete, lleno de furia—. No lo es. Es un hombre vestido con un equipo de buceador. Y lo que quiere es asustarnos. ¡Eh, Indy Roades, aquí está el hombre que buscamos!

Al oír las palabras del muchachito, el buceador dio media vuelta, sacudiendo las aletas de sus pies, y saltó a la charca, desapareciendo en las negras aguas.

—¡Qué bien, Pete! Tu truco nos ha salvado —se entusiasmó Pam.

—Ahora tenemos que capturarle —repuso su hermano, que se volvió luego a Ricky y Holly, pidiendo—: Enseñadnos el camino de salida. Me parece que ese hombre aparecerá dentro de nada en el estanque de la cantera.

Ricky se abrió camino a través de la resquebrajadura de las rocas y cruzó el tortuoso y angosto pasadizo, siempre seguido muy de cerca por los otros tres. Después de avanzar serpenteando durante unos minutos pudieron ver la luz del día y salir, a cuatro pies, por una baja abertura del muro rocoso. Siguieron bordeando un grupo de matorrales hasta que se encontraron cerca de la vieja bomba.

Tan pronto como sus ojos se acostumbraron a la luz solar, vieron que en el estanque las aguas ondeaban. Entonces, la cabeza cubierta con negro casquete emergió a la superficie y el buceador nadó hacia la orilla, al pie del Castillo de Roca.

—¡Pam! ¡Holly! ¡Pedid ayuda! —ordenó Pete—. Ricky y yo intentaremos detener a este hombre.

Mientras las niñas se apartaban de allí, llamando a gritos a Indy, los muchachos corrieron hacia el lugar por donde el hombre había salido del estanque. El buceador se libró de su tanque de oxígeno, quitándose la máscara de su cabeza.

—¡Es Ralston! —gritó Pete—. Él es el hombre misterioso que intentaba asustarnos.

El buzo, entonces, echó a correr enloquecido, por la estrecha franja de terreno que corría entre el estanque y el Castillo de Roca. Al encontrarse bloqueado por el árbol caído, se volvió y empezó a retroceder. Pero su huida le quedó cortada en el otro extremo del sendero por los dos muchachos.

Al oír gritos, Pete y Ricky se volvieron para ver a Indy, seguido por el señor Kinder y su amigo Link, corriendo por el sendero escalonado.

Viendo que llegaban refuerzos Ralston se detuvo. Dirigiendo una rápida mirada a lo alto del Castillo de Roca se desprendió de las aletas y…

Con un repentino alarido, el escalador perdió pie, se desprendió de la pared de la cantera y pareció volar por encima de los chiquillos. Produciendo un gran estrépito, fue a caer de espaldas sobre el estanque.

Pero en lugar de empezar a nadar por la superficie hacia la orilla, el buceador quedó un momento inmóvil y luego empezó a descender hacia el fondo.

—Está agotado —exclamó Pete.

Con toda diligencia, él y Ricky se libraron de sus zapatos y sin vacilar ni un momento se lanzaron en busca del apurado Ralston. Entre los dos sacaron al hombre, cuando Indy, Pam, Holly, el señor Kinder y el señor Link llegaron.

Indy ayudó al buceador a quitarse el traje acuático y, después que Pam le frotó las muñecas, Ralston abrió los ojos.

—Tiene usted que responder a algunas preguntas —dijo el señor Kinder severamente—. ¿Qué ha estado haciendo usted en mi cantera?

—¿Tiene Sid Raff algo que ver con esto? —quiso saber Pam.

—¿Dónde está ahora Raff? —preguntó al mismo tiempo Pete al aturdido Ralston—. ¿Está también en unas de esas cuevas?

El interrogado movió la cabeza, queriendo decir que no y señaló débilmente a través de la cantera, donde un ligero penacho de polvo surgía del edificio dedicado a moler la piedra.

—¡Está escondido allí! —afirmó Ricky—. Vamos a atraparle.

Dejando a las dos niñas con el señor Kinder y el señor Link, al cargo del prisionero, Indy, Pete y Ricky atravesaron la cantera a la carrera. Llegaron a la puerta del viejo edificio con el tiempo justo para ver a Sid Raff saliendo velozmente con un gran estuche. Cuando Indy le detuvo, asiéndole fuertemente, de las manos de Raff se desprendió el estuche y su contenido llenó el suelo de piedras.

—¡Hemos atrapado a su amigo Ralston y le necesitamos también a usted! —Dijo Indy, muy autoritario—. ¡Y ahora va usted a decirnos a qué se debe este desagradable asunto!

—No es cosa mía. Yo no he hecho nada —protestó Raff.

—Esta caja estaba llena de titanio —exclamó Ricky, mientras recogía algunas piedras con vetas doradas.

—Y usted nos dijo que por aquí no había titanio —acusó Pete.

—Ralston no quería que nadie lo supiera y vosotros estabais resultando demasiado curiosos. Por eso me dijo que me llevase estas muestras lejos de la cantera. Todo fue idea suya —aseguró Raff, mientras los dos muchachos e Indy le conducían junto a los demás.

Al encontrarse frente a frente, los dos prisioneros se miraron ceñudos por un instante.

—Conque no iban a cogerte, ¿eh? —masculló Raff,

sarcásticamente.

—Ha sido culpa tuya —bramó Ralston como respuesta—. Prometiste mantener a estos chicos alejados para que pudiéramos efectuar la búsqueda sin ser vistos.

—¡Silencio! —Exigió el señor Kinder—. Yo soy el dueño de la cantera y tengo derecho a saber qué han hecho ustedes aquí.

Ralston dejó escapar un prolongado suspiro y dijo:

—Está bien. Le diré la verdad. He estado buscando titanio y creo que lo habría encontrado, si estos Hollister no se hubieran metido por medio.

Ralston explicó que, después de estudiar detenidamente unos mapas geológicos, llegó a la conclusión de que podía haber un filón de titanio en la cantera o cerca de ella.

—Utilizaba este traje de buceador para estudiar las paredes rocosas del estanque. —Señaló el estuche con las piedras que Ricky había cogido y añadió—: Ese titanio lo encontré en el fondo del estanque.

—Y quería asustarnos, haciéndonos creer que era usted un monstruo —le reprochó Pam.

—Pero ¡no le salió bien! ¡Nosotros no nos asustamos de los monstruos! —alardeó Ricky.

Ralston logró esbozar una torcida sonrisa y dijo que Pam había estado a punto de dejarle sin respiración al caer accidentalmente en el estanque, mientras intentaba alcanzar el paracaídas.

EL señor Kinder sorprendió a todos informando de que él estaba al corriente de la existencia de todas las cuevas y arroyos subterráneos, que desembocaban en el estanque, pero que no tenía la menor idea de que nadie, aparte del señor Link, supiera nada de todo ello.

—No se haga el listo —dijo, grosero, Ralston—. Yo descubrí el paso acuático mientras exploraba el estanque. Permití que Raff se mezclase en los planes para que me ayudase a encontrar el yacimiento de titanio y mantuviese apartados a los visitantes de la cantera.

—Pero no he hecho ningún daño a nadie —se defendió Raff, lastimero—. Y, ni siquiera cuando el señor Link lanzaba por la noche sus globos aerostáticos, le molesté.

—¡Qué amable! —dijo el inventor—. Pero usted nos vio al señor Kinder ya mí entrar en la cueva antes de producirse el desprendimiento de tierra y no hizo ningún intento por salvarnos.

—Sabíamos que tenían ustedes alimentos para varias semanas —protestó Ralston—. Ésa era una oportunidad de mantenerle a usted y al señor Kinder apartados el tiempo suficiente para poder dar con el filón de titanio. Yo estaba seguro de que estábamos muy cerca de un yacimiento.

—Entonces ya les habríamos sacado —aseguró Raff.

—Una vez que la cantera hubiera sido mía, la habría vendido a buen precio a una importante compañía —dijo con descaro Ralston.

Los ojos del señor Kinder llamearon al mirar fijamente a Ralston y preguntarle:

—¿Era usted quien intentaba comprar mi cantera a un precio muy bajo?

El geólogo admitió, avergonzado, que había sido él a través de un intermediario.

—¡Qué despreciable! —se indignó Pam—. ¡Querer comprar una propiedad por un precio tan pequeño…!

—¡Y pensar que estuve a punto de venderla! —murmuró el señor Kinder.

—Los Hollister le han salvado a usted de hacer una cosa así —le recordó Indy, muy ufano.

Ralston clavó en el suelo su mirada hostil, mientras Raff murmuraba:

—Quisiera no haberme mezclado nunca en esto.

—Aaah, iiih —rebuznó Domingo desde lo alto del Castillo de Roca.

—¡Pobre animal! —se compadeció Pam—. Quiere participar de todo esto. ¿Está atado allí arriba, Indy?

Cuando el indio contestó afirmativamente, las dos hermanas corrieron en busca del animal, y mientras ellas ascendían por el sendero, Pete y Ricky siguieron interrogando a los dos hombres.

Así se enteraron de que había sido Ralston quien escribió la nota amenazadora y les extravió las llaves coche. También fue quien puso en funcionamiento la bomba extractora de agua para asustar a los acampadores. Y así mismo fue Ralston el que encendió la

hoguera al borde del Castillo de Roca y añadió el producto químico que había hecho aparecer las llamas de color verde.



—Supongo que también haría usted caer el árbol que pudo hacernos daño —dijo Pete.

—Sólo intentaba asustaros —insistió Ralston.

—En todos los años que llevo buscando mineral en esta cantera nunca he encontrado titanio —reflexionaba el señor Kinder—. No me extraña. Si todo está en el estanque…

Pete le repuso:

—Todo no.

Recordó el trocito de mineral veteado en oro que Ricky había hallado y lo sacó de su bolsillo. El señor Kinder se puso los lentes y observó atentamente la piedra.

—Una piedrecita de éstas no es un yacimiento —sentenció—. ¿Dónde la habéis encontrado?

Ricky señaló al sendero ascendente al responder:

—En lo alto de ese camino.

Entre tanto, Pam y Holly habían llegado a la cima del Castillo de Roca y, después de desatar a Domingo, iniciaron el descenso. Cuando pasaron por el lugar en que Pam había hecho desprender una piedra, Holly se separó un poco para ir a coger en sus manos

una gran piedra que, luego, cargó en uno de los sacos colocados sobre Domingo. Prosiguieron la marcha hasta llegar a la orilla del estanque.

—Aquí hay otra piedra, buscador de minas Ricky —dijo Holly, dejando caer a sus pies el recién recogido pedrusco.

Al ver la parte inferior de ella, los ojos de Ralston se abrieron enormemente, mientras el hombre empezaba a balbucir:

—Eso es…

—¡Titanio! —concluyó Pete, dando un grito.

El señor Kinder, ajustándose los lentes, se acercó a mirar.

—¡Pues ya lo creo que lo es! ¡Y un buen pedrusco! ¿Dónde lo has encontrado, Holly?

—En el mismo sitio donde Ricky encontró esa piedrecita.

El señor Kinder estaba tan excitado, que saltó sobre Domingo y obligó al burro a que acelerase la marcha hacia el lugar que indicaba Holly. Los demás corrieron tras él, exceptuando Ralston Raff, quienes se quedaron estrechamente vigilados por Indy. El ágil viejecito minerólogo saltó a la parte de terreno en declive y rebuscó entre las rocas.

—¡Aquí está! ¡Es un yacimiento de titanio!

Y, mientras lanzaba exclamación, se asió al señor Link y los dos viejecitos empezaron a bailar cómicamente.

Ricky y Holly se echaron a reír y en seguida, se pusieron también a bailar.

—¡Qué día tan feliz para nosotros! —exclamó Pam, con entusiasmo—. Usted, señor Kinder, ha encontrado titanio y… ¡Oh, señor Link, nos hemos olvidado de decirle que el departamento meteorológico quiere comprarle su paracaídas parlante!

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabéis?

Pam le habló rápidamente de la visita de sus hermanos y ella a Nueva York. Cuando concluyó, dándole el nombre y la dirección de Hootnanny, el hombrecito pequeño y delgado se quedó un momento inmóvil para decir luego:

—Hoy, mis jóvenes detectives, habéis hecho muy felices a dos pobres viejos.

De camino hacia el estanque, Pam preguntó:

—¿Qué van a hacer ustedes con Raff y con Ralston?

El señor Kinder meditó la respuesta antes de decir:

—Los planes de estos hombres para estafarme han fracasado. Todo lo que han hecho han sido infracciones a la ley e intentos de asustar a la gente. Puede que todo eso les haya servido de lección.

Mirando a los abatidos malhechores, añadió:

—Podría hacerles arrestar por los conflictos que han provocado, pero, en lugar de eso, lo que hago es echarles para siempre de la cantera Castillo de Roca. ¡Fuera y no vuelvan más!

Sid Raff pidió permiso para volver un momento a la cueva y llevarse algunas ropas para su amigo Ralston. Una vez hecho esto, los dos hombres se marcharon cabizbajos y, según las noticias de los Hollister, no volvieron más por la cantera.

Mientras avanzaban a paso lento, los dos hombres se cruzaron con la furgoneta de los Hollister que, dando tumbos, penetraba en la Cantera Castillo de Roca. La señora Hollister iba al volante. Junto a ella se sentaban Sue y Daffy. La chiquitina de cabellos oscuros llevaba en sus brazos a Maddie-Poo.

Cuando llegaron al campamento, los jóvenes buscadores de minas corrieron a su encuentro. La señora Hollister detuvo el vehículo y asomó por la ventanilla.

—Os he traído más gaseosas y otro pastel de chocolate —anunció.

—¡Huy, mamaíta, qué buena eres! —Exclamó Pam, mientras todos se reunían alrededor del coche—. ¡Vamos a celebrar algo ahora mismo!

—Hemos atrapado al monstruo, hemos encontrado al señor Kinder, al señor Link y el titanio, y estamos muertos por comer algo —anunció Ricky sin respirar.

—Pero ¡qué estupendo! —Dijo Daffy—. ¡Cómo me gustaría haber visto todo eso!

—Aunque no has estado con nosotros, has ayudado mucho a resolver el misterio —la consoló Pam.

La señora Hollister se echó a reír.

—¿Así que vuestra salida de campamento ha tenido éxito?

—¡Desde luego! —declaró el señor Kinder, cuando él, Link y Indy se unieron a los reunidos.

Domingo llegó, el último. Sue saltó del coche, llevando su

muñeca con orgullo.

Luego la pequeñita volvió los ojos hacia el estanque de la cantera.

—¿Se ha ido el monstruo travieso? —preguntó—. Es que no quiero que se coma a Maddie-Poo.

Todo el mundo se echó a reír y Pete dijo:

—El monstruo se ha ido para siempre del Castillo de Roca.

—Lo que quiere decir que ahora vamos a divertirnos un poco —declaró Ricky.

Corrió hacia la tienda destinada a los muchachos, rebuscó en ella y salió cargado con su paracaídas.

—¡Reto a todos a que me ganen en una carrera al Castillo de Roca! —anunció.

—No seré yo quien no responda a tu reto —le dijo Daffy.

Y los dos niños emprendieron una carrera a la misma velocidad.